

GESTOS ANÓNIMOS DE  
SOLIDARIDAD EN LA GUERRA CIVIL

PRÓLOGO DE JOSÉ SARAMAGO

EPÍLOGO DE IÑAKI GABILONDO

A black and white photograph of a man in a military uniform running across a field, carrying a child wrapped in a blanket. In the background, there are buildings and a fence. The overall tone is somber and historical.

# HÉROES

DE LOS DOS  
BANDOS

**FERNANDO  
BERLÍN**

Héroes de los dos bandos

## **Héroes de los dos bandos**

Gestos anónimos de solidaridad en la guerra civil

Fernando Berlín

A todos y cada uno de los familiares de estos héroes  
por mostrar que existe un mundo más humano.

Querid@ Mecenass de La Cafetera,

Con motivo de la cuarentena del Coronavirus en el 2020 y ante la crispación que empezó a invadir el debate público, me dirigí a la editorial Temas de Hoy (Planeta) para trasladarles la voluntad de recuperar los derechos de este libro y ponerlo en manos de la gente. Deseo, en primer lugar, agradecer a los responsables de la editorial que aceptasen hacerlo.

"Héroes de los dos bandos" fue publicado en 2006 y perseguía poner en valor los gestos de sus protagonistas. Quisimos, para ello, crear un espacio de reconciliación donde el lector alcanzase a ver que por encima del enfrentamiento hay otro camino que une el destino de las personas.

El libro reúne casos reales de españoles que protegieron a personas de otro bando durante la guerra civil. Ayudaron a vecinos y también a desconocidos. Convirtieron sus actos, sin saberlo, en heroicos gestos de solidaridad. Ellos fueron capaces de mirar a la historia de frente y combatir sus propios prejuicios en un tiempo de extraordinaria dificultad.

Recuperados los derechos, quiero ahora entregaros este proyecto a vosotros, que habéis apoyado a La Cafetera y que compartís el motor de este programa de radio: el amor a los demás, el sosiego frente a la crispación, la reflexión frente al ruido, el respeto frente a la confrontación y, por encima de todo, la voluntad de concordia.

Soy consciente de que los mismos valores que impulsaron aquel proyecto son compartidos por la mayor parte de los oyentes del programa La Cafetera y de ahí mi interés por hacérselo llegar en tiempos tan agitados como los que estamos viviendo. Sé que no es más que una minúscula gota en los acontecimientos pero solo

persigue agradecer vuestro cariño, vuestro apoyo y contribuir de forma sencilla al debate de la convivencia.

Tenemos una enorme tarea por delante. La pandemia ha dejado mucho miedo y dolor y también una importante asignatura pendiente con la reconstrucción. Sería bueno comenzar por aceptar que, como dijo el médico en "Ensayo sobre la Ceguera" de José Saramago, - que firmó el prólogo de este libro-: "en una epidemia no hay culpables, todos son víctimas". Y quizá sería bueno también tomar en consideración las palabras de Iñaki Gabilondo -que firmó el epílogo y nos ayudó a impulsar este proyecto- cuando recordó que de esta crisis no puede salir un partido político en solitario, que necesitamos de la unidad de todos.

Así que aquí tenéis esta pequeña contribución, una cajita de pandora de solidaridad. De corazón, gracias a todas por vuestra ayuda.

FERNANDO BERLÍN  
Director de La Cafetera de radiocable.com

## Actualización del autor

El 14 de marzo de 2020 el gobierno de España decidió por decreto el confinamiento de la población para frenar los contagios del recién descubierto COVID-19, un tipo de coronavirus.

Con el objeto de evitar el colapso del sistema sanitario, millones de ciudadanos fueron empujados a permanecer en sus domicilios y los movimientos quedaron restringidos a las tareas de primera necesidad: ir al supermercado, a la farmacia, o al médico.

Según los datos de Apple, los de Google, e incluso los de las operadoras de telefonía móvil -que analizaron los movimientos de los ciudadanos a través de los teléfonos móviles-, España cumplió con máximo rigor la primeras fases de la cuarentena. Los iPhone señalaron al confinamiento español como “el más radical del mundo” (\*Cinco días, 16 de abril de 2020). Y Apple registró un desplome sin precedentes en el uso de sus mapas para desplazamientos a pie, en coche y transporte público.

Frente a la disciplinada responsabilidad de los españoles en esas primeras semanas de confinamiento, la oposición política comenzó una durísima campaña contra el gobierno polarizando como nunca el debate público y trasladando esa tensión a la ciudadanía. Al miedo se sumó también la agitación y al dolor, por el fallecimiento en solitario de miles de personas, se fue sumando crispación.

Los señalamientos de la oposición no estuvieron a la altura de la emergencia. Sin duda el gobierno progresista cometió errores en las estrategias para combatir la expansión del coronavirus. Pero eso era tan cierto como que las competencias y la gestión de los presupuestos de sanidad no dependían del gobierno central dado que en España esas materias están transferidas a las Comunidades Autónomas, -que gestionan administraciones de todos los colores- y que tampoco fueron capaces de adelantarse a la pandemia; De la

misma forma a nadie podía escapársele que las sucesivas precarizaciones y privatizaciones en el sistema de salud ayudaban poco ante la avalancha de enfermos y la falta de material.

Pero lejos de reconocer las culpas propias -aún remarcando las ajenas- y remar en la misma dirección, los conservadores llegaron incluso a señalar la responsabilidad de los movimientos feministas por haber convocado la manifestación del 8-M en Madrid y al gobierno por haberla consentido. Callaron, sin embargo, cuando se pidió que justificasen por qué entonces no habían cerrado ellos mismos los transportes públicos de la ciudad, -que dependían del gobierno conservador y que había acogido esos días a millones de viajeros.

Y cuando despertamos el virus estaba aquí.

La extrema derecha española se apuntó también con hipocresía a la beligerancia a pesar de que ellos mismos habían convocado su propio mitin ese día 8 y uno de sus líderes, ya contagiado y con evidentes síntomas, se había prodigado en saludos y abrazos para con los asistentes. Porque ellos eran la España imparable a la que no frenaba ni el Coronavirus -tal y como presumieron en las redes sociales.

Los ataques se fueron convirtiendo en una impúdica estrategia para derribar al gobierno del PSOE, o por lo menos a sus socios del partido Podemos. Una estrategia en la que ni siquiera faltaron los llamamientos y las indirectas a los militares en las redes sociales por parte de algunos exaltados.

Los errores los cometimos todos. Pero exigir a posteriori al gobierno una mayor diligencia en la anticipación y en la aplicación de los controles suponía jugar con las cartas marcadas. Todos pecamos de confianza porque nos dejamos llevar por la referencia que teníamos de la gripe A.

Se despreciaron además, con prejuicios, las advertencias que nos llegaban de China y se confió en la superioridad cultural y el hipotético desarrollo occidental para combatir la pandemia con



nuestro poderoso sistema sanitario, que llevaba años precarizándose.

Todo ocurrió mucho más deprisa de lo que ahora se recuerda y, en todo caso, nadie se cree que se hubieran aceptado medidas tan extraordinarias como el confinamiento y la paralización de un país entero sin apenas indicios de la expansión del virus en territorio español.

La propia administración Trump había augurado en febrero el fin del Coronavirus para el mes de abril con la llegada de la primavera. Y ante la falta de datos sobre el comportamiento de este nuevo virus muchos de nosotros lo creímos. Y nos equivocamos.

Además, ni siquiera había consenso en la comunidad científica sobre la velocidad a la que el virus se expandiría, ¿Cómo entonces iba a haberlo en la sociedad o en la política? Así que en mi opinión, las responsabilidades compartidas y el miedo a los reproches contribuyeron a la polarización.

Hoy, mientras escribo esto, nadie parece saber cuánto tardará en desaparecer de nuestras vidas esta pandemia. Tampoco conocemos la dimensión exacta de la misma, ni si le estamos añadiendo además un ingrediente extra de histeria colectiva, o por el contrario nos encontramos ante la mayor crisis sanitaria de la historia. Ni siquiera sabemos si algún día todo volverá a la normalidad o tendremos que aprender a vivir en una "nueva normalidad". Porque mientras escribo estas palabras, un tercio de la humanidad permanece aún confinada en sus casas. La sensación de preocupación e incertidumbre parecen haberse instalado definitivamente en nuestra sociedad, y algunos medios de comunicación, que no han escatimado en alarmismo durante esta crisis, nos avanzan ya un futuro demoledor en lo económico.

Pues bien. Incluso en el corazón del huracán de la pandemia y con el futuro en plena convulsión, aquí en medio de la polarización y la crispación que parecen haber invadido el debate social, las

muestras de solidaridad, de generosidad, de vecindad y de defensa de la comunidad han logrado abrirse paso.

Frente a quienes han crispado, también han emergido los que han ayudado. Frente a los que han polarizado, también han despertado los que han tendido la mano: Hemos visto carteles colocados en las comunidades de vecinos ofreciendo ayuda para ir a la compra o para atender a los mayores; hemos oído hablar de taxistas y conductores que han ofrecido gratuitamente sus servicios a los sanitarios; hemos participado de los aplausos, diarios e incesantes, de reconocimiento a la labor de los cuidados, al personal de los supermercados o a los del reparto que han asumido estoicamente un papel protagonista sin precedentes.

Si a eso le sumamos miles de pequeños gestos cotidianos que ofrecían actividades musicales desde los balcones o los de quienes se dirigían a los demás a través de la redes sociales, -regalando obras de teatro y otras experiencias online, que han sido generosamente abiertas para todo el mundo-, podremos comprobar que muchísimas personas se han implicado para hacer la vida de los demás un poco más cómoda. Desde populares músicos a científicos, desde voluntarios que diseñaban con sus impresoras 3D viseras para los sanitarios a ancianas que cosían mascarillas para los médicos...

Sí. Una vez más el espíritu de concordia y solidaridad ha empujado con fuerza frente a la crispación, la tensión y la polarización. Y esta también es la sociedad española.

# Prólogo

El pasado es el reino del fragmento. De un brazo de estatua encontrado en una excavación todos diremos, con la mayor naturalidad, que se trata de un fragmento; sin embargo no aceptaremos de la misma manera la lógica evidencia de que la estatua a la que le falta un brazo es, en sí misma, un fragmento. Dos partes separadas de una misma cosa, sean cuales sean sus respectivos tamaños, son dos fragmentos de esa cosa. Reinstalar el brazo en el hombro del que había sido separado no le devolverá a la estatua su anterior integridad material, ya perdida para siempre, aunque, gracias a la armonía recompuesta de las partes, haya sido restablecida en la imagen su primera apariencia. Unir los fragmentos del pasado significará, por tanto, introducir un principio de armonía en la masa muchas veces pulverizada de los hechos.

Un excelente ejemplo de este tipo de operación es el libro que el lector tiene en sus manos. A primera vista, no parecerá que Fernando Berlín haya hecho algo distinto a lo que es habitual: escuchar a unas cuantas personas que tienen algo que decir y organizar un discurso en que la memoria de estas personas y la capacidad interpretativa del compilador se vayan entretejiendo con mayor o menor fortuna literaria. Ahora bien, lo que Fernando Berlín hace en este libro es muy diferente. Es cierto que recoge testimonios dramáticos de un periodo terrible de la historia de España; es cierto que se los transmite al lector con respeto absoluto por las fuentes, pero hace más y mejor. Como escritor que es, el autor de este libro sabe que los fragmentos, aunque pertenezcan a la misma pieza, no siempre se pueden ajustar con precisión. Obviamente, sería aceptable dejarlos tal cual, sueltos, aislados, y delegar en el lector la tarea de acercar entre sí esos fragmentos del puzzle con el mayor grado de coherencia posible, pero Fernando Berlín decidió en buena hora dar el paso que faltaba. Tenía registrados los testimonios, ahora se trataba de lo que ya es obra de literatura: crear, inventar. Fernando Berlín no inventa hechos, crea, siempre que le parece necesario para una comprensión más

completa de lo acontecido, relaciones entre los hechos. No es lo mismo. Me permito, a propósito, una autocita: «Las lagunas, los espacios de indeterminación, los errores de apreciación, reclaman una reescritura novelada que tenga como objetivo implantar raíces en esos lugares que, voluntariamente o no, están ausentes de la trama del tejido histórico». En ese sentido ha trabajado Fernando Berlín. Lo que ocurrió, sí, pero también lo que podría haber ocurrido, de acuerdo con la lógica de las situaciones concretas tal como fueron recuperadas de la memoria de los testigos de los hechos. Por eso este libro, que se podría dar por contento siendo un excelente reportaje, es también, y sobre todo, una excelente obra literaria. Dos razones para felicitar a Fernando Berlín.

JOSÉ SARAMAGO  
Premio Nobel de Literatura 1998

# Epílogo

Siempre imaginé las guerras como el territorio de lo inexorable. Todo debe hacerse obligatoriamente o, por el contrario, está prohibido hacerlo. O decirlo, o pensarlo... Una alucinación llena de horrores y de imperativos categóricos. Cada vida, como una hoja en medio del vendaval, ni es nada, ni puede nada, ni decide nada. ¿Por qué aquí y no allí? ¿Por qué vivo y no muerto? ¿Y ahora qué? ¿Y mañana, qué?

Las guerras sólo se ordenan cuando se cuentan. Entonces, a veces, se entienden. Pero ¿se viven en orden y conciencia? El protagonista de *La cartuja de Parma*, Fabricio, no sabe si la batalla en la que se encuentra es anecdótica o trascendental, ni si van ganando o perdiendo. Ni qué hace allí. El miedo, el estupor, con todos los rumbos perdidos y descarrilados, hacen simultáneamente más valioso cada segundo y menos valiosa la vida. Una intensidad excepcional, que no puede soportarse sin esfuerzos gigantescos. A no ser que, como Rodney, el excombatiente de Vietnam que dibujó con mano maestra Javier Cercas, quede atrapado para siempre en la verdad extrema y radical de la guerra. La lucidez y la estupidez no siempre se distinguen con facilidad. Como el heroísmo y el miedo, por ejemplo. O, sobre todo, como la razón o sinrazón de los campos en litigio.

Asunto importante que no acostumbra a resolverse hasta que se decide el vencedor.

Una guerra civil, supongo, añade un montón de complicaciones. Quiénes somos de los nuestros. Cuando ellos son los franceses y nos están invadiendo, algunos interrogantes se responden pronto. Cuando, como en el 36, se mezclan legalidad, derechos, clases, religión, revolución y desinformación, fascismo, comunismo, anarquismo, socialismo, caciquismo, rabia, hambre y odio, hermanos, amigos, vecinos e hijos, están servidas la sangre y la venganza.

La España triste, herida desde antiguo, condenada a la miseria, la ignorancia y la injusticia, supo llenar de dignidad aquellos mil días con historias que honran a la condición humana. Algunas se han contado, la mayoría nunca las sabremos. Como no sabemos tantas otras cosas que sería necesario esclarecer, por más que algunos teman que eso perturbe el sueño de los muertos. Precisamente para que puedan descansar en paz, la memoria debe aún permanecer activa.

Este libro nos ha acercado a historias reales no catalogables ni etiquetables. No son de un bando ni de otro. Son de ese bando común de los seres humanos. De quienes entendieron que siempre queda un espacio para los que no son de los nuestros.

Quiero llamar su atención sobre el hecho de que esta mirada ha surgido de un hombre joven, Fernando Berlín, sin asignaturas pendientes en el pasado. Tal vez por eso nos aporta el dato que más puede esperanzarnos: la fraternidad humana sobrevive en el horror.

Algunas de estas historias reales las remitieron los oyentes del programa Hoy por hoy, de la Cadena Ser. Pero lo hicieron porque un joven sin telarañas en el alma adivinó que debían existir.

IÑAKI GABILONDO

# Introducción

Mucha gente cree que los primeros que mueren en las guerras siempre son los más valientes, pero eso no es verdad. Escondidos en los dos bandos hay héroes anónimos que anteponen el sentido de humanidad a cualquier ideología política, personas valientes que, en algún momento, ponen en peligro su seguridad y, muchas veces, la de su familia, ofreciendo protección y amparo a refugiados a los que no les preguntan su afiliación.

El cine ha recreado la historia de algunos de esos personajes —*La lista de Schindler*, *El pianista* y *Hotel Rwanda* son ejemplos de ello—. Y también ha habido casos en España. El escritor Javier Cercas —cuyo abuelo apareció por casualidad en una de nuestras historias, sin que ni siquiera su nieto hubiera oído hablar de ello— relata en su novela *Soldados de Salamina* una de estas heroicidades, curiosamente, parecida a la que había protagonizado su abuelo sesenta años antes; y Diego Carcedo recoge, en otro libro, el caso del Schindler de la guerra civil. ¿Cuántos más podía haber? ¿Cuántos personajes anónimos habían protagonizado sucesos de este tipo en España?

A mediados del año 2005 iniciamos una sección en radiocable.com que pretendía observar nuestro pasado de una forma conciliadora y constructiva. Buscábamos a personas que hubieran protagonizado algún tipo de episodio heroico así, ayudando a gente de un bando diferente al suyo durante la Guerra Civil española. Y aquella sección tomó el nombre de «La octava columna».

La idea se lanzó en radiocable.com, por foros y blogs, y poco después a través de la cadena Ser, en antena, gracias al apoyo que Iñaki Gabilondo, Isaías Lafuente y Daniel Anido prestaron a la iniciativa. El planteamiento tuvo una acogida muy buena desde el primer día y terminó convertido en un amplio espacio en radiocable, que todavía existe y del que dábamos cuenta, casi a diario, en el

programa *Hoy por hoy* de la Ser, que entonces dirigía y presentaba Gabilondo. Aquello, además, sirvió de altavoz para que recibiéramos una auténtica avalancha de notas con hechos como los que buscábamos.

En este libro se reúnen algunos de los casos que afloraron y algunos otros de los que aún hoy siguen llegando, porque el proyecto continúa abierto a través de la página web.

Durante la búsqueda aparecieron, por casualidad, nombres entre los auxiliados o entre los auxiliadores como el de Francisco Cercas —abuelo del escritor— o el de Fernando Valle Lersundi —abuelo de Hermann Tertsch y de las populares Loyola y Ana de Palacio— e incluso el de algunos jugadores de fútbol. Y no fueron sorpresas aisladas. También se produjeron situaciones muy emocionantes. En una ocasión, durante las correcciones de los capítulos, reparamos en que había un sacerdote que aparecía también en otra de las historias, creándose así un personaje real que atravesaba dos de los episodios del libro. Y hubo otros hechos insólitos. Uno de los sucesos, de los que menos información teníamos, era el del ferroviario Francisco Garrigós. Gracias a una agenda de cuero con la inscripción «1937» que tenía en la cárcel — y cuya imagen limpiamos digitalmente— se reveló el nombre de Manuel Aznar, el abuelo del ex presidente del gobierno, con las misteriosas palabras «se les puso guardia de protección».

Para elaborar estos relatos hemos contado con una excelente disposición por parte de todas las familias. Los protagonistas que aún siguen vivos, o sus familiares, han participado de forma generosa y activa desvelándonos esta pequeña parcela de su intimidad. Las conversaciones con ellos han sido tan emotivas y agradables que no es un atrevimiento decir que el carácter de todos ellos honra la memoria de sus familiares y forma parte del fruto que un día fue depositado en sus manos. Pero también ha sido un trabajo difícil. Algunas de las experiencias de las familias las he vivido con tal intensidad y con tal emoción, que un día me descubrí llorando, como un niño, frente a la pantalla del ordenador. Es terrible



cómo fue secuestrado el futuro de algunas de aquellas personas y los recuerdos, ausentes de odio, que han legado a sus familiares. Ojalá hubiera sido capaz de transmitir eso en los relatos.

Por otro lado, a medida que el proyecto iba tomando consistencia comenzaron a surgir problemas y no de poca importancia. Para empezar hay que advertir al lector de que éste no es un libro con pretensiones históricas, sino que persigue el necesario reconocimiento y el homenaje a una conducta ejemplar, pues la actualidad se esfuerza cada día en recordarnos el significado de las palabras confrontación y enfrentamiento; y mucho más en una sociedad como la española, donde actualmente los amantes de la gasolina se despiertan con una sorprendente facilidad.

Además, estas historias nos han llegado a través de los recuerdos —a veces de uno solo de los protagonistas— que han recibido, en sigilo, hijos, nietos o vecinos y siempre en forma de impreciso relato oral. Ninguno de estos relatos pretende erigirse en texto académico y hay que recordar que sólo fueron cruciales, hasta hoy, para los protagonistas y sus familiares. Así que, a pesar de que se han tomado todas las cautelas —consultando con historiadores, y solicitando expedientes e informaciones en los archivos de la Guerra Civil— para no errar en los relatos, hemos reunido aquí doce historias que, siendo en esencia reales, no necesariamente sucedieron como están descritas. Por otra parte, a la hora de elaborar el libro, debíamos concentrarnos en la historia principal y no en aquellas derivadas que iban surgiendo. Y esto, con franqueza, ha sido difícilísimo porque cada una de ellas tenía interés suficiente como para un solo libro.

Muchos de los episodios combinan la narración y la descripción de lo que pudo ser. Y a pesar de que hemos intentado preservar los testimonios tal y como los hemos recibido, algunos pasajes — épocas, lugares, batallas— son fruto de evocaciones, por lo que no se les puede exigir literalidad. Por otro lado, en cierta forma, llevar

estas historias al papel no podía suponer la violación de unos recuerdos de los que se nos había invitado a participar.

Es cierto, no obstante, que sólo el hecho de que protagonizaran estas breves historias no hace de aquellos hombres unos héroes. Ni siquiera sabemos si el pasado de alguno de ellos —en medio de esa guerra tan cruel— oculta otro tipo de relatos. Pero lo que sí sabemos es que, en estas instantáneas que recoge el libro, en una de esas frágiles líneas temporales que componen la vida, cuando sus protagonistas se vieron en la tesitura de apostar por ella tomaron la decisión de hacerlo. Además, las estanterías de las librerías están llenas de dramáticos relatos de nuestra Guerra Civil y allí se podría saciar esa concesión al dolor. En este libro solamente se recogen aquellos pasajes donde la concordia se convirtió en una fotografía heroica. En todo caso, como descubrirá el lector, lo que para algunos es una heroicidad fue para otros una traición, porque el concepto de héroe, íntegro, infalible, siempre entre el negro y el blanco, no existe en la vida real.

Estas aventuras son historias sencillas pero con una gran carga de profundidad moral. El lector puede buscar explicaciones para esos actos más allá de la simple generosidad, aunque estaría cometiendo un error. Quizá sucediera eso en algún caso, pero es muy probable que, en otros, simplemente triunfase el sentimiento de humanidad y de compasión.

Por último —y creo que es lo más importante— se equivocarán quienes pretendan encontrar en esta iniciativa un argumento para minimizar los daños del franquismo. En mi opinión, una sociedad sana es aquella que tiene memoria y que defiende el modelo resultante de las urnas, jamás de las ametralladoras. No existen razones, por justificadas que les parezcan a algunos, para provocar la masacre que sufrió este país. Y por eso era imprescindible reconocer una acción de valor tan formidable como la de estas personas.

Sólo acertarán en la intención de esta iniciativa quienes, sin olvidar esa condición de justicia, comprendan el concepto de

reconciliación, convivencia y humanidad. Dicho lo cual yo, personalmente, me siento plenamente representado por las palabras que el propio Cercas ha expresado en uno de sus artículos:<sup>1</sup> «No siempre es fácil distinguir la moral de la política, pero a veces es conveniente y hasta útil. Moralmente hubo gente buena y gente mala en los dos bandos, como hubo asesinatos en los dos bandos y en los dos bandos hubo barbaridades y horror e idealismo. Políticamente, en cambio, no hay dudas: los buenos —los que tenían la razón política— perdieron la guerra; los malos —los que no tenían la razón política— la ganaron». Pero ésta es la opinión con la que yo me siento identificado. Usted no tiene por qué hacerlo.

En esta línea, puede que las definiciones del libro molesten a algunos lectores —aunque me temo que incomodarán también a otros—. Aclararé, pues, que la interpretación de los hechos pertenece al ámbito en el que hay consenso académico y cuyos términos han sido perfectamente descritos por historiadores como Hugh Thomas, Ian Gibson o Paul Presión.

Yo pertenezco a una familia que tuvo un abuelo en cada bando. La historia nos ha enseñado que la vida te empuja hacia complejos caminos, a veces sólo por cuestiones geográficas o incluso de amistad. Siendo así, resulta incomprensible que algunos periodistas y ciertos dirigentes políticos —no todos, por suerte— todavía crean encontrar en esa reparación pendiente una forma de escarbar en las heridas del pasado. La búsqueda de la memoria no es un acto de venganza sino de justicia. Un concepto que tiene un significado claro, incluso en la jurisprudencia actual. Ciertamente, las víctimas de uno de los bandos fueron honradas por el franquismo. Por eso, yo no puedo entender que se nieguen a subir al tren de la concordia para honrar al otro.

Cualquier persona de bien comprende que las familias que todavía tienen a un ser querido enterrado en una cuneta quieran trasladar sus restos a un cementerio. Imagínense ustedes en su lugar. No es una petición muy descabellada, ¿no les parece?

Sin embargo, es doloroso comprobar que ciertas heridas siguen abiertas. Aquí mismo, en estos relatos, algunos familiares han pedido explícitamente que no figuren los nombres reales de las personas que estuvieron implicadas, a pesar, incluso, de que se trata de historias maravillosas. No me he opuesto en ningún caso pero honestamente pienso que estos hechos habría que resucitarlos.

Los protagonistas fueron gente modesta. Unos no dudaron en proteger la ley y otros en proteger a sus vecinos ocultándolos en sus buhardillas, quemando expedientes comprometedores, entregándoles aceite de estraperlo, repartiendo su propia y escasa comida o ayudándoles a cruzar nocturnas fronteras, sin cuestionar su militancia, anteponiendo humanidad a la contienda política. ¿No es hora de que alguien les dé las gracias?

FERNANDO BERLÍN  
*Creador de radiocable.com*

1

## El bisabuelo Luis y las monjas <sup>2</sup>

Luis Troyano, cabecilla comunista en la zona de Córdoba y Jaén.  
*Foto: Archivo familiar.*



El 13 de agosto de 1936,<sup>3</sup> el cardenal Goma se dirigió a Eugenio Pacelli, el secretario de Estado del Vaticano, y le anunció que iba a redactar una carta pastoral colectiva para denunciar la persecución que estaban sufriendo los religiosos en España. Eugenio Pacelli —más tarde el papa Pío XII—, que le había atendido con reticencias en la Santa Sede, recibió al poco tiempo un texto en el que, entre otras cosas, se narraba lo siguiente:

[...] Los sacerdotes asesinados sumarán unos 6.000. Se les cazó como perros, se les persiguió a través de los montes, fueron buscados con afán en todo escondrijo.

Se les mató sin juicio las más de las veces, sin más razón que su oficio social. [...] La revolución fue crudelísima: las formas de asesinato revistieron caracteres de barbarie horrenda [...] La revolución fue inhumana: no se ha respetado el pudor de la mujer, ni aun la consagrada a Dios por sus votos. Se han profanado las tumbas y los cementerios.

La carta estaba redactada en un tono profundamente dogmático, asumiendo como propios los principios del alzamiento militar, lo que pudo ser la causa de que el Vaticano se mostrase tan tibio en su primera reacción. Sin embargo, aquel documento —la «carta colectiva del episcopado español»— difundido en julio de 1937, tuvo un gran impacto en los círculos católicos mundiales. Los gobernantes de la República, a pesar de la oposición que sus dirigentes mostraban a los actos anticlericales, pública y privadamente, no fueron capaces de contener los excesos cometidos por milicianos fanáticos o descontrolados. Aquellos delitos pudieron no ser una directriz institucional, pero se cometieron.

## JAÉN. PRINCIPIO DE LA GUERRA. TERRITORIO REPUBLICANO

—Todas las mujeres tienen que trabajar y al decir todas, por supuesto, incluyo a las monjas. Sabe que corren tiempos difíciles. La producción es importante, ahora más que nunca.

—Ya, ya. Sin embargo no son trabajos para unas mujeres tan mayores.

—¡Ay, Luis, Luis! —le dijo con una palmada en la espalda, acompañándole hasta la puerta—. Si pudiéramos elegir las manos que trabajan para nosotros, sería más fácil, ¿verdad?

—Debería tener en cuenta lo que le digo.

—Tiene usted un carácter de mil demonios, Troyano, pero hoy la patria necesita la ayuda de todas las mujeres. No sé yo si solamente con los jóvenes podremos luchar contra el fascismo —ironizó.

Luis no tuvo tiempo de contestar porque cuando quiso hacerlo la puerta se cerraba a sus espaldas. Hacía frío. Golpeó sus manos,

una contra la otra, observó el vaho que salía de su boca y subió al automóvil.

—Maldita sea —susurró.

—Sí que es frío este invierno —dijo el militar que le acompañaba arrancando el motor.

—Ya —asintió él, molesto con lo que acababa de ocurrir.

Trataba de ordenar en su cabeza la conversación que había mantenido. El automóvil atravesó el pueblo y enfiló el camino hacia los campos de cultivo.

Algunas parejas de milicianos, dispersas, vigilaban a las mujeres que golpeaban los árboles con sus palos mientras veían caer las olivas.

*—Mi bisabuelo Luis Troyano era un cabecilla comunista en la zona de Córdoba y Jaén —recuerda Xandra—. Había trabajado para la República como ferroviario y al comenzar la guerra se le encargó la organización de la retaguardia. Sus responsabilidades consistían básicamente en mantener en funcionamiento una mínima infraestructura del Estado con aquellas personas que llegaban detenidas del bando nacional.*

Luis organizaba el trabajo cotidiano en aquellos campos para que los suministros pudieran seguir llegando, tanto a la población como a las tropas.

—¿Caminará de nuevo por el olivar? —preguntó el militar al verle colocándose el abrigo sobre los hombros.

—Sí, pero será un paseo breve. La producción es lo más importante ahora.

—Los muchachos preguntan por ese interés.

—Si preguntaran menos y trabajaran más, esta guerra iría mejor.

—Dicen que se interesa mucho por las religiosas.

—Que no se preocupen tanto —ironizó—, dígales que todavía no he pensado en convertirme y por otra parte creo que ellas ya están casadas, ¿verdad?

El automóvil se detuvo. Luis descendió y comenzó a caminar, ensimismado, por los surcos de los caballones. El suelo estaba encharcado. El militar le seguía a cierta distancia.

Ese gran olivar se extendía tan lejos como alcanzaba la mirada. Pequeños grupos de tres o cuatro mujeres trabajaban aquí y allá. Luis se acercó a los milicianos.

—¿Dónde están las otras mujeres? —preguntó.

—Más allá, a unos cinco minutos, hay un nuevo grupo de monjas. Llegaron detenidas ayer por la mañana. Vienen de la zona nacional. Son bien mayores, como las otras.

—Sí, ya me dijeron —concluyó.

Se encaminó hacia allí. En efecto, un pequeño grupo de tres mujeres golpeaba los árboles y recogía los frutos. Una de ellas, la más anciana, le observó desde la distancia directamente a los ojos. Tenía el rostro colorado por el frío y un cuerpo redondo, con un extraño halo de bondad. Dos milicianos las vigilaban de cerca y se dirigían frecuentemente a ellas, con comentarios que desde allí no podía escuchar.

Luis se mantuvo de pie, junto a un vetusto olivo que le observaba silencioso. A su lado cayó una aceituna. Se agachó y la recogió. La observó.



Seguramente era la aceituna más perfecta de aquel olivar. Un poco verde todavía, sí, pero de un tamaño tan imponente que llamaba la atención. La introdujo en el bolsillo de su abrigo, volvió a mirar a las trabajadoras, se giró y regresó hacia el automóvil.

Aquella noche, durante la cena, permaneció absorto. Hay imágenes que tienen la habilidad de fijarse en la retina sin pedir permiso y algo de eso le pasó aquel día. Porque cuando esos fotogramas insisten en revelarse una y otra vez, finalmente terminan venciendo al subconsciente y consiguen que toda actividad quede salpicada de preguntas.

Su mujer se dio cuenta de que paseaba por territorios ajenos al mantel y refunfuñó.

—Me pregunto dónde hallarás todas estas cosas —se apresuró a contestar el ferroviario.

—Tendrías que ver al estraperlista. Creo que yo podría ser una de ellos —afirmó ella sonriente—. Me manejo mejor sorteando las normas que cumpliéndolas.

—Te creo —contestó él.

—Pueden conseguirlo prácticamente todo —pensó ella en voz alta.

A decir verdad, Luis Troyano no prestaba mucha atención a la conversación con su mujer. Pensaba en las monjas. No es que su ideología estuviera en peligro. En absoluto. Pero ¿por qué habían sido alejadas de su mundo? ¿Por qué unas ancianas eran obligadas a trabajar así hasta la extenuación?

A la mañana siguiente, al punto del alba, el conductor le esperaba en el descansillo.

—¿Quiere un café? —le preguntó Luis, dirigiéndose a la cocina mientras se abotonaba la chaquetilla.

—No, muchas gracias. Ya desayuné.

—Pronto amanece la República —bromeó.

—No se crea. Más pronto amanecieron las monjas. Cuando me levanté, ya estaban de camino a los olivares. ¡Eso sí que es sacrificio! Claro que ya están acostumbradas.

—Créame, a sufrir no se acostumbra nunca uno, y mucho menos si no lo ha elegido —dijo Luis depositando el tazón sobre la mesa.

—En los conventos se reza antes incluso del amanecer, me lo dijo mi cuñada. ¿Se lo imagina? No creo que haya un Dios que madrugue tanto.

—Pasaremos por el olivar antes de volver a casa.

—Es usted inmune al frío.

—Pues verá mañana. Toda esta lluvia será hielo.

El automóvil recorría traqueteando aquel camino, entre olivos y viñas, y se detuvo en un amplio descampado. El ferroviario se bajó, saludó a los milicianos y se acercó al vetusto árbol del día anterior. Las monjas trabajaban vigiladas por los milicianos, esta vez en la distancia. Luis pasó cerca de una de ellas, que estaba descansando de rodillas en el suelo, sentada sobre los talones.

—Buenos días —escuchó.

Era la mujer anciana con quien había cruzado la mirada el día anterior.

—Buenos días —contestó.

—Pronto vino usted hoy —dijo ella.

—Antes llegaron ustedes —sonrió—. Debe de estar agotada.

—A mi edad, la palabra trabajo viene ya cansada —respondió ella sonriendo mientras trataba de levantarse.

—Permítame.

Luis extendió el brazo y ofreció su mano.

—Este invierno será duro —dijo aceptando la ayuda y levantándose del suelo.

Tenía las manos realmente frías. Observó que también tenía las rodillas empapadas y las sandalias roídas.

La mujer le miró con curiosidad. No estaba acostumbrada a tanta indulgencia. No por allí.

—El Señor pone pruebas muy complicadas en el camino.

—No sé quién las pone, la verdad, pero se está esforzando —sonrió él—. Lo siento —dijo al ver cómo se desvanecía la sonrisa de aquella monja.

—No, por Dios —contestó ella volviendo a sonreír—. Se imaginará que no es el único agnóstico que me he encontrado en este olivar —la monja rió, bonachona.

—Me temo que soy algo más que agnóstico. ¿Lleva mucho tiempo así?

—¿Así, cómo? ¿De monja?

—Sí, de monja.

—Soy superiora. Casi toda mi vida en el convento —señaló con orgullo—. Mis padres me enviaron cuando era una chiquilla y desde entonces mi única familia han sido estas monjas. Bueno, ellas y Dios.

—¿Superiora?

—Sí, ¿extraño, verdad?

—Con ese vestido nadie podría decirlo.

—Nos obligaron a quitarnos los hábitos cuando nos cogieron. Hemos pasado malos ratos, créame. ¿Y usted lleva mucho tiempo así?

—¿Así, cómo? ¿De comunista? —dijo divertido.

—Sí, de comunista —sonrió ella.

—Alguno. Mire, ¿no cree que es fabulosa? Con la ilusión de un niño, sacó de su bolsillo la enorme aceituna que había caído junto a él el día anterior.

—Madre de Dios, es realmente grande.

—Y hermosa. Tiene el color más verde que he visto en una oliva.

—Si todas fueran de este tamaño, tendríamos que trabajar la mitad —rió ella.

Luis Troyano sonrió, volviéndose a meter la aceituna en el bolsillo del abrigo.

—Creo que me traerá suerte —señaló

—Sí, yo también lo creo. Acuérdense de guardarnos un poco a nosotras.

—Lo haré. No se preocupe.

—Cuídese mucho, debo volver al trabajo —dijo, diligente, la madre superiora.

—Cuídese usted también.

Luis se dio la vuelta y emprendió el camino hacia el auto.

—Y cuide esa oliva. Es un regalo de alguien que le desea suerte —concluyó la monja.

El ferroviario levantó la mano, sin volverse, despidiéndose.

Un día tras otro, las visitas se convirtieron en habituales y su relación con las monjas se hizo más cotidiana y sincera. Al mismo tiempo, su conciencia sobre la tragedia de aquellas mujeres iba en aumento. Observaba a diario el sacrificio que imprimían a todo lo que hacían y veía cómo aquel rostro bondadoso y rechoncho adelgazaba y se iba demacrando.

—No es trabajo para mujeres de esta edad —murmuraba, malhumorado. Y no pensaba aquello por un asunto de tibieza ideológica. De hecho, Luis se echó al monte con los maquis cuando terminó la guerra. Fue en aquellos días en que mataron a su hermano simplemente porque a él no le encontraron en casa. No, aquél no era un problema de ideologías, sino de humanidad.

Luis llegó a ser tan consciente de aquella situación que prolongaba sus visitas todo lo que podía, tratando de darles un respiro en el trabajo. La producción comenzó a resentirse, de forma muy débil al principio, pero más intensa después. Los capazos que se recogían de aquellas cuadrillas cada vez eran menos abundantes.

Los milicianos lo sabían, pero dado que se trataba de un cabecilla local, nadie se aventuraba a decir nada. Al poco, Luis empezó a pensar que quizá la producción no era tan importante. A lo mejor las personas debían estar por encima de ella, incluso aunque se tratase de defender la República. Además, las conversaciones con las mujeres eran muy entretenidas y muchas veces edificantes. Con la madre superiora llegó a labrar una buena amistad.

—¿Nunca pensó en casarse? —se atrevió incluso.

—¡Ay, no, hijo! Sacrifiqué esas y otras cosas, pero, créame, nunca me he arrepentido.

Observaban los olivos y a las trabajadoras.

—Me resulta extraño.

—A mí me resulta extraño que, ante algo tan inabarcable como Dios, la gente elija el matrimonio —rió ella.

—Se sorprendería, el matrimonio también puede llegar a ser inabarcable.

—Su mujer es afortunada.

—No crea, el afortunado soy yo. Ella es una mujer muy valiente. Es luchadora, y realmente buena en los negocios de la casa, de verdad.

—Sí, debe de serlo. Tiene usted una pinta muy sana.

—¿Tampoco se enamoró nunca?

—¿Cree que debajo del hábito no había una mujer? Sí, señor, sí la había. Pero elegir un camino siempre supone renunciar a otro.

Por las noches compartía aquellas confidencias con su mujer, que observaba la situación con extrañeza, pero sin atisbos de recelo.

—Son buenas personas.

—No deberían estar haciendo ese trabajo —decía ella—. Deben de estar aterrorizadas, sin saber qué vendrá después.

Él suspiraba porque también lo pensaba.

—¿No irán a convertirte ahora? —bromeaba su mujer.

—No digas tonterías, mujer.

Es extraño el ser humano. Nacemos distantes unos de otros y, sin embargo, luchamos por vivir de forma gregaria. Crecemos pensando que nuestro modo de entender el mundo debiera ser universal, pero el respeto se ha vuelto una palabra muy deformada. Lo exigimos para nuestro modo de vida mientras tratamos de imponerles éste a los demás. Respeto significa comprensión, aceptación de la diferencia. Y Luis Troyano se dio cuenta.

La mañana más fría de aquel invierno se levantó y puso café a calentar. El militar ya le esperaba en el descansillo.

—¿Quiere un café? —le preguntó Luis, dirigiéndose a la cocina mientras se abotonaba la chaquetilla.

—No, muchas gracias. Ya desayuné.

—Pronto amanece la República —bromeó de nuevo.

—Unos más que otros. Esta República no se pone de acuerdo tampoco para eso.

Chispeaba. El automóvil enfiló el camino, atravesó los húmedos campos de olivares y se detuvo en el descampado. El ferroviario descendió, caminó introspectivo y se dirigió al lugar en el que trabajaban las monjas, dispuesto a ralentizar un poco la producción. Unos milicianos las vigilaban de cerca. No le vieron acercarse.

—¿Qué? No es como hacer pastelillos, ¿eh? —decía uno de ellos.

—Quizá debiéramos esperar a que se levantara un poco el sol —contestó la madre superiora, sacando con dificultad una aceituna de la escarcha. Sus manos empezaban a azularse.

Las mujeres se inclinaban sobre el suelo congelado. De sus bocas salía vaho, que trazaba formas en el aire antes de

desaparecer. Aquellos cuerpos mayores se resentían del esfuerzo como la madera retorcida. En la España de 1936 se confundieron muchas cosas. El concepto de la justicia se desvaneció y con él todas las materias que tenían que ver con el respeto. La pobreza económica iba acompañada de una gran pobreza moral. No era un día adecuado, ni tenían una ropa apropiada; no era una edad conveniente. Pero, sobre todo, no era un castigo justificado.

—Las monjas pensáis que rezando las olivas se recogen solas —señaló el otro con desprecio—. Además, no veo a Dios por ningún lado. Lo mismo está debajo de la escarcha —se reía.

—¡Abuela! —se burlaba el otro—. ¡Que el frío tersa la piel! —decía, apretándole el carrillo con su mano.

Aquellos hombres se crecían a medida que observaban cómo la timidez se apoderaba de ellas. No tenían nada mejor que hacer.

—Si te hubiera conocido hace treinta años, ibas a ver lo que es el amor —dijo uno con una risotada poniéndose la mano en los huevos.

Su compañero reía escandalosamente. La mujer, sonrojada, volvía a bajar la cabeza.

Hasta que se escuchó un carraspeo y los muchachos se volvieron.

—¡Qué bien! —aplaudió Luis.

—Está claro —dijo— que aquí tenemos unos verdaderos republicanos.

—Ah, no... —añadió—. Quizá sean unas verdaderas republicanas.

—Unas muchachitas —continuó— que defienden valientemente la patria burlándose de unas ancianas a las que se les congelan los



dedos con la escarcha.

Y volvió a aplaudir.

—Oiga, Troyano, que es sólo una monja.

—Valientes hijos de puta estáis hechos los dos.

—Estábamos bromeando, ¿verdad?

—¿Tú crees que soy gilipollas? ¿Crees tú que no puedo hacerte nada?

*—Dicen que mi bisabuelo tenía un carácter de mil demonios. Debía de ser un hombre más bien resolutivo —afirma Xandra.*

El miliciano observó desafiante a Luis Troyano, pero éste, sin inmutarse, se dirigió hacia uno de ellos.

—¿Sabes lo que me costaría hacer que te enviaran al puto frente del Ebro?

—La producción... —vaciló el otro miliciano.

—La producción me la paso yo por los cojones —continuó Troyano—. La producción tiene como destino alimentar al pueblo. Mientras que el pueblo tiene la obligación de construir una sociedad basada en la justicia. Parece mentira que no lea los carteles.

—Yo..., mire, lo siento.

—Discúlpense con estas mujeres —dijo, señalándolas mientras se quitaba los guantes.

—Lo siento, señoras —repitió.

—Lo mismo a ellas también les interesaría conocer las causas de su irascibilidad. Podrían disculparle si supieran las razones por las que le huyen en el pueblo. Debería explicar que sufre de ciertos

picores muy sospechosos en la entrepierna, probablemente debidos a la falta de higiene, lo que seguramente le hace presentarse tan intratable —concluyó.

El miliciano, abochornado, miró hacia el suelo.

—Lo siento mucho, señoras. No se volverá a repetir —volvió a decir.

—Ya me encargaré de hablar con tus superiores. ¡Largo! No vaya a ser contagioso —Luis Troyano dedicó una sonrisa irónica a las mujeres—. Más les valdría aprender a respetar a las personas de esta edad —dijo—. No creo que les gustara ver a sus madres siendo tratadas así —concluyó.

El miliciano giró sobre sus pasos y se marchó con su compañero, que le observaba burlón.

—Muchas gracias —dijo la superiora con cara revoltosa.

Luis sonrió de medio lado devolviendo la imagen de travesura. Hasta en los momentos más difíciles hay pequeños rayos de luz que dulcifican la existencia.

Las mujeres se incorporaron y quedaron de pie. Luis observó a esa mujer exhausta pero siempre sonriente. En cierto modo podría ser su propia madre. Aquellas manos temblorosas por el frío, aquel cuerpo castigado por la edad, el pelo recogido..., podían perfectamente pertenecerle a ella. Jamás habría consentido que su madre hubiera llevado unas sandalias tan roídas, empapadas por la escarcha de los caballones. Nunca habría podido verla, a esa edad, arrodillada en el suelo mojado, con los dedos entre el barro, rebuscando olivas. Jamás habría podido soportar que un miliciano estúpido se hubiera burlado así de ella.

Y a menudo, cuando conseguimos retratar frente a nosotros a alguien por quien sentimos cariño, se descubre el verdadero sentido de la palabra compasión.

—Madre, nos volvemos —dijo—. Hoy no hace día de campo.

Luis comenzó a caminar hacia el automóvil junto a la madre superiora. Las otras dos monjas terminaron de recoger, siguiéndoles a cierta distancia.

—Les buscaré acomodo en otras tareas para las que no tengan que venir al campo.

—Eso le acarreará problemas.

—No lo crea —rió—. En mi casa nos manejamos bien sorteando las normas.

—Siempre nos dibujan a los valientes con un patrón único, demasiado perfecto. Pero en la vida real los héroes están compuestos de múltiples matices. Y además —sonrió—, el expediente no suele ser intachable.

Luis caminaba con ella pensando en aquellas palabras.

—Mire a Jesús —prosiguió la superiora—. Una familia pobre, humilde. ¿Cree que los poderosos de la época le consideraron un héroe? Ni siquiera en su propia comunidad lo fue para todos. Salió en defensa de María Magdalena cuando iban a lapidarla, ¿se lo imagina? ¿Dónde están las gestas militares? ¿Dónde está la solemnidad?

—Ya —dijo él—. Quizá algún día lea algunas líneas de la Biblia.

—Si lo hace puede que yo lea algunas páginas de Marx —sonrió ella.

*—Un día Luis vio cómo a un grupo de monjas, trasladadas desde la zona nacional, las obligaban a trabajar en la recogida de la aceituna. Era un trabajo durísimo, que requería sacar con los dedos las aceitunas incrustadas en el suelo escarchado. Luis oyó cómo les gritaban: «Esto no es como hacer pastelitos en el convento, ¿eh?»*

*además de otros insultos y vilipendios. Luis castigó los malos modos y se preocupó de que las monjas fueran tratadas con respeto y de manera adecuada a su edad; les buscó acomodo y siguió interesándose por su destino —relata Xandra.*

El cardenal Goma había retratado en su carta una de las caras más terribles de la guerra civil: «El odio a Jesucristo y a la Virgen ha llegado al paroxismo en los centenares de crucifijos acuchillados, en las imágenes de la Virgen bestialmente profanadas, en la reiterada profanación de las sagradas formas». Sin embargo, además de su iluminado apoyo al golpe militar, Goma cayó en la tentación de generalizar aquel comportamiento otorgándole un carácter político y solicitando los ruegos para contener «con el esfuerzo y las oraciones de todos, esta inundación del comunismo que tiende a anular al Espíritu de Dios y al espíritu del hombre».

«Dios sabe que amamos en las entrañas de Cristo y perdonamos de todo corazón a cuantos sin saber lo que hacían han inferido gravísimo daño a la Iglesia y a la patria», concluía Goma, olvidando que también una buena parte de los republicanos realizaba un esfuerzo titánico para perdonar a aquella parte de la Iglesia que alentó el alzamiento.

La relación de Luis Troyano con las monjas se prolongó por espacio de algunos meses. Su intervención tuvo efecto y en esas nuevas tareas, mucho más apropiadas para su edad, pudieron trabajar con cierta comodidad. Luis pasó a visitarlas mientras que sus responsabilidades se lo permitieron. Después, con el tiempo y el giro de la guerra civil, fue perdiendo el contacto con aquellas mujeres. Pocos días antes de terminar la guerra, la madre superiora encontró junto a su puerta una cajita a su nombre. Tenía una aceituna en su interior. Era de gran tamaño. Un regalo de alguien que le deseaba suerte.

## LA SEGUNDA OPORTUNIDAD

La mujer sacó el objeto del cajón de su mesilla y lo colocó delicadamente sobre la ropa, añadió el libro y cerró las correas de la

maleta.

Habían pasado cerca de diez años desde el final de la guerra cuando apareció ese artículo en el que se publicaba el nombre del comunista encausado.

La guerra acabó, pero en la victoria no hubo ninguna generosidad con los vencidos. El fue condenado a muerte, pero antes del «ajusticiamiento» estuvo ocho años en prisión, campos de concentración, en el Valle de los Caídos... Finalmente llegó el día, se preparó el garrote vil y se hizo público en los periódicos que un día más tarde sería ajusticiado.

Habían leído por casualidad aquel nombre, pero no tardaron en reconocerlo. No cabía duda. Era él.

—¡Madre! —gritó, dirigiéndose hacia el dormitorio con el periódico entre las manos temblorosas.

—Mire, es él. Está aquí. Su nombre sale en el periódico —exclamó.

—¡Qué susto me has dado! ¿Quién es quién?

—Él —contestó, mostrándole el periódico.

—Pero ¿cómo quieres que lo vea? —sonrió, acercándose las gafas.

—Hablan del condenado. Su nombre está aquí. Dicen que mañana lo ejecutarán con el garrote vil.

Al leerlo sintió una punzada en el estómago.

—¡Señor! —exclamó.

Aquella fue una cena muy silenciosa. Nadie habló. Hasta que lo hizo ella.

—Mañana acudiré al juez. Le diré que no pueden matarlo.

—Pero...

—Le diré que tiene una familia que cuidar y que durante la guerra ayudó a mucha gente. Tendrá que escucharme.

Por la mañana preparó una pequeña maleta con algunos efectos personales, cogió el periódico y cerró la puerta de la habitación. Al hacerlo recordó que olvidaba algo. Volvió con su maleta al dormitorio, extrajo del cajón de la mesilla un pequeño objeto marrón, lo depositó en la maleta y marchó a la estación.

—Ése es un argumento que podría ayudar —dijo el juez, observándola—. Pero no le puedo prometer nada. Quizá el Caudillo. Su magnanimidad es conocida y podría ayudarle. Pero me temo que...

—Le repito que tiene una familia a la que atender —dijo la mujer—. Una familia a la que hace casi diez años que no ve. ¿No le parece ya suficiente castigo?

—Mire, son tiempos difíciles. Enemigos de la patria los hay por todas partes. Las referencias tienen que ser muy buenas para detener una cosa así.

*—La mujer había llegado unas horas antes de que fuera ejecutada la sentencia. Venía de Ávila, con el aliento entrecortado, pensando que no iba a llegar a tiempo. Traía el periódico en la mano con aquella terrible noticia —cuenta la bisnieta del detenido.*

Que espera tan aterradora. ¿De verdad pueden los hombres, en nombre de no se sabe muy bien qué ideales, decidir sobre la vida de un ser humano? ¿Qué clase de país puede asentarse sobre la vida arruinada de sus ciudadanos? ¿Y cómo es posible que un país que se está reconstruyendo sobre principios cristianos desoiga la palabra compasión?

La mujer esperaba dócilmente sentada sobre el banquillo de madera. La puerta junto a ella permanecía cerrada. El reloj avanzaba incesante.

Observaba aquellas otras caras, esos rostros demacrados por la preocupación, por las esperanzas rotas, dibujados por las noches en vela. Aquellas mujeres perdían la mirada en el vacío buscando una esperanza para sus maridos, sus hermanos, sus hijos...

Muchas salían de aquel despacho con el rostro desolado. La mayor parte encontraba en esa habitación el final de un tedioso camino burocrático de expedientes, de acusaciones, de ensoñaciones en papel, de testimonios desenterrados, de sueños, de esperanzas y de recuerdos de cotidianidad.

Esperó allí una hora, dos, tres. Sentada disciplinadamente, con las manos sobre las rodillas. Hasta que finalmente entró en aquel despacho.

—A este hombre no se le puede matar. ¿Cómo puede autorizarlo mirando a la cara de su mujer?

— Éste es, en todo caso, un asunto más difícil todavía, ya que lo menciona. Precisamente, creo que los negocios a los que se ha dedicado en todo este tiempo no están muy bien vistos por el Caudillo.

A pesar de la propaganda, la guerra no terminó definitivamente cuando se anunció, aquel 1 de abril de 1939. Quizá terminaron las operaciones militares, pero los maquis lucharon hasta finales de los años cuarenta. Además, la batalla siguió su camino en otros frentes. El judicial fue uno de ellos, la represión otro y, a menudo, los dos estaban conectados. Lo que se vio en abril de 1939 no fue el comienzo de la paz o la reconciliación, sino el anuncio de la institucionalización de la venganza a gran escala contra la izquierda derrotada.<sup>4</sup>

—Mire, señor juez, usted es consciente de que tengo buenas referencias. Sabe que hay personas muy poderosas a las que podríamos recurrir pidiendo ayuda.

—Escúcheme. Todos los días vemos casos así. ¿Cree que son muy diferentes unos de otros? Todos tienen motivos por los que deberían ser reconsiderados. Por lo menos eso es lo que creen ellos. ¿Por qué piensa que esta vez debería ser diferente?

—Porque se lo estoy pidiendo por el amor de Dios.

—Lo sé. Trato de comprenderla. Pero, créame, corren tiempos difíciles. Son muchos los condenados que tienen recomendaciones importantes.

Aquella debió de ser una conversación compleja. En los procesos contra republicanos, la jurisdicción militar era un instrumento de la dictadura para su represión y en muchísimos casos para su exterminio. Una jurisdicción militar instituida en el bando de guerra de 28 de julio de 1936 y mantenida por sucesivas disposiciones legales.<sup>5</sup> Su trabajo consistía, no tanto en juzgar los delitos, como en aleccionar a los perdedores.

—Imagínese lo que supondría si empezáramos a indultar a todos los encausados, ¿sabe cuántos delitos quedarían impunes?

—Pensaba que su trabajo consistía en ser justo.

—¿Se imagina qué lección estaríamos dando a otros delincuentes a los que la justicia aún no ha alcanzado?

—No. Me imagino la lección que estaría dando si sigue adelante con esto.

—De acuerdo. Dígame ahora por qué piensa que esta vez debería ser diferente.



—Quizá porque quien se lo está diciendo es la madre superiora de un convento de clausura.

—Ya le he dicho que eso podrá ayudar, pero no puedo prometerle nada.

—¿Es usted católico?

—Por supuesto, madre, ¿por quién me toma?

—Sepa usted entonces que a ese hombre lo puso Dios en nuestro camino para que nos evitara penurias. ¿Querrá usted enviar a la muerte a alguien con semejante expediente?

Muy convincentes debieron de parecerle al juez los argumentos de la madre superiora, porque finalmente decidió paralizar la causa de aquel hombre.

*—En este caso, y a pesar de que casi toda la familia somos agnósticos, ¡qué bien que topamos con la Iglesia y su poder! Aquella mujer salvó la vida de mi bisabuelo y consiguió que lo dejaran libre en agradecimiento a lo que él había hecho casi diez años antes — cuenta Xandra.*

Cuando aquella tarde el juez comunicó al reo su decisión, éste no terminaba de salir de su asombro.

—Pero no comprendo...

—Tiene usted amigos muy influyentes ahí afuera. Señor Troyano, estoy dispuesto a hacer la vista gorda con lo de su mujer. Y, créame, diez años dedicada al estraperlo darían como para detenerse a pensar. Sin embargo, estoy dispuesto a mirar hacia otro lado, salvo que vuelva a aparecer usted por aquí, en cuyo caso...

—Yo, yo... Se lo agradezco, señor. Muchas gracias, gracias.

—No me las dé a mí. Déselas a aquella mujer. Me pidió que le entregara esto. Usted sabrá. En lo que a mí respecta, no quiero

saber nada más de esta historia.

El juez entregó a Luis Troyano una vieja cajita de madera en cuyo interior había un hueso de aceituna. Habían pasado diez años desde aquello, pero el ex ferroviario lo reconoció inmediatamente. Era el hueso de aceituna más hermoso que había visto. Un regalo de alguien que le deseaba suerte.

## 2

# El retrato de Quico Solano 6

Quico Solano, alcalde de Fuenteguinaldo en 1936.

*Foto: Archivo familiar.*



Pocos días antes de iniciarse la guerra civil, Quico Solano enterró en el pajar un retrato de Pablo Iglesias.

Fue un acto clandestino, un discreto gesto de rebeldía. El cuadro apenas medía cincuenta centímetros y la verdad es que podían haberlo destruido. Sin embargo, ni Francisco ni su padre querían deshacerse de él. Por eso lo enterraron juntos.

—Quizá algún día este país sea mejor —dijo.

—¡Hum! —asintió su padre.

—Quizá algún día se pueda tener un retrato sin miedo a que a uno lo maten.

—¡Hum! —volvió a asentir su padre, pensativo.

Y entonces echaron grano encima y el retrato de Pablo Iglesias fue desapareciendo de la vista poco a poco y quedó sumergido en una montaña de olvido y oscuridad. Nadie volvió a preguntar por él hasta ese terrible día.

Francisco Sánchez Álvarez, al que todos conocían como Quico Solano, era un hombre de mundo. Había vivido en París, donde descubrió a Marx, y en América Latina, durante ocho años. Había viajado por Cuba y Argentina. Allí conoció otras formas de entender las cosas y tuvo ocasión de ver en directo a Carlos Gardel. Fue en un pequeño café del viejo arrabal de Buenos Aires, en el que Gardel entonaba *Yira* con amargura. Desde entonces, cada vez que Quico escuchaba esa canción viajaba soñando allí, envuelto en lágrimas.

Quico Solano había llegado hacía poco de Argentina, país en el que estaba instalado y que abandonó temporalmente cuando supo que su padre estaba muy enfermo en España. Dejaba atrás un próspero negocio del mercado mayorista, que tenía junto a otro socio y que le permitía enviar importantes cantidades de dinero a su familia. Viajó durante un mes a través del océano hasta llegar a Fuenteguinaldo, en Salamanca, con la intención de preparar los papeles y dejar arreglados los asuntos de su padre por si sucedía lo peor. Por fortuna, a su llegada el padre mejoró y su hijo decidió quedarse por el pueblo durante un tiempo.

Su padre, Bonifacio Sánchez, había sido el fundador de la Casa del Pueblo de Fuenteguinaldo. Eran una familia «de ideas avanzadas», como decían ellos mismos. Su regreso al pueblo fue muy bien acogido y supuso todo un acontecimiento. Tanto es así que, al poco de llegar, Quico Solano fue elegido alcalde del Frente Popular por mayoría absoluta. Tenía treinta y cuatro años cuando estalló la guerra civil. Nunca volvió a Argentina.

Fuenteguinaldo, en Salamanca, era por aquel entonces uno de los municipios más grandes de la región. Sus mercados de cacharrería y ganado eran muy populares en toda la comarca. Situado en un alto, estaba rodeado de extensas dehesas que ocupaban, según Quico Solano, «unos cien kilómetros» a la redonda.

Y precisamente por eso una de sus grandes apuestas políticas fue la *roturación* de aquellas tierras. Pretendía conseguir una autorización para que pudieran ser labradas, convertidas en cultivables y repartidas entre «las familias que no poseían nada».

Aquel proyecto le llevó a Madrid, hacia el mes de abril del 36, para reunirse con el ministro de Agricultura, Mariano Ruiz Funes. Iba acompañado de Cipriano Ferreira, un secretario del ayuntamiento con quien había hecho gran amistad y que era de los pocos que tenía automóvil. Viajaban juntos en el viejo coche oscuro de su propiedad, que se averiaba cada dos por tres.

En Fuenteguinaldo (Salamanca) existen dos dehesas de gran extensión superficial intervenidas por el Estado y todas ellas destinadas a pastos, una de ellas con alguno, poco, arbolado.

Dicho pueblo tiene un censo obrero de más de trescientas familias la mayoría de las cuales no poseen nada y las otras, lo insuficiente para vivir.

La roturación de parte a própiada de una de las dehesas, daría un rendimiento infinitamente mayor que el de pastos y muy superior al producto medio de los demás terrenos del pueblo.

Se aliviaría la grave situación económica de esas familias con el cultivo de dicha parte que tiene una extensión superficial aproximada de MIL QUINIENTAS HECTAREAS y se evitaría un posible conflicto de orden público.

Pues bien; a pasar de que ya por tres veces se ha solicitado del Ilmo. Señor Director General de Montes por mediación de la Jefatura Forestal de Salamanca, y de reunir dicho laboreo todas las condiciones que señala el Decreto de 30 de enero (Gaceta del uno de febrero), no sólo no se ha accedido a lo que se pedía, sino que dicha Jefatura de Montes, la provincial, con un menosprecio grosero, no se ha dignado ni contestar haciendo caso omiso de las posibles consecuencias de alteración de orden público que de no concederse, se producirá y a que la situación económica de estos campesinos es muy crítica.

Llamamos la atención del Excmo. Señor Ministro de Agricultura y de la Dirección General de Montes sobre este asunto y sobre el desprecio de que han sido objeto ahora y otras veces los campesinos que han tenido que humillarse ante los ingenieros de la Jefatura de Salamanca, pidiendo una cosa que además de ser justa es eminentemente humanitaria.

Fuenteguinaldo abril de 1.936.

Escrito dirigido al ministro de Agricultura con el que Quico Solano trató de repartir las tierras de la zona entre las familias que no poseían nada.

Cuando se paraba, los dos amigos abrían el capó y observaban el interior, como grandes expertos en mecánica.

—Creo que esta vez sí es el ventilador, Quico.

—No, hombre, no. Es la junta, claramente es la junta.

—Te digo que es el ventilador. Puedo reconocer el sonido con claridad.

Ninguno de los dos sabía nada de averías, así que terminaban apoyados sobre el capó, muertos de risa, hasta que la casualidad hacía que el coche siguiera su viaje. Los trayectos a Madrid tenían como fin llevar las cartas en mano al ministro, pues los secretarios de la Jefatura Provincial de Montes los ignoraban, menospreciando y mofándose de aquellas peticiones. Algunas de estas notas de Quico están, todavía hoy, en posesión de su familia y constituyen toda una declaración de humanidad:

[...] Dicho pueblo tiene un censo obrero de más de trescientas familias, la mayoría de las cuales no posee nada y las otras, lo insuficiente para vivir. La roturación de parte apropiada de una de las dehesas daría un rendimiento infinitamente mayor que el de los pastos y muy superior al producto medio de los demás terrenos del pueblo. Se aliviaría la grave situación económica de esas familias con el cultivo de dicha parte [...]. Llamamos la atención del Excmo. Señor Ministro de Agricultura y de la Dirección General de Montes sobre este asunto y sobre el desprecio del que han sido objeto, ahora y otras veces, los campesinos, que han tenido que humillarse ante los ingenieros de la Jefatura de Salamanca, pidiendo una cosa que además de ser justa es eminentemente humanitaria.

Además de intentar repartir las tierras entre esos labradores, otro de sus proyectos políticos consistió en la elaboración de una lista periódica en la que figuraban los pobres de la zona. Así el ayuntamiento podía darles de comer y proveerles de ropa. A los

niños, incluso, les facilitaban calzado para que pudieran asistir a la escuela en condiciones. El alcalde tenía, también, un empeño especial en alfabetizar a la gente del pueblo y eso incluía a la gente mayor, para los que programó clases especiales que impartía él mismo, con la ayuda de su padre y de un viejo profesor. Seguramente en todas estas iniciativas sociales tuvo mucho que ver aquel maestro, gran amigo de la familia, que fue quien abrió los ojos de Quico Solano al mundo, pues durante la niñez lo tuvo prácticamente adoptado.

*—Él le había enseñado a leer, cuando era chaval, le enseñó a aprender, a buscar los momentos especiales de la vida y, sobre todo, a ser una buena persona —cuenta Teresa, la hija de Quico Solano.*

El día que estalló la guerra civil, Quico Solano y Cipriano Ferreira se encontraron por el pueblo.

—¿Lo has oído? —preguntó Cipriano.

—Sí, dos hombres vinieron hoy, en un coche, advirtiéndome que protegiéramos el pueblo —contestó con preocupación.

—¿Vas a hacer algo?

—He pedido que se hagan turnos de guardia por el pueblo, ¿tú tienes alguna escopeta?

Los dos amigos salieron aquella noche a la entrada del pueblo y cruzaron dos carros de labranza en la carretera. Quico Solano era de izquierdas, pero Cipriano Ferreira, el secretario, pertenecía a una familia de derechas que tenía algunas conexiones con la Falange. A pesar de su ideología, colaboró con el alcalde empujando los carros.

—Más vale que no nos cojan —dijo Cipriano.

—Tú dale, que no creo que aparezcan en mitad de la noche.

—¿Tú crees que con esto vamos a impedir que entren?

—No lo creo, pero te sorprenderías de lo que consigue un símbolo.

—Parece mentira que no haya venido nadie más del pueblo —dijo Cipriano empujando con esfuerzo.

Al escuchar aquello, Solano recitó, con un singular acento argentino que divertía a su amigo:

—«La indiferencia del mundo, que es sordo y es mudo, recién sentirás.»

Parecía una imagen secuestrada. Quico Solano estaba de pie, en medio de la noche, junto a los carros, vestido con su traje de corte argentino, que despertaba gran curiosidad en el pueblo y que había traído con mimo desde Buenos Aires.

—«Aunque te quiebre la vida, aunque te muerda un dolor. No esperes nunca una ayuda, ni una mano, ni un favor» —concluyó.

Cipriano observaba sorprendido esa explosión artística.

—No es mío —rió Solano, volviendo a empujar— es de un artista argentino.

Naturalmente aquella acción nocturna no impidió que entrasen los militares. Sin embargo, lejos de constituir una empalizada, esos dos carros cruzados eran, en verdad, todo un símbolo de resistencia pacífica que significaba «la gente de este pueblo no necesita carros militares, sino de labranza».

No duraron mucho en la carretera. Toda la zona de Castilla y León estuvo en manos de los sublevados prácticamente desde el primer día, así que poco podían oponerse aquellos hombres con dos carros. Sin embargo, no es difícil imaginar la cara de los militares cuando se dejaron ver por el pueblo.

—¡Eh! ¿Se puede saber qué huevos pasa que no avanzáis?



—Es que hay dos carros cruzados en el camino, mi sargento.

—¿Pero qué dos carros ni qué dos cojones?

—Lo mismo hay resistencia.

—¿Resistencia? ¿En Salamanca? ¿Pero tú eres idiota? Nada se podía hacer para oponerse a la sublevación. Además, la zona era frecuentada por algunos matones que se hacían notar, borrachos, golpeando e intimidando a la gente de izquierdas.

La tensión fue aumentando hasta que llegó un momento en el que Quico Solano tuvo que abandonar el ayuntamiento y ponerse a salvo. Por un vecino del pueblo supo que lo buscaban y tuvo que echarse al monte. Aunque era un hombre ágil, que montaba a caballo, buen caminante y que sabía arreglárselas bien, lo pasó realmente mal allí. Sin embargo, tal y como demostraron los acontecimientos, no le faltaban motivos para huir.

*—El 14 de agosto de 1936 un grupo de falangistas se presentó en el ayuntamiento buscándolo, pero como no lo localizaron mataron a tiros al teniente de alcalde —relata su hija.*

La zona, como tantas otras del país, sufrió una fuerte represión. En el mes de octubre de 1936, otro grupo de hombres armados detuvo a diecisiete personas. Se las llevaron y fusilaron a catorce. Todos eran hombres del ayuntamiento, gente de la Casa del Pueblo o simpatizantes de izquierdas. Sus cuerpos nunca aparecieron y hoy, todavía, algunas de las familias tratan de localizar la fosa común en la que fueron enterrados, para poder trasladar los restos a un cementerio. Entre ellos se encontraba el hojalatero. Era un buen amigo de Quico Solano al que éste había encargado una pequeña hoz y un martillo de metal, con las siglas de UGT, con el fin de lucirlas sobre un banderín en las manifestaciones. Aquel símbolo desapareció de la faz de la tierra durante la guerra sin que la familia de Quico Solano volviera a verlo.

Durante el verano, semanas antes de aquello, Quico Solano pudo regresar del monte. El nuevo alcalde le había garantizado su seguridad.

—Pero sólo te puedo proteger durante el día —le había dicho.

—Ya. ¿Qué quiere decir durante el día?

—Mira, Quico, yo no tengo forma de asegurar nada por la noche. Si vienen los militares, tendrán que hablar conmigo, pero si vienen cuatro exaltados de madrugada, ¿qué piensas que puedo hacer yo?

—Pero es que yo no puedo volver al campo —le dijo.

—Búscate un sitio seguro donde dormir, trata de estar alerta. Es todo lo que te puedo decir.

En realidad sabía cuidarse solo, pero estaba más preocupado por su padre y sus hermanas que por él mismo. De hecho, vivía instalado en casa de su novia, a medio kilómetro de la residencia familiar, pasado el pueblo, y nadie le había molestado hasta entonces.

Sólo había dos personas del pueblo que no le inspiraban ninguna confianza. Andaban, habitualmente, con un tercero del municipio de al lado, que tenía fama de agarrarse unas borracheras endemoniadas. Sus consecuencias eran bien conocidas por los vecinos. Cuando empezaba a inyectarse alcohol y éste le empapaba las venas, el individuo se volvía un animal descontrolado. Los tres hombres campaban entonces a sus anchas y ejercían de matones. Sin embargo, la amistad sutil que le unía a uno de ellos le hacía pensar que nunca se atreverían a dar un paso como el de aquella noche, a mediados del verano de 1936.

Quico dormía en casa de la muchacha. Vivían juntos, sin estar casados, y a nadie le parecía extraño. Eran, como hemos dicho, de ideas muy avanzadas. Por alguna razón, llevaba unos días ausente, preocupado, con la mirada perdida.

—No comprendo qué es lo que te pasa —le dijo ella.

—No me pasa nada, te lo prometo.

—Ya, pero tú no eres así. Antes nunca te enfadabas.

—No me gusta cómo están las cosas y no encuentro una salida.

—Ven —le dijo ella, abrazándole.

Ya anocheceía en Fuenteguinaldo y las luces de las ventanas se iban consumiendo poco a poco. Pero mientras Quico Solano conversaba con su novia y la localidad se iba perdiendo en la noche, los tres hombres iniciaban su ritual de alcohol y envilecimiento. Tres matones, fanfarroneando y respaldados por el caos, daban lugar a todo tipo de excesos. La situación les otorgaba carta blanca para disponer de la justicia y atemorizar a los vecinos.

A última hora de la tarde la carga de alcohol era insoportable para el cuerpo de un ser humano pero, a medianoche, ya habían superado todos los límites de lo animal.

No es que necesitaran una dosis de alcohol muy alta para iniciar este tipo de juegos, pero, sin duda, aquellas cantidades ahogaban el poco espíritu de humanidad que quedaba en sus cuerpos.

Los tres hombres caminaban tambaleándose por las calles de Fuenteguinaldo, gritando y riéndose, sintiéndose los amos. Los vecinos cerraban, discretamente, las puertas y las ventanas para evitar tropiezos. Había quien miraba aterrizado tras las cortinas y quien conducía a los niños a sus habitaciones.

—¡Un pueblo de ratas! Ja, ja, ja. Aquí sólo hay ratas.

—¡Psst!, que me vas a despertar —decía el otro, tambaleándose, a carcajadas.

—¡A la mierda tanto rojo!

—¿Sabes quién tiene un retrato de Pablo Iglesias?

—¡Un retrato en su casa!

—El Quico.

—¿Quién? ¿El Solano?

—Sí.

—Le voy a meter dos tiros y ya verás donde pone el retrato y todos sus putos libros.

Y se dirigieron hacia allí. Cuando los tres hombres estuvieron frente a la vivienda de la novia comenzaron a aporrear la puerta.

—¡Solano! ¡Menudo cabrón estás hecho! —decía uno, blandiendo la pistola en el aire.

Golpeaban con la mano en el portón, produciendo un fuerte escándalo.

—¡Solano, abre de una vez! —gritaba.

—¡Psst! —reía el otro—, que me vais a despertar —se jactaba.

—¡Solano, sal a la calle y no nos hagas entrar! Apareció en pijama. Recién salido de la cama.

—¿Qué pasa? —dijo mirando al hombre que conocía.

—¿Qué pasa ni qué cojones? ¿Dónde está el retrato de Pablo Iglesias? —contestó el otro.

—¿Qué retrato?

—El retrato de los huevos, ese que tenías. Quico Solano observó a su amigo, sin dirigir una sola ojeada al más borracho de ellos.

—¿Qué retrato? —le preguntó a él.

Pero el amigo le volvió la espalda, envalentonado por el alcohol y la diabólica compañía.

—¡Psst! —dijo, llevándose el dedo a la boca—, que me vais a despertar —se burló.

—Aquí no hay nada y lo sabes. Sabes que ésta no es mi casa.

—¿Está en casa de tu padre? —dijo el otro.

—¡Hala, a casa de tus papas! —contestó el tercero, cogiéndole por la chaquetilla del pijama y pegándole un fuerte empujón.

A punta de pistola y a trompicones lo sacaron del portón y comenzaron a atravesar el pueblo. Era de noche pero hacía calor.

*—Tres matones a sueldo, de los que campaban a sus anchas por aquella zona, lo sacaron de la cama a punta de pistola y lo condujeron a la casa de mi abuelo. Le pedían un cuadro de Pablo Iglesias que tenía escondido en el pajar. Esa era la excusa, pero en realidad su intención era matarlo —cuenta Teresa.*

Los quinientos metros que separaban las dos casas se hicieron eternos. Trataba de pensar y no podía. Aquellos hombres borrachos caminaban a empujones y no había forma de razonar con ellos.

—Os digo que no está allí.

—¡Que no me toques los cojones, Solano, que te pego un tiro aquí mismo!

Los cuatro hombres llegaron a la puerta de la casa de su padre. Quico se disponía a llamar cuando el más grande lo apartó con brusquedad.

—¡Quita, coño! —dijo, abriendo la puerta e irrumpiendo en la casa.

El padre de Quico estaba en la habitación principal con sus dos hijas.

—Muy bien. ¿Dónde hostias está el retrato de Pablo Iglesias? —gritó uno.

Bonifacio Sánchez lo miró y se dirigió irritado hacia aquel hombre, pero no llegó a acercarse mucho. A pesar de su edad y de su debilidad, el matón, ahogado por la ira, borracho de alcohol y de rabia, le propinó un golpe de tal virulencia, que lo lanzó por la habitación, haciéndole caer, desplomado, al suelo.

Quico Solano se acercó para ayudarlo, pero los otros dos hombres se abalanzaron sobre él y la emprendieron a golpes, patadas y empujones.

Era imposible enfrentarse a aquellos energúmenos, que los superaban en número y en odio. Las mujeres corrían por la habitación gritando y tratando de auxiliar a Bonifacio.

—¡Padre, padre!

—¡Al próximo que se me acerque, le pego dos tiros! —dijo el borracho.

—¿Me has oído? ¿Me estás escuchando, Solano? —dijo, encañonándole.

Quico Solano asintió con la cabeza.

—De acuerdo... —contestó angustiado, en un intento de apaciguarlos.

Las muchachas gemían abrazadas a su padre, que estaba sentado en el suelo, tocándose la barbilla magullada.

—Ni me calmo ni cojones. ¿Dónde está el retrato?

—Está... —dijo Quico Solano—. Está... enterrado en el pajar.

—¡Pues bájalo! ¿A que estás esperando, idiota? —contestó otro de los matones, blandiendo la pistola.

Francisco se dirigió allí todo lo rápido que pudo. No quería dejar a los hombres solos. En el pajar guardaban el grano con el que alimentaban a los animales. Apenas podía recordar el lugar en el que, semanas antes, había enterrado el retrato. Ni siquiera tenía claro si debía encontrarlo, pues entonces podía convertirse en una justificación más por la que matar a alguien. Estaba tan nervioso y tembloroso, que ni el cuerpo ni las manos le respondían. Cogió lo primero que encontró una hoz, y se puso a rebuscar el cuadro entre las semillas, conteniendo las lágrimas. Desde allí podía escuchar perfectamente las voces en la habitación del domicilio.

—¡Menudo cabrón está hecho el viejo! ¿Pues no se me ha tirado encima? —escuchó, seguido de un golpe que parecía una patada.

—Y tú, ¿qué pasa? ¿Vas a seguir gimoteando? —decía a una de las muchachas.

De vez en cuando se escuchaba algún forcejeo, algún golpe seco y bofetadas seguidas de perversas risas y gemidos contenidos. Quico Solano quería llorar y ni siquiera podía. Trataba de encontrar el cuadro, pero, aunque introducía la hoz todo lo que podía bajo el manto de grano, no daba con él.

—¡Que dejes de llorar, coño!

—¡No me hagas daño! —imploraba la muchacha—. ¡Ya está bien, basta ya! Por favor... —lloraba.

Las manos dejaban de responderle. Quico Solano estaba dominado por la rabia y por la impotencia. Miró a la ventana y calculó el salto. Podía escapar. Era una persona ágil. Podía escapar y huir hacia el monte de nuevo, pero si lo hacía, ¿qué sucedería con su familia? Mientras pensaba, con los lloros de sus hermanas de fondo, la hoz se introducía, casi hasta el codo del brazo, entre el grano y la paja, en busca del retrato.

—¡Quita del medio, joder!

Los hombres disfrutaban vilipendiando a la familia. La hoz chocó con algo. Quico Solano movió el brazo, desplazó la cuchilla a un lado y al otro. Sus hermanas lloraban, su padre gemía de dolor y los golpes se sucedían esporádicamente entre las sucias risas de aquellos tres borrachos.

—¡Dejadnos en paz! No hemos hecho nada.

—¿Me estás chuleando, viejo? ¿Me estás chuleando?

Dejó la hoz a un lado y se puso a escarbar con las dos manos, arañándose y ensangrentándose, poco a poco, con los frutos. Pero aquellas finas semillas caían por el hueco y rellenaban todo lo que conseguía mover, con gran angustia por su parte. Cuanto más sacaba, más volvían de nuevo al interior, obstaculizando la búsqueda.

Finalmente, sus manos tropezaron con lo que parecía ser el marco del viejo cuadro. Quico Solano lo agarró y tiró de aquello con fuerza, pero el cuadro se resistía, protegido por las semillas. Agarró y tiró, tiró con todas sus fuerzas, tantas como le quedaban, hasta que consiguió su propósito. Cuando lo tuvo fuera, lo observó y limpió la superficie. Estaba hecho jirones. La hoz había atravesado la tela y la había seccionado por todas partes. Solano lo depositó en el suelo frente a él, se echó las manos a la cara y rompió a llorar sin poder controlarse. De pronto, se detuvo a escuchar. No había voces, ni había ruidos. Hacía rato que no escuchaba ni gritos ni golpes ni lamentos. Agarró el cuadro, se incorporó despacio y bajó la escalera, temeroso, aterrado por lo que podía encontrar.

Como todas las guerras, la nuestra fue de una crudeza sobrecogedora. Es indiscutible que, durante el tiempo que duró, se cometieron excesos, tanto en un bando como en el otro. Sin embargo, al margen de que aquellos abusos continuaran durante muchos más años o incluso de que fueran impulsados con directrices desde el mando sublevado, hubo algo que caracterizó la revuelta y



que la hizo singular ante el mundo: su desprecio absoluto al conocimiento, su burla permanente a la intelectualidad. La gente que, como Quico Solano, creía en un mundo más pequeño, con menos desigualdades, más justo, más educado y más culto, fue perseguida y eliminada. El 12 de octubre de 1936, cuando Millán Astray, en su enfrentamiento con Unamuno, alzó la voz en la universidad para exclamar aquello de «¡muera la inteligencia!», quedó sellada la fórmula de la represión franquista. Unamuno le contestó con firmeza: «Venceréis pero no convenceréis».

Quico Solano y su padre, que habían tratado de educar a los ancianos, de repartir las tierras entre los labradores y de buscar recursos en el ayuntamiento para los desfavorecidos, fueron perseguidos por tres matones borrachos de Fuenteguinaldo que despreciaban la intelectualidad.

Cuando Quico llegó, por fin, a la puerta de la habitación principal, vio a su padre tendido en el suelo, inmóvil, y a las mujeres sollozando asustadas, abrazadas a él. Los tres hombres estaban de pie, junto a la puerta de la calle, observando la escena con el rostro atemorizado, todavía tambaleándose por la borrachera. Entró en la habitación.

—Lo sentimos mucho, Quico —decía uno de ellos, el que parecía conocerle más.

Levantó la vista sin comprender, cubierto de lágrimas y con el retrato hecho trizas entre sus manos.

—Nos hemos equivocado —se justificó el otro.

Su padre, que yacía tendido en el suelo, se incorporó levemente. Uno de los hombres se movió un poco. Quico Solano pudo distinguir tras él a una cuarta persona que no estaba antes. Vestía un batín de noche y llevaba una pistola en la mano que apuntaba directamente al estómago de uno de los infelices borrachos. Era Cipriano Ferreira, el secretario del ayuntamiento, que los amenazaba, invitándoles a largarse.

—Si tocáis un solo pelo más de Quico o de su familia, os mato aquí mismo.

*—Durante el trayecto a trompicones desde la casa de su novia, habían sido vistos por Domingo. Era un amigo de la familia que tomaba el fresco apoyado en la puerta. Al verlos pasar, corrió a casa de Cipriano Ferreira. El secretario se cubrió con un batín, cogió el arma del cajón del escritorio y se personó en casa de la familia —detalla Teresa.*

Aquellos hombres no volvieron a molestarlos. Tampoco habrían podido, aunque hubieran querido, porque el tribunal militar mandó encarcelar a Quico Solano y a su amigo Cipriano Ferreira por ciertos hechos ocurridos en la noche del 19 de Julio y que tenían que ver con unos carros atravesados en la carretera del pueblo.

*—Mi padre se hizo único responsable de aquello y Cipriano fue liberado al poco tiempo. Después, cuando a mi padre lo trataban de condenar a muerte, Cipriano Ferreira lo ayudó a él a través de su familia, que estaba conectada con la Falange. A mi padre le conmutaron la pena de muerte por treinta años, de los que finalmente, cumplió cuatro.*

Además aquellos viajes a Madrid a ver al ministro, por el asunto del reparto de las tierras, sirvieron también para que el tribunal militar, que buscaba su condena a muerte, llegara a afirmar, con desfachatez, que había participado en la conspiración para el asesinato, el 13 de julio de 1936, del popular diputado conservador José Calvo Sotelo —uno de los detonantes que usaron los sublevados para justificar el golpe de Estado—. Pero nada más lejos de la realidad. Quico solano era un hombre con un gran sentido social, de una lealtad exquisita y tremendamente humano. De hecho, aquellas acusaciones fueron demoledoras para su propia estima.

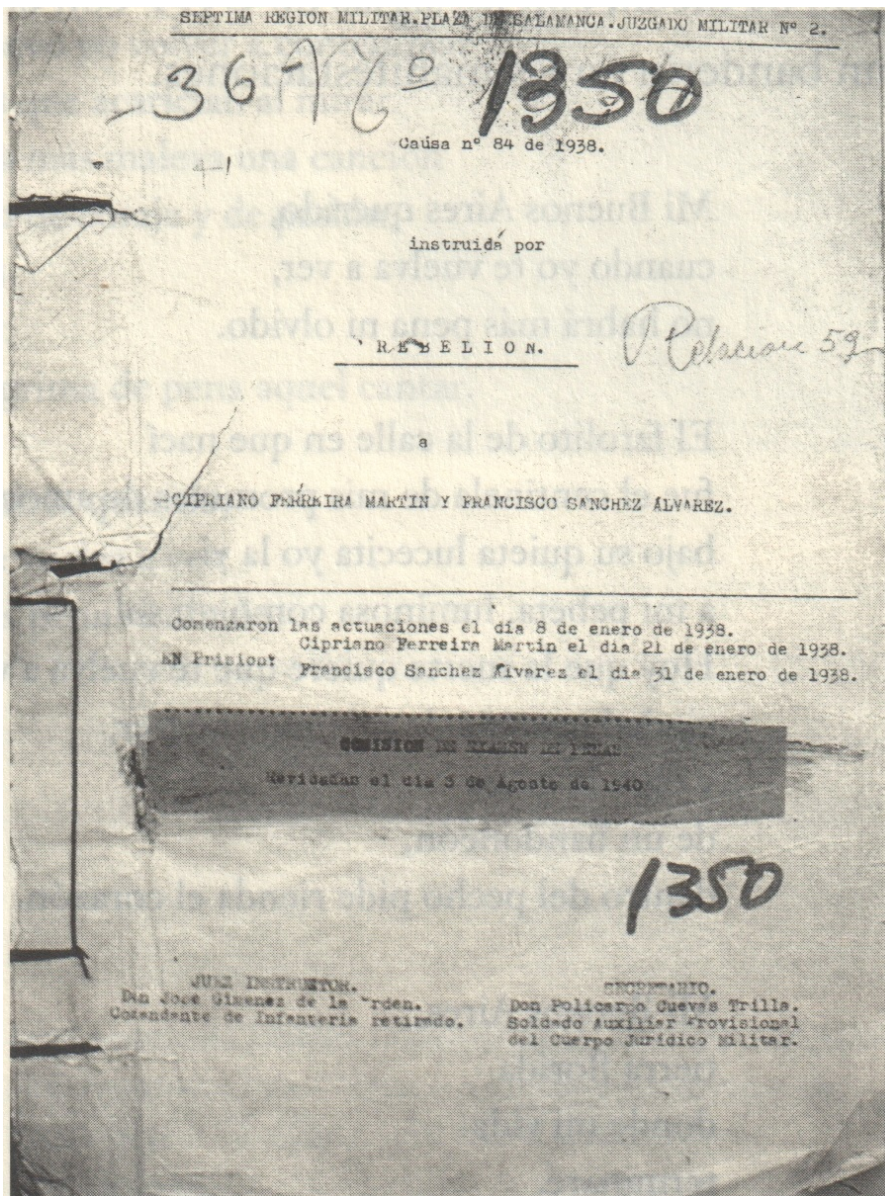
La familia de Quico fue desposeída de todas las tierras y las propiedades que habían acumulado gracias a los ingresos que él mandó un día desde Argentina, pero, aun con eso, jamás consiguieron arrebatárles el convencimiento de la razón.

Tampoco en la cárcel el franquismo consiguió doblegar el espíritu ilustrado de aquel hombre, que dedicó las horas de reclusión a enseñar a leer y a escribir a otros presos.

Al salir de allí, la amistad entre Quico Solano y Cipriano Ferreira continuó durante mucho tiempo.

Cipriano se hizo militante del partido único, tal y como figura en el expediente militar con el que se le juzgó: «Al parecer es entusiasta del movimiento nacional, ejerce el cargo de delegado local de FET y de las JONS, contribuye en la medida de sus fuerzas en favor del mismo e interviene muy activamente en el comedor de Auxilio Social».

Portada del  
expediente con el que  
se juzgó a Quico  
Solano y a Cipriano  
Ferreira.



Quico Solano murió el 23 de enero de 1976. Los últimos años de su vida pasaba las horas escuchando tangos. Sus preferidos eran *Mi Buenos Aires querido* y *Yira*, con los que añoraba el pasado que le había sido arrebatado y *regresaba* de nuevo a la capital argentina, envuelto en lágrimas.

Pero la historia de Quico Solano no pereció con él. Hace doce años, una pareja joven de Fuenteguinaldo compró la vieja casa en la que había vivido tras la guerra. Decidieron tirar las paredes para construir una más moderna. Cuando el albañil golpeó con un mazo la

pared apareció, oculto por el tiempo y el adobe, un símbolo de hojalata. Era una pequeña hoz y un martillo de metal, con las siglas de UGT con el fin de lucirlas sobre un banderín en las manifestaciones.

Mi Buenos Aires querido,  
cuando yo te vuelva a ver,  
no habrá más pena ni olvido.

El farolito de la calle en que nací  
fue el centinela de mis promesas de amor,  
bajo su quieta lucecita yo la vi  
a mi pebeta, luminosa como un sol.  
Hoy que la suerte quiere que te vuelva a ver,  
ciudad porteña de mi único querer,  
y oigo la queja  
de un bandoneón,  
dentro del pecho pide rienda el corazón.

Mi Buenos Aires,  
tierra florida  
donde mi vida  
terminaré.  
Bajo tu amparo  
no hay desengaños,  
vuelan los años,  
se olvida el dolor.  
En caravana  
los recuerdos pasan,  
con una estela  
dulce de emoción.  
Quiero que sepas  
que al evocarte,  
se van las penas  
de mi corazón.

La ventanita de mi calle de arrabal,  
donde sonrío una muchachita en flor,  
quiero de nuevo yo volver a contemplar  
aquellos ojos que acarician al mirar.  
En la cortada más maleva una canción  
dice su ruego de coraje y de pasión,  
una promesa  
y un suspirar,  
borró una lágrima de pena aquel cantar.

Mi Buenos Aires querido,  
cuando yo te vuelva a ver,  
no habrá más pena ni olvido.

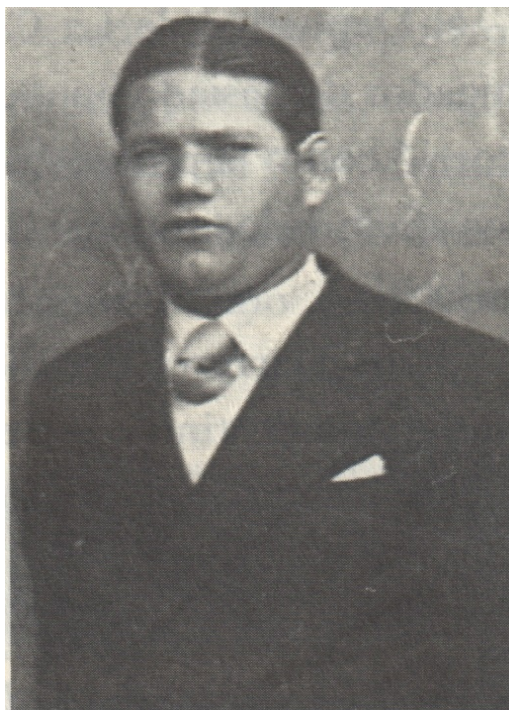


Fotografía que tomó la familia de Quico Solano cuando apareció el pequeño símbolo de hojalata. Quico Solano lo mandó construir para lucirlo sobre un banderín en las manifestaciones.

### 3

## Un héroe en el Real Madrid <sup>7</sup>

Hilario Marrero, jugador del Real Madrid.  
© Luis Miguel González y Real Madrid.



Juan Marrero Pérez nació en Las Palmas de Gran Canaria, en el año 1905. Quizá por su nombre de pila no lo conociera mucha gente pero, aún hoy, si preguntas a cualquier anciano por Hilario, todavía despierta sonrisas y recuerdos. Era bajo, moreno, con el pelo siempre muy repeinado, liso, con una gran raya en el medio. En aquella época era muy conocido porque tenía un gran regate y un chut de esos de muerte, que era capaz de lanzar con cualquiera de las dos piernas.

Y no sólo en lo futbolístico era una personalidad. Marrero era un hombre muy decidido. Cuando en 1928 se publicó la noticia de que había fichado por un club fuera de su tierra natal —el Deportivo de La Coruña—, la afición enfureció. Era un jugador demasiado bueno como para dejarlo escapar. La noticia corrió como la pólvora por Gran Canaria, hasta tal punto, que los aficionados rodearon su casa tratando de impedir que dejara la isla.

Juan Marrero, decidido, se disfrazó y embarcó vestido de mujer con destino a la Península, dando esquinazo a los aficionados, que le buscaban por todas partes.

*—Mi padre lo negó siempre —ríe Hilario, hijo—, pero fue real. Lo intentaba negar porque le daba un poco de apuro, pero sí que sucedió. Nosotros le decíamos, pero papá, tú vestido de mujer, no dabas mal tipo. ¡Que no, qué va, que eso es un invento!, nos contestaba. Y nosotros respondíamos: ¡que no, papá, que sabemos que es verdad! Él siempre se reía.*

Y consiguió marcharse al Deportivo. Después, en el año 1931, fue fichado por el Madrid, por diez mil pesetas. Allí jugó hasta que, en 1936, todo se detuvo.

Aquél era el Madrid de los mantones, de los sombreros y las pajaritas. El equipo de fútbol de una capital republicana de hombres que siempre llevaban traje. Hilario se convirtió en una personalidad de la época porque fue dos veces internacional y porque en una de ellas, el 24 de enero de 1935, jugando un España-Francia, le coló tal golazo al portero francés, que todavía se recuerda allí.

Jugaba en un Madrid que muchos ancianos recitarían de memoria. el Madrid de Quincoces, Ricardo Zamora, Boner, Campos, Ciriaco, Diz Emilín, Eugenio, Gurruchaga, Luis Regueiro, Lazcano, Leoncito, López, Losada Pedro Regueiro, Quesada, Sañudo, Valle y Alberty. Este último, por cierto, húngaro, fue el primer jugador extranjero de la historia de la historia del Real Madrid.

Los equipos comenzaban entonces a ser objeto de deseo político. Durante la dictadura de Miguel Primo de Rivera





Alineación del Madrid en la temporada 1934-1935 en un partido contra el Athletic de Bilbao. El tercero, de pie y de derecha a izquierda, es Hilario Marrero. Agachado está Zamora.  
© Luis Miguel González y Real Madrid.

(1923-1930) el fútbol se había ido convirtiendo en un espectáculo de masas y debido al ambiente de la época fue adquiriendo tintes políticos, aunque el control no iba más allá de las directivas. El fútbol estaba reglamentado pero escasamente politizado. El rey Alfonso XIII había concedido al equipo, en 1920, el título de Real que figura en la denominación. El fútbol ya despertaba cierto interés. Durante la República, al Madrid —como sucedió con todos los símbolos y calles de la ciudad— le fueron retirados tanto aquel título como la corona de su escudo, y se le incluyó una banda morada que todavía conserva. Sin embargo el equipo de fútbol tenía entre sus filas a jugadores que militaban indistintamente en uno u otro partido político.

El Madrid era ya un equipo reconocido. En los últimos años había ganado una Liga, en 1933, y dos Copas de la República, en 1934 y en 1936. Aún en el 36, Madrid y Atlético —su eterno rival—

todavía jugaron un partido organizado por el partido comunista y la CNT. Después, en la guerra, el país se paralizó y con él también el deporte. El Madrid dio carta de libertad a sus jugadores para quedarse o abandonar la ciudad. Incluso, al principio, se jugó algún partido a beneficio de la causa antifascista, aunque la mayoría de los deportistas se fueron marchando. Sólo quedaron tres o cuatro, algunos de los cuales posaban para las fotos con el puño levantado en el campo de juego de Chamartín. A partir de noviembre del 36, la actividad futbolística quedó totalmente alterada. Se organizaban algunos torneos y partidos en las diferentes zonas, pero no era fácil reunir a veintidós jugadores. Todos los equipos se vieron afectados. Tras la guerra, el Atlético de Madrid buscó para su supervivencia económica la asociación con el equipo de los militares.



El Madrid campeón de la Copa de la República (17 de mayo de 1934) con el alcalde Pedro Rico. Hilario, que está sentado abajo a la derecha, fue uno de los protagonistas del triunfo en el estadio de Montjuich de la capital catalana.

© Luis Miguel González y Real Madrid.

Incluso pasó a llamarse Athletic Aviación Club de Madrid y un militar se ocupó de la presidencia, al igual que le ocurrió al Madrid. Además, la mayor parte de los jugadores atléticos se encontraban presos o heridos, dispersos por el territorio nacional.

Aquellos exilios, reclutamientos y persecuciones futbolísticas se dieron por todo el país. En el Hércules, el jugador Layas, que cubría la defensa en el campeonato de los modestos, protagonizó una escapada de película. Una noche, un grupo de falangistas se presentó en su casa con el propósito de pasearlo, pero no lo conocían físicamente, así que golpearon la puerta con los nudillos.

—¿Está Layas? —preguntaron cuando el jugador abrió la puerta.

El deportista les observó de arriba abajo y con la calma propia del deporte contestó:

—Aquí no es. Pregunten tres casas más adelante.

Sin pestañear cerró la puerta y a toda velocidad escapó por la ventana trasera. Fue lo que en términos futbolísticos se entendería como regate y gol por la escuadra.

El Deportivo de La Coruña también sufrió las consecuencias de la guerra y varios jugadores fueron perseguidos. Bebel García, por ejemplo, que tenía ideas izquierdistas, fue detenido y fusilado, pero cuentan que, antes de morir, se puso a mear delante del pelotón de fusilamiento.

El Barcelona había tenido el último año, como presidente, a Josep Sunyol, que era un conocido político de Esquerra Republicana. Llevaba un mes fuera del club y el 6 de agosto de 1936, en un viaje a Madrid con otras tres personas, entraron por error en una zona controlada por el ejército sublevado, en la sierra de Guadarrama. Allí mismo fueron identificados, detenidos y fusilados.

Dicen las malas lenguas que el automóvil llegó a un lugar lleno de militares y Sunyol se bajó del coche, pensando que eran

republicanos, y se puso a gritar: «¡Viva la República!».

Meses después, aprovechando una gira por el extranjero, algunos jugadores del Barcelona, como Ventolrà o Iborra, decidieron quedarse exiliados en México y otros, como Balmanya y Escolà, se fueron a Francia. Y, así, tantos y tantos.

En el Madrid algunas personalidades participaron activamente en la contienda. El general Adolfo Meléndez, que había sido presidente del club diez años antes, luchó con los militares sublevados y tras la victoria volvió a la presidencia. Y hubo otros casos llamativos entre los compañeros de Hilario, como el de Félix Quesada, que fue miliciano, primero, en el batallón deportivo, y falangista declarado después, ideología de la cual participaba abiertamente. O Alberty, el portero húngaro, que se unió a los franquistas, y Ricardo Zamora, que fue encarcelado por los republicanos e inhabilitado por el otro bando más tarde. Y muchos otros, como Ramón de Mendizábal y Amézaga, un ex jugador del Madrid que falleció mientras combatía como piloto de aviación en el bando franquista. Acababa de bombardear Barcelona y su avión fue derribado. Consiguió sobrevivir, se tiró en paracaídas y al llegar a tierra fue ajusticiado por los enfurecidos milicianos. También jugó un papel relevante en aquellos días Jacinto Quincoces, que fue conductor de ambulancias, e incluso Luis Regueiro, que se había integrado en la selección de Euskadi y fue declarado muerto por la propaganda fascista sin que hubiera fallecido. Eso, en realidad, les sucedió a muchos futbolistas: Zamora, Quincoces, Regueiro... La mayoría de aquellas figuras eran dadas por muertas en la prensa propagandística y, cuando no lo eran, se les dibujaba batallando en un bando o en otro, según el interés.

La contienda dejó prácticamente desmantelados a los equipos futbolísticos. El Barcelona había perdido parte de su sede social una noche de 1938, cuando las bombas alcanzaron un callejón cercano al lugar. Josep Cubells, un conserje, pasó los días siguientes tratando de recuperar todo lo que pudo, y salvó algunos archivos importantes del club. Al campo de Chamartín del Madrid le sucedió algo parecido. Cuando los sublevados tomaron la ciudad utilizaron el

estadio como campo de clasificación —de detención temporal— durante uno o dos días. Cerca de mil personas que eran sospechosas, según las autoridades franquistas, de simpatizar con la República fueron recluidas allí. Además, la madera de las tribunas había sido desmantelada, el terreno de juego destruido y la sede social había desaparecido tras un bombardeo.

Igual que sucedió en la mayor parte de los clubes, en el Madrid se colocó a personas que eran fieles al régimen.

Durante la guerra había estado presidido por el coronel Ortega, afín a la República, que ejerció como presidente del Madrid hasta el final de la misma, tras ser elegido para el cargo por el Frente Popular. Durante el año 37, las gradas del campo de Chamartín contemplaron actos deportivos y, por supuesto, militares. El entonces secretario de las juventudes socialistas unificadas, Santiago Carrillo, llegó a organizar un desfile de deportistas del ejército republicano y un concurso de deportes. Así que después de la guerra todavía había gente que identificaba al Madrid con la República. Las figuras del general Meléndez y de Santiago Bernabéu suavizaban, en parte, aquellas asperezas. Bernabéu había simpatizado con la CEDA —la Confederación Española de Derechas Autónomas— y había luchado en el bando franquista tras huir de la ciudad, cuando se enteró de que iba a ser detenido. Con todo, las autoridades franquistas empezaron a interesarse de verdad por el equipo sólo cuando empezó a ganar en el extranjero y se convirtió en la imagen de España fuera de nuestras fronteras. Fue a raíz de los éxitos de los cincuenta cuando el régimen se apoyó en el club. Franco no conseguía legitimaciones internacionales y aquellas victorias fueron adquiriendo tintes poco menos que diplomáticos. El Real Madrid facilitaba muchas relaciones.

De hecho, algunas leyendas posteriores atribuyen a Santiago Bernabéu un carácter independiente y alejado de la política militar. No cabe duda de que era un personaje conservador y simpatizante de las derechas, aunque se atrevió a protagonizar algunos episodios muy espinosos para los nuevos gobernantes e inconcebibles en aquella España de la posguerra. Por lo menos eso es lo que se contó

después, cuando todos los protagonistas habían fallecido. Uno de los episodios más conocidos sucedió con el general José Millán Astray, fundador de la Legión, hombre de confianza de Franco y una peligrosa personalidad de la época. El legionario estaba en el palco de invitados del Chamartín, en un partido, y protagonizó algún tipo de incidente de faldas que ofendió a una mujer. Cuando el presidente se enteró, subió al palco de invitados y expulsó de allí a Millán Astray prohibiéndole la entrada en el estadio. Parece que el legionario lo amenazó y tuvo que intervenir el general Agustín Muñoz Grandes, a cuyas órdenes había servido Bernabéu en la guerra civil.

En otra ocasión, durante un partido de baloncesto entre el Real Madrid y el Maccabi de Tel Aviv, Bernabéu condecoró al general israelí Moshé Dayán con una pequeña insignia de oro del club. A causa de aquello tuvo que imponer otra, de oro y brillantes, a un personaje ucraniano, no militar, para compensar la otorgada al general Dayán, pues el gobierno de Franco no reconocía al Estado de Israel.

Pero hay otros sucesos menos conocidos. En una de las giras por América de aquel Real Madrid de Di Stéfano, Puskas y Gento, la delegación del club se encontró con el entonces presidente en el exilio de la Generalitat, Josep Tarradellas. Sucedió a finales de los años 50 en Caracas, Venezuela. El secretario técnico del Real Madrid era entonces José Samitier, un símbolo del Barcelona que acabó jugando en el Real Madrid por sus buenas relaciones con Santiago Bernabéu. Samitier presentó a Tarradellas a un joven directivo del club —muy prometedor— llamado Raimundo Saporta. Éste, tras saludar amablemente al político catalán, lo invitó a presidir la cena con todo el equipo. Tarradellas se mostró ilusionado con la idea, pero manifestó su preocupación por las repercusiones que pudieran producirse contra el Real Madrid por parte del gobierno franquista. Saporta, sin embargo, reiteró la invitación asegurando que no habría problema alguno y citó al *president de la Generalitat* en la entrada del hotel a partir de las nueve y cuarto de la noche.

Tarradellas acudió a la cita y, acompañado por los directivos, entró en la sala donde el equipo al completo cenaba desde hacía

unos minutos. Con voz solemne, Saporta anunció:

—¡Señores! El señor Tarradellas, *president de la Generalitat de Catalunya*.

En ese mismo instante todos los jugadores dejaron de cenar y recibieron al *president* en pie. Fueron presentándose uno a uno. [8](#)

Pero todo aquello ocurrió mucho después de la sublevación, cuando Hilario ya había dejado el club y trabajaba como entrenador.

Su paso por el Madrid había sido muy destacado. En la temporada 1934-1935 había jugado veinte partidos y había marcado diez goles. En su última temporada, antes de estallar la contienda, jugó solamente seis partidos y luego la guerra irrumpió en la vida del país.

Cuando el 18 de julio de 1936 se produjo la sublevación, Juan Marrero se encontraba descansando en La Coruña.

—Nosotros teníamos casa en Canarias y cuando terminaba la temporada, que terminó sobre junio o una cosa así, nos íbamos a La Coruña y allí cogíamos el barco e íbamos a las islas. En ese intermedio, los días que estábamos esperando el barco, la guerra nos cazó en aquella ciudad —recuerda Hilario hijo.

No era el único futbolista que estaba allí. Paco Trigo, un reconocido portero del Rácing, pasaba también las vacaciones de verano en la ciudad.

Tras el primer momento de caos militar, la rutina en las ciudades volvió, en apariencia, a la normalidad. Los cafés abrían, los mercados seguían vendiendo sus mercancías y los hombres y mujeres asistían a los cines y paseaban como si la vida transcurriera de forma normal. Por lo menos en los primeros meses de la guerra.

Paco Trigo, guardameta del Rácing.  
Foto: Archivo familiar.



En la calle del Orzan de La Coruña, se bailaba todas las noches y resonaban las coplas y los pasodobles. Había un pequeño cabaret en el que la diversión estaba garantizada, con mujeres, licores y risas. El local estaba junto a los cines Goya y era un buen lugar para bailar, tomar un vino y conocer o alternar con chicas y *piculinas*. Además era frecuentado por personalidades de la época y solía ser habitual encontrarse con futbolistas y con todo tipo de autoridades. El propio Trigo acudió allí una noche, en el verano del 36.

*—Mi madre, que era la afectada por aquello, claro —sonríe Fernando, el hijo de Paco Trigo—, contaba esa anécdota con ironía. Siempre decía que mi padre y sus amigos eran unos crápulas —ríe—, que andaban por ahí de juerga y todo eso. Parece ser que los jugadores de fútbol, al acabar los entrenamientos, se iban a los cabarets.*



Eran gente joven, con cierto poder adquisitivo, muy afamados, y éstos eran los únicos lugares donde había diversión entonces.

Paco Trigo, el portero del Rácing, se encontraba en la pista de baile con una joven cuando irrumpió en el local un grupo de falangistas buscándole. Habían recibido un soplo que lo relacionaba con «los chicos de la lejía». Se conocía por ese nombre a ocho hermanos de La Coruña que participaron en la defensa de la ciudad. Entre esos hermanos estaban Bebel García —el jugador del Deportivo que meó frente al piquete que le fusiló—, France, Jaurés y Pepín —que se había apoderado de algunas armas en un almacén para resistir a los sublevados en las calles coruñesas.

Los falangistas habían relacionado a Trigo con ellos, a pesar de que no tenía más vinculación que la zona en la que residían. Sin mediar palabra, el grupo de hombres se acercó a la pista de baile y uno de ellos lo sujetó del brazo.

—¿Es usted Paco Trigo? —le preguntaron.

—Sí, soy yo. ¿Ocurre algo? —Va a tener que acompañarnos —le dijeron.

—¿Cómo? ¿Pero por qué? —preguntó el portero.

—Venga, para fuera.

—Espérame, que no sé qué pasa, debe de ser un error —cuentan que dijo Trigo a la muchacha con la que bailaba.

Paco Trigo fue detenido y tuvo que abandonar el local con los falangistas. Después se supo que aquellos hombres que lo detuvieron tenían claro desde el principio que iban a darle el paseo. Las intenciones se conocieron, aunque nunca explicaron las causas concretas por las que pretendían hacerlo y, probablemente, no se debió a cuestiones políticas.

—*Mi padre no era un hombre político. No estaba muy interesado por aquellas cosas. El era un deportista —recuerda Carlos, uno de*

*sus hijos.*

Pero en aquella época la justicia perdió su valor. No se necesitaban muchas justificaciones para asesinar a alguien. Además, el de La Coruña había sido el único gobierno de Galicia que se resistió a los militares. No fue una gran resistencia, tres días, pero provocó las iras de los sublevados. El gobernador civil fue fusilado nada más ser detenido, sin juicio de ningún tipo, y su mujer, que estaba embarazada, después de pasar unos días en la cárcel fue sometida a todo tipo de vejaciones antes de ser asesinada.

No obstante, la providencia se presentó también en aquel local de la calle de Orzan. Cuando los falangistas sacaban del establecimiento a Trigo, apareció por la puerta Hilario Marrero. Se formó un pequeño revuelo alrededor. Su cara era muy conocida y los propios falangistas que llevaban al detenido se detuvieron, asombrados, ante el carismático deportista.

*—Mi padre era muy callejero, le gustaban mucho los bares, ¡y eso que ni bebía ni fumaba! Pero andaba con Zamora y con otros amigos, todo el día metido en frontones y cabarets —sonríe el hijo de Hilario.*

—¡Hilario, es Hilario! —dijo uno de los falangistas.

Marrero se giró y observó a aquellos hombres que se lanzaron a su alrededor, saludándolo efusivamente, elogiándolo sin cesar.

—No me voy sin un autógrafo —dijo otro de ellos—. Hilario, ¿me firmaría usted? —le pregunto.

—Claro —contestó.

Trigo, que iba con ellos, reconoció también al futbolista.

—¡Hilario! —le llamó.

Marrero se volvió y vio al portero. Se conocían de algunos partidos en los que habían coincidido y, además, en aquellos lugares

tampoco era tan extraño encontrarse con otros compañeros del deporte.

—¡Hombre! —contestó el futbolista—. Y tú, ¿dónde vas con ellos?

—No lo sé. Me piden que los acompañe. No me han querido decir más.

Juan Marrero comprendió lo que ocurría mientras los falangistas observaban, un tanto desconcertados, la situación. Y decidió interceder por él.

—¿Pero ustedes no saben quién es este señor? —preguntó Marrero.

—Nos han dicho que hay que sacarlo de aquí, que nos lo llevemos —contestó uno de ellos, medio avergonzado.

—Si éste es amigo mío. Es Paco Trigo, el portero del Santander.

—Pero...—dudó el falangista.

—¡Es un hombre muy famoso! ¡Un grandísimo portero! —dijo Hilario—. Y, además, es muy amigo mío —concluyó.

El falangista se acercó a Marrero y discretamente le susurró al oído:

—Nos han dicho que le demos el paseo. —Pero no puede ser, este hombre es de confianza, yo lo conozco perfectamente.

—Ya —contestó dubitativo, mirando a su ídolo primero y al hombre que iba detenido después.

—Mira, podemos, incluso, acercarnos mañana a la comisaría a aclarar todo este lío —dijo Marrero.

Y no necesitó mucho más. La fortuna sonrío a los hombres de muy diversas maneras y a Hilario la fama y la popularidad le acompañaban por entonces. No eran tiempos sencillos. Era una época en la que interceder por alguien podía costarte la vida pero, curiosamente, también era un periodo donde la popularidad de un amigo así podía ser aval suficiente para salvártela. Fue una acción muy honesta y que le honra, porque muchas otras personas se inhibieron ante situaciones parecidas. No en vano uno de los legados más peligrosos que dejó la guerra civil fue el recurso cobarde que se expresaba con la frase «algo habría hecho».

*—Fue el qué le salvó la vida, así de claro, como decía mi padre. Porque en aquella época te cogían, te paseaban y aparecías tirado en una cuneta —dice Fernando, hijo de Paco Trigo.*

*—A algunos de los que eran detenidos los llevaban a una pared que había frente a la playa del Orzan y allí los fusilaban —añade Carlos, su otro hijo.*

El falangista se quedó unos segundos pensativo y después afirmó.

—Pues se ha salvado usted de milagro —disimuló, dirigiéndose a Trigo—, porque creíamos que era otro e íbamos a pegarle cuatro tiros.

—Bueno, pero otro autógrafo sí que nos vas a firmar, ¿no? —preguntaron, de nuevo, volviéndose a Hilario.

—Claro, hombre —le dijo, sonriendo, cogiéndolo por el hombro.

No sabemos cómo terminó la noche en aquel cabaret con los falangistas, los deportistas, las coplas y los bailes, pero, en todo caso, tras aquel incidente, tenían cosas que celebrar.

Al día siguiente, Hilario Marrero acompañó a Paco Trigo, como habían dicho, a la comisaría para aclarar aquella situación. Es fácil imaginar el revuelo que aquella popular visita provocó por allí.

*—Curiosamente, mi padre tampoco era nada político, no tenía nada que ver. Era un hombre de paz, que no pensaba en aquellas cosas —cuenta Hilario, hijo—. De hecho, a las pocas semanas de aquel episodio, la situación se repitió, pero entonces fue él el detenido por otro grupo de falangistas y un comandante del ejército salió en su defensa, pistola en mano, diciendo: «¡Pero no ven que este hombre es futbolista! ¡Que es del Madrid!». Y le salvó la vida...*

Trigo abandonó el fútbol años después tras una lesión muy grave en el riñón que le provocaron durante un partido. Siguió jugando al fútbol un tiempo, y hasta se le organizó un homenaje. Con el dinero que reunió montó un bar en La Coruña y cuando los jugadores del Madrid o el Barcelona visitaban la ciudad, siempre se reunían allí tras los partidos. Falleció en 1970 con cincuenta y nueve años.

*—Al poco de aquel incidente nosotros marchamos para Canarias, en plena guerra. Cogimos el barco Francolí, que hacía la ruta a Las Palmas, en plena guerra, con las luces apagadas en la noche y toda esa parafernalia. La guerra la pasamos allí. Después, fútbol y más fútbol, que era lo que le gustaba a mi padre.*

Hilario Marrero falleció en 1988 con ochenta y tres años.

## 4

### Una puerta en el corral 9

La planta sangró aquel día. Tres palomas también lo vieron y Marisa observó con curiosidad todo aquel cuadro. Había repetido aquella operación durante años desde que se la regalaron. Primero regaba la maceta, después retiraba las hojas, amarillas o secas si el tiempo venía con frío, y después, con las tijeras, recortaba las ramas que empezaban a salirse fuera del tiesto y esas otras que le restaban frondosidad.

Lo hizo todos los años desde el día en que se casó con Eduardo y se instaló con él en aquella casa. Vivían en Sabiñán, un pequeño pueblo aragonés en las cercanías de Calatayud. Desde entonces Marisa cuidaba aquellas hojas con mimo. Nunca habían sangrado.

—Y no es buena señal —pensó.

Y lavó las ramitas, eliminando la savia que salía por los cortes.

—Esta mañana sangró la planta del portón —contó a su marido.



Plaza de Sabiñán.  
©Asociación Cultural «Sabinus Sabinianus» (Sabiñán).

Eduardo levantó la mirada y se quedó pensativo.

—No es buena señal —respondió.

—Eso pensé yo. Cuando las lavé volvieron a hacerlo. Será el invierno.

—No, no puede ser. El invierno adormece la savia —dijo el agricultor.

—Había unas palomas observándolo. Parecían interesadas. —  
Entonces no es buena señal. Debe de estar triste.

Marisa puso un poco de aceite en un platito y lo depositó en la mesa, donde servía la cena de su marido.

—Los militares vienen hacia el pueblo —dijo él—. Me lo contó el párroco. Llegarán mañana o pasado.

Marisa le miró ensombreciendo el gesto.

—No salgáis a recibirlos, Eduardo. No dicen nada bueno de lo que está pasando.

—No exageres, mujer. Además ya les dije a los chicos que iría.

—Te lo pido por favor, Eduardo, no vayas. Algo me dice que las cosas no pueden salir bien.

—Oí que andaban pidiendo los nombres de comunistas en el pueblo.

—¿Les dijisteis algo?

—Claro que no, pero lo sabían todo.

—¿Preguntaron por ellos?

—No lo sé, nos alejamos cuando hablaban, pero creo que lo saben todo.

—Esa planta estaba llorando, Eduardo, te lo digo yo. No vayas mañana.

—¿Qué quieres que les diga? ¿Que se puso a sangrar una planta?

—Diles lo que quieras, Eduardo. Diles que tienes que arreglar el corral, pero no vayas. Además va siendo hora de que lo limpies.

—Eres muy tozuda, Marisa. Ya verás como esto nos causa algún problema.

—Lo que me sorprende es que siguiera saliendo savia después de limpiarla —concluyó ella.



Eduardo simpatizaba con la derecha, sin haber llegado nunca a militar en partido político alguno. Aquella mañana tuvo que limpiar el corral, como le había ordenado Marisa, y no pudo asistir a la llegada de los militares. Fue allí desde donde escuchó las botas y el ruido de los camiones que atravesaban el pueblo en dirección a la plaza del ayuntamiento.

—Esto sí que no nos va a traer nada bueno —dijo empujando con el escobón a las gallinas que picoteaban por el corral.

El patio acumulaba suciedad y la tarea le ocupó gran parte de la mañana. Hacía días que debía haberlo limpiado, pero el campo y los chascarrillos sobre la guerra que corrían por el pueblo motivó que aquellos asuntos domésticos, no siendo necesariamente menores, quedasen parcialmente aparcados. Las reuniones se habían convertido casi en cotidianas y si querías saber cómo iba el alzamiento el mejor modo era verte con los chicos de vez en cuando.

Eduardo limpió a conciencia durante toda la mañana.

—No puedes salir —escuchó tras la pared—. Te van a matar —lloraba angustiada la mujer del barbero.

—Si me quedo, nos van a matar a todos.

—Podemos pedir ayuda.

—Nadie puede hacer nada. Vienen igual por todo el país. Tengo que salir antes de que vengan a la casa.

Eduardo escuchaba aquella conversación tras la pared del corral. Sus vecinos discutían.

—¿Y nosotras qué hacemos?

—A vosotras no podrán haceros nada, pero tengo miedo por mi hermano.

—Si os marcháis, os matarán en cualquier camino —sollozó la mujer.

Ella amaba a aquel hombre. Tenía unos ojos profundos, vividos, y un rostro bondadoso pero a la vez inquieto. Amaba a aquel hombre casi desde el día en que le conoció. Igual que él. Ese día la miró y supo que quería pasar su vida junto a ella. Y ella también le miró. Y descubrió un amante ingenuo que, como ser humano, no tenía un ápice de ingenuidad. Y descubrió que también quería pasar su vida junto a él porque era una buena persona. Aquel barbero que militaba en el PCE creía en las reivindicaciones de los trabajadores; ese amante ingenuo creía en los derechos de las mujeres; ese rostro bondadoso defendía salarios justos y la ayuda para los desfavorecidos. Y todo aquello, aquel desbordante idealismo, deslumbró y enamoró a su mujer.

—Si hay problemas, pedís ayuda a Marisa y a Eduardo. Son buenas personas.

Eduardo escuchaba aquello y respiró profundamente. Fue la primera vez en la que tuvo conciencia de que la cosa se estaba desmandando. Él también consideraba que sus vecinos eran buenas personas.

Una familia de barberos. Todo el mundo en el pueblo sabía que militaban en el partido comunista pero, hasta que la guerra comenzó en España, eso nunca había supuesto ningún problema. La relación entre vecinos siempre fue cordial, incluso afectuosa. Sí lo suponía, sin embargo, para los dirigentes que encabezaban el golpe militar: «Nuestros valientes legionarios y regulares han enseñado a los rojos lo que es ser hombre. De paso, también a las mujeres de los rojos; que ahora, por fin, han conocido a hombres de verdad, y no castrados milicianos. Dar patadas y berrear no las salvará», había dicho, el 23 de julio de 1936, en una de sus alocuciones radiofónicas desde Sevilla, el general sublevado Queipo de Llano.

Eduardo continuó limpiando el corral, incómodo por la conversación que acababa de escuchar.

—No puede suceder mucho —pensó—, quizá unos días en los calabozos, algún manotazo a lo sumo. Luego todo volverá a ser normal. Sólo son unos barberos —suspiró.

Pero unos golpes atravesaron las cuadras y se extendieron por todo el patio.

—¡Abran la puerta!

—¡No abras, por el amor de Dios! —escuchó. —¡Abran la puerta o la echamos abajo!

—¡Corre con ella!

—No vayas —sollozó la mujer—, no vayas, por el amor de Dios.

La conversación se interrumpió con un fuerte chasquido. Las botas invadieron la vivienda. Eduardo trató de asomarse discretamente al muro para observar lo que estaba ocurriendo, pero sus vecinos corrían ya por el interior de la casa. Sintió cómo se le enfriaban las manos mientras un escalofrío recorría su cuerpo. Asustado, dejó el escobón y se metió en la cuadra, asomando la cabeza por el marco de la puerta en dirección al patio de sus vecinos. Escuchó.

— Mira, cabrón, o te quedas quieto o te dejo los sesos sobre la mesa de casa —dijo el militar dirigiéndose al barbero. Se oyó una bofetada y un forcejeo.

—¡Basta ya! ¡No ha hecho nada! —imploraba la mujer—. Sólo es un barbero. Pregunten en el pueblo.

—Tú ¿tú quieres venir también, verdad? ¿Quién más hay en la casa?

—Nadie, no queda nadie —sollozó él.

—¿Quieres que te dé una hostia? ¿Quieres que se la dé a ella?

—¡Que quién, cono, hay en la casa!

—Mi hermano, sólo mi hermano con su mujer, pero no tienen nada que ver con esto —sollozó.

No duró mucho rato, aunque a Eduardo le pareció una eternidad. Cuando por fin dejó de escuchar las voces, salió del corral a toda prisa tratando de hacer el menor ruido posible y subió al piso principal. Al llegar a la cocina vio a Marisa. Estaba de espaldas a la puerta, frente a la ventana, observando el exterior. La leche hervía sobre la estufa de carbón provocando un intenso olor a quemado. Eduardo apartó el cazo, se acercó a su mujer y cogiéndola de los hombros la giró hacia él para abrazarla. Su cuerpo temblaba. Marisa tenía los ojos llenos de lágrimas. Eduardo la abrazó con fuerza.

—Te dije que no era buena señal —balbuceó.

Eduardo no contestó. Miró a través de la ventana y vio cómo el matrimonio era conducido al camión, junto a su hermano y la mujer. Forcejeaban e inundaban la calle con sus gritos.

—¡Viva la República! ¡Viva la República! —creyó escuchar a uno de ellos.

*—Fue en las primeras semanas de la guerra civil —cuenta Raquel, la nieta de Eduardo y Marisa—. La entrada de los militares sublevados en Sabiñán trajo consigo una ola de brutales fusilamientos a quienes eran señalados como rojos. Los primeros que murieron fueron los barberos porque toda aquella familia pertenecía al partido comunista.*

*Los dos hermanos fueron fusilados y sus mujeres sometidas a toda clase de vejaciones públicas en la plaza del pueblo. La familia quedó conmocionada y se recluyó en su domicilio, sin deseos de volver a salir.*

Las prácticas no fueron exclusivas del pequeño pueblo aragonés. Según se describe en el informe de Amnistía Internacional España, poner fin al silencio y la injusticia, «la toma de ciudades o

localidades por los alzados en armas fue con frecuencia seguida de prácticas y tratos crueles, degradantes e inhumanos contra personas civiles o desarmadas. La exposición y escarnio público de mujeres y niñas con las cabezas afeitadas, debido a sus simpatías políticas, por no ajustarse a los preceptos religiosos de los alzados y sus aliados, o simplemente por sus vínculos familiares con personas acusadas de pertenecer al bando republicano, son hechos narrados de modo constante en numerosos pueblos de España. Hacer beber aceite de ricino a los detenidos, ocultar a los familiares su paradero, abusar y obtener de éstos cualquier beneficio a cambio de información sobre sus seres queridos son cuestiones que aún surgen en la memoria de quienes padecieron dicho periodo».

Las mujeres de aquellos barberos sufrieron el aleccionador terror impuesto desde la retaguardia por los cabecillas franquistas. Esa disciplina buscaba amedrentar a los dirigentes comunistas locales y evitar que fueran sumándose a la defensa de la República.

*—Tuvo efecto. Muchos de los que quedaron no se atrevían ni a asomarse por las ventanas —dice Raquel.*

Sin embargo, a pesar del miedo general, a pesar de las consignas ideológicas, el pueblo entero se horrorizó con los sucesos.

La oscuridad era total la primera vez que Marisa atravesó la estancia. Nadie abrió cuando llamó a la puerta, así que accedió a la vivienda por la puerta principal, la que daba a la calle Mayor. Sabía que se refugiaban en el interior, pero en la casa no se percibía ningún movimiento. Dos bultos sollozaban en el rincón del dormitorio más profundo. Marisa se acercó lentamente.

*—No... no —balbuceó una de ellas al verla.*

Tenía el rostro amoratado y las manos ensangrentadas por las llagas. La cabeza, que había sido rapada por los militares, estaba surcada por cortes y heridas. Había perdido la mirada y se encogía sollozando, contra el pecho de su cuñada, en aquel rincón, como un animalillo herido, desposeído de humanidad.

—Ay, mi niñita, ¿qué te han hecho?

La otra mujer apenas tenía expresión en el rostro. Buscaba en el vacío la ausencia de su marido. Marisa apenas pudo contener las lágrimas.

—Barbaros, bárbaros —se repetía—, pobrecitas mías —exclamaba, tapándose la boca con la mano.

Marisa se abrazó a ellas y detuvo el tiempo. Se abrazaron con tal fuerza, que no había un lugar por donde separarlas. Tardó tiempo en agotar al dolor, pero una vez que lo hizo, limpió superficialmente las heridas, preparó algo de caldo y acarició las manos y la frente de aquellas dos mujeres. La casa observaba en silencio el llanto supurante de un país capaz de ahogarse a sí mismo por un puñado de argumentos sin sentido.

Marisa no las abandonó hasta media tarde, cuando escuchó cómo se abría el portón de su casa. Eduardo regresaba del campo. Había oído los sucesos, que en ese momento corrían ya por la región de boca en boca, de frutal en frutal. Mientras cerraba la puerta vio a su mujer saliendo a hurtadillas de la casa y, presa del pánico, se abalanzó sobre ella, empujándola al interior de su vivienda.

—No puedes entrar allí a plena luz del día —le dijo, abrazándola.

Marisa rompió a llorar y la serenidad y la fuerza que la habían acompañado hasta ese momento se desvanecieron como la bruma. Se abrazó con fuerza a su marido.

—Unos animales, Eduardo, lo hicieron unos animales —balbuceaba. Las muchachas están... Oh, Dios mío, ¿cómo ha podido permitir que sucediera esto? ¿Cómo ha podido consentirlo?

Eduardo acarició la cara de su mujer limpiando sus lágrimas.

—Me miraban sin reconocirme. Me observaban sin saber en qué lado estoy. Pero ¿cómo van a saberlo? Tenían llagas en las

manos. Ni siquiera podían hablar. Tuve que limpiar las heridas y ni siquiera pude distinguir qué sangre le pertenecía a una y cuál pertenecía a la otra...

—Está bien, todo está bien, Marisa.

—La pared, Eduardo, la pared estaba empapada de sangre.

Ni siquiera quisieron acercarse al espejo. Les afeitaron la cabeza en la plaza, las humillaron delante de todo el pueblo. Como si fueran ganado.

Al levantar la vista vio llorar a su marido. Aquella noche el matrimonio no pudo conciliar el sueño. Los perros ladraban. Los brazos del agricultor no podían proteger del dolor a su esposa, ni siquiera rodeándola completamente, y sus ojos se cerraron sólo cuando el sol ya había despertado y perseguía con sus rayos a los fantasmas. Con las primeras horas de la madrugada, el rocío y el primer canto del gallo volvió cierta rutina al pueblo. El agotamiento envolvió los recuerdos y la pareja cayó dormida.

Marisa amaneció ese mediodía poco antes que él. Cuando despertó, sus ropas, limpias y dobladas, descansaban sobre los pies de la cama. El aire entraba puro, limpio y hondo por la ventana. Unas palomas observaban tras el mirador.

Eduardo se acercó a la cocina con las pesadillas aún en duermevela. Vio a su mujer que se acercaba a la puerta cargando con un balde de agua templada bajo el brazo, unas compresas de tela y un cestillo en el que había depositado algunas frutas recogidas por su marido el día anterior. Eduardo revivió el fuego y se acercó a ella tratando de impedirlo.

—Marisa, no puedes entrar a plena luz del día.

—No puedo ver cómo se mueren como si fueran animalicos —le dijo ella firme, con dos bolsas bajo los ojos.

Por todos es sabido que, en nuestra guerra, ellas, las mujeres, fueron las que más cordura y fortaleza dictaron.

—Ni siquiera sabemos quién los denunció —respondió él.

—Un animal, Eduardo, esto es obra de un animal.

—Ven.

Eduardo agarró la mano de su mujer, atravesó la cuadra y la condujo hacia el corral. Depositando los bártulos sobre la mesa acercó a su mujer hacia la pared y golpeó con los nudillos el tabique.

—Adobe, es un simple tabique de adobe. No me costará mucho atravesarlo.

Marisa le observó.

—Dame unas horas, sólo hasta el almuerzo. Entonces habré abierto un acceso y no tendrás que atravesar la calle.

Fue antes de lo que había calculado. Apenas unos golpes, a escasos centímetros del suelo, comenzaron a dar forma a la portezuela. Eduardo había cubierto el mazo con unos harapos y las mantas dispuestas bajo el hueco amortiguaron la caída de los cascotes. No se había equivocado. El grosor del muro facilitó notablemente el trabajo y al poco tiempo el contorno estaba perfectamente tallado en el adobe. El resto fue coser y cantar. Esperó a que el polvo reposara, sopló y miró intentando divisar el interior de la cuadra de sus vecinos. Todas las puertas y ventanas estaban cerradas. Allí no había sonido, no había luz, pero tampoco se respiraba sosiego. Disimuló la entrada con unos tablones a modo de portezuela y se volvió. Marisa observaba su tarea impaciente, girándose a menudo, vigilando su espalda y los muros que los protegían de las miradas indiscretas.

—Porque nunca se sabe —pensaba—. Los espías acechan.

—Listo —dijo él.



La abertura que construyó el matrimonio fue algo más que un acceso a la vivienda de sus vecinos. Aquella puerta comunicaba con el territorio de la esperanza; con un lugar donde reina la conciencia, la solidaridad y la concordia; con el espacio en el que la vecindad cobra sentido y la brutalidad abandona hastiada la batalla. Esa puerta hizo más por la unidad de este país que todos los discursos políticos que se han escrito desde aquellos días.

Marisa entreabrió los tablones y cruzó aquel umbral. No fue un acto solemne, fue un acontecimiento pequeño, pero cargado de humanidad. Una vez dentro atravesó las cuadras y se dirigió a la habitación de las muchachas. De nuevo aquella imagen. Las dos mujeres estaban abrazadas sobre el colchón, en el esquinazo, ocultas por la penumbra. Una de ellas se giró aterrorizada al sentirla.

—No te asustes. Eduardo abrió una puerta en el corral —dijo.

La muchacha la observó y por un momento Marisa creyó ver una pequeña luz en sus ojos. Después, de nuevo, desapareció. La chica rompió a llorar cuando Marisa la acarició y observó que las heridas supuraban otra vez. La imagen que presentaban era tenebrosa; los camiones cubiertos de sangre reseca, abrazadas sobre la destartada cama, en esa habitación sin apenas un rayo de luz.

Un chasquido se escuchó tras ellas. Con una vela en la mano, Eduardo, en la puerta de la habitación, apoyó la otra en el marco y descargó el peso de su cuerpo sobre el brazo al descubrir aquel horror.

—¡Santo Dios! —exclamó.

Las mujeres, al verle, comenzaron a sollozar y se abrazaron estremecidas en el rincón.

—Deja la vela sobre la mesa, Eduardo, y pon algo de agua a calentar.

Marisa las lavó y les dio algo de fruta fresca.

A pesar de los riesgos que suponía, Eduardo, Marisa y sus hijas, movidos por la compasión y sin temor a las represalias, asistieron durante meses a las mujeres de los barberos.

El matrimonio vivía con sus cuatro hijas. La mayor tenía veinte años y había sido nombrada jefa local de Falange. Su tarea consistía en organizar entierros, hacer jerseys para los militares y enviar paquetes al frente. Sus superiores jamás sospecharon que, paralelamente a esas actividades, dedicaba gran parte de las noches a ayudar a su madre en los cuidados de sus vecinas del PCE.

Durante semanas la rutina se repitió todos los días. Eduardo marchaba por la mañana al campo para atender a los frutales mientras que ella, al terminar las tareas de la casa, utilizaba la trampilla para acceder a la vivienda y atender a las mujeres, con ayuda de alguna de sus hijas. Marisa atravesaba la cuadra y observaba a su alrededor, girándose a menudo, vigilando su espalda y los muros que los protegían de las miradas indiscretas.

—Porque nunca se sabe —pensaba—. Los espías acechan.

Y atravesaba aquel umbral.

Una de las mujeres se fue recuperando poco a poco y no tardó mucho en salir de la habitación y ayudar sigilosamente en las tareas. La otra, sin embargo, apenas se movía de aquel rincón donde permanecía abrazada a su almohada y perdida en el abismo del sufrimiento. Marisa la observaba con preocupación.

—No veo que mejore.

—Los fantasmas irán abandonando esa casa —decía él.

Pero los días pasaban. Una tarde, mientras Eduardo calentaba un poco de agua y encendía la estufa de las muchachas, Marisa se abrazó a la mujer y le susurró al oído:

—Un joven consiguió escapar esta mañana cuando iban a detenerlo. Se escondió en el torreón encantado.

La muchacha levantó la mirada sin abandonar completamente aquel letargo.

—¿Y sabes por qué se llama torreón encantado?

Ella, que observaba en silencio el vacío, abrazada a su almohada, negó sutilmente con la cabeza.

—Abben Xumanda fue un noble árabe que vivió en este pueblo —dijo, mientras acariciaba su pelo—. Era inmensamente rico. Tenía tres hijas bellísimas de veinte, dieciocho y dieciséis años y vivían en la mansión que hay junto al río. Un día aquellas muchachas conocieron a tres apuestos jóvenes cristianos y, entre coplas, risas y requiebros, se enamoraron profundamente de ellos.

La mujer del barbero abandonó por un momento el mundo de las ensoñaciones y observó a Marisa. Era una mujer bonita. Menuda, de manos delgadas, con un rostro sano, sonrojado por la fruta. Las bolsas de sus ojos denotaban la extenuación que vivía, pero su pelo, recogido en un cuidado moño, brillaba limpio y sedoso.

—Cuando Abben se enteró de aquello —continuó ella— encerró a las muchachas en el torreón que hay a las afueras del pueblo. Los chicos no tardaron en saberlo y fueron a su encuentro. Al saberlo, Abben Xumanda mandó apresarlos y, en la huida, los jóvenes fallecieron. Cuenta la leyenda que al recibir la noticia, las jóvenes perecieron de dolor y se transformaron en tres palomas.

La joven rompió su silencio y comenzó a llorar.

—Tenían que haberse marchado —balbuceó entre lágrimas.

—Mi pequeña palomita —gimió Marisa.

—Si hubieras visto sus manos —sollozó.

Aquella historia que, en efecto, forma parte de la leyenda de Sabiñán, despertó de su reclusión a la muchacha. Sin embargo, los fantasmas se iban y volvían, no terminaban de marcharse

definitivamente, jugaban y se paseaban por aquella habitación, impregnándola de recuerdos.

La normalidad poco a poco se fue apoderando del pueblo y del país. La mayor de las mujeres comenzó a salir de casa, exponiéndose a las miradas de los vecinos y afrontando esa vida, mirando a los ojos con dignidad, al sufrimiento, muy despacio, pero valerosamente. Al principio los paseos fueron cortos y después algo más largos: el mercado, la frutería, la panadería. Cuando se quiso dar cuenta aquella pesadilla se abría y cerraba a su gusto, como la puerta de la tapia. Sin embargo, poca gente en el pueblo se atrevía a acercarse a ella.

Marisa sí lo hacía. En privado, claro, pues los espías acechaban. Cada día, sin faltar uno solo, atravesaba esa cuadra y miraba a su alrededor, girándose a menudo, vigilando su espalda y los muros que los protegían de las miradas indiscretas.

—Porque nunca se sabe —pensaba.

Y atravesaba aquel umbral.

La otra mujer tardó mucho más en recuperarse, pero sucedió un día sin más. Marisa amaneció aquella mañana antes que su marido. Planchó su ropa, la dobló y la colocó sobre los pies de la cama. Se acercó a la cocina, añadió unas astillas a la estufa, preparó algo de café y puso leche a calentar en un cazo. Después agarró la jarra de cerámica descascarillada, echó un poco de agua del garrafón en su interior y se dirigió a la puerta. Como hacía todos los días. Lo había hecho siempre desde el día en que se casó con Eduardo y se instaló con él en aquella casa. El día que llegó, su vecina, la joven mujer de uno de los barberos, se presentó con el macetón de barro, dijo: «Un regalo de bienvenida» y se marchó. Desde entonces Marisa había cuidado aquellas hojas con mimo. Nunca hasta aquel terrible día habían sangrado.



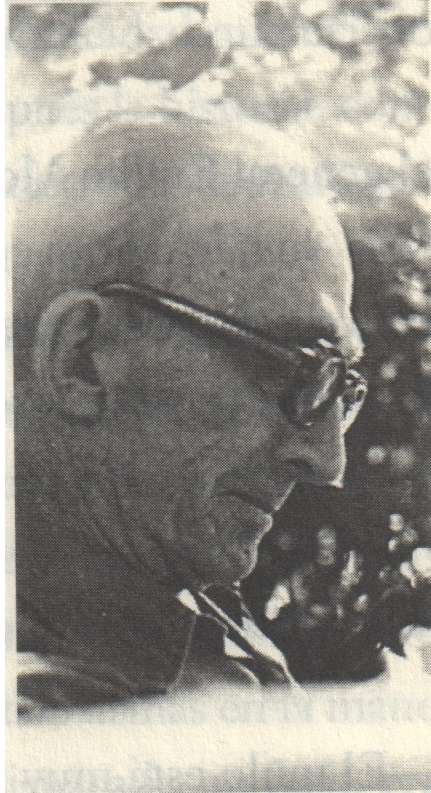
Romería de Sabiñán.  
© Asociación Cultural «Sabinus Sabinianus» (Sabiñán).

Sin embargo, esta vez, Marisa no llegó a alcanzar la planta. Algo la detuvo. Desde la puerta observó a la joven mujer del barbero. Estaba en la calle, a plena luz del día, acariciando las hojas, y había tres palomas observándola.

5

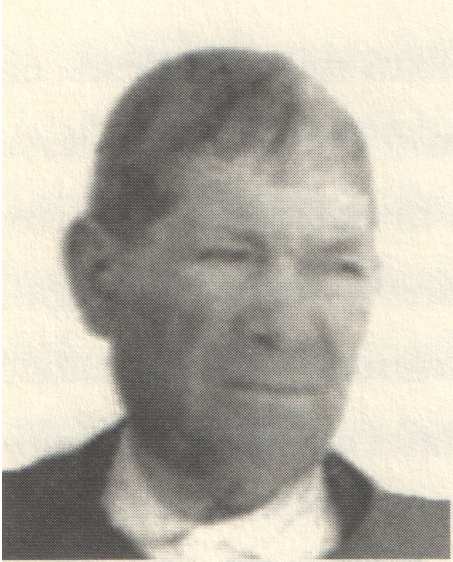
## Un abuelo de novela 10

El tío Paco.  
*Foto: Archivo familiar.*



«Hay que sembrar el terror. Hay que dar la sensación de dominio eliminando sin escrúpulos ni vacilación a todos los que no piensen como nosotros. Nada de cobardías. Si vacilamos un momento y no procedemos con la máxima energía, no ganamos la partida. Todo aquel que ampare u oculte a un sujeto comunista o del Frente Popular, será pasado por las armas», había dicho el general Emilio Mola al comenzar la contienda. Aquellas palabras venían ahora, con la guerra terminada, a la cabeza de Antonio Cabrera mientras escuchaba a los militares que especulaban en el camión sobre cómo matarle.

Antonio Cabrera.  
*Foto: Archivo familiar.*



TRES AÑOS ANTES. OCTUBRE DE 1936. IBAHERNANDO (CÁCERES)

—El mulo está muy inquieto —dijo Ana Victoria a sus hijos.

Siempre se ponía así cuando Antonio Cabrera se retrasaba. Había algún tipo de conexión especial entre ellos, y esta vez el animal se mostraba especialmente nervioso.

—Tranquilo —dijo, pasándole la mano por el lomo.

El animal se movía, impaciente, por la cuadra, esperando a su amo.

*—Tenía una enorme complicidad con sus animales. Era como si avisase en la casa cuando no llegaba. Le querían muchísimo porque él los cuidaba con auténtica devoción —cuenta Delia, la nieta del matrimonio.*

En efecto, debía de haber llegado del campo, pero ese día algo le retrasó. La columna de militares marroquíes de Franco, que se dirigía hacia Madrid, se había presentado en el pueblo. Cruzaron el Estrecho gracias al apoyo de Hitler y de Mussolini, que aportaron aviones<sup>11</sup> decisivos para transportar las tropas de África a España,

mientras el dictador del país vecino, Oliveira Salazar, permitió el paso de los sublevados por Portugal.<sup>12</sup> Un síntoma más, entre otros tantos, de la complicidad que existió entre el nazifascismo y Franco, aunque después la historia, contada desde las filas de los vencedores, se encargó de desenfocarlo como si no se hubiera producido jamás.

Por todo el país, «los camiones que transportaban esas tropas se detenían un poco antes de llegar a los pueblos. Desde allí, avanzaban a pie y si veían resistencia utilizaban la artillería ligera. Por medio de altavoces se ordenaba que se abrieran todas las puertas y se desplegaran banderas blancas. Todo aquel que no cumpliera esas órdenes, fuera sorprendido con armas en la mano o tuviera marcas en el hombro de haber disparado un fusil, era ejecutado sin juicio».<sup>13</sup>

Y también al llegar a Ibahernando los militares de Marruecos se apostaron en la entrada. Allí esperaron a los labradores que volvían de trabajar las tierras. A medida que éstos se iban acercando eran detenidos y reclutados contra su voluntad.

Y también al llegar a Ibahernando los militares de Marruecos se apostaron en la entrada. Allí esperaron a los labradores que volvían de trabajar las tierras. A medida que éstos se iban acercando eran detenidos y reclutados contra su voluntad.

—¿Qué ocurre? —preguntaba un agricultor al llegar.

—Dicen que tenemos que marchar al frente con ellos —decía otro.

—Pero ¿cómo nos vamos a ir? ¿Por qué? ¿Adonde?

—A Talavera, al frente de Talavera de la Reina —contestaba un militar que llevaba un listado en la mano.

—Pero eso no es posible, yo tengo que ir a casa —se preocupaba otro de los agricultores.



—Los que figuran en esta lista caminarán tras las avanzadillas portando la munición y la carga —indicaban los militares.

—A ver, ¡Antonio Cabrera! ¿Quién cono es Antonio Cabrera?

-Tenemos que ir a nuestras casas... —protestaban.

—Ni casas ni hostias. ¡Todos a las filas o me pongo a pegar tiros! —gritaba el militar.

En aquella lista figuraban los hombres que habían simpatizado con la izquierda y entre ellos estaba Antonio Cabrera.

*—Él había sido alcalde del pueblo durante toda la República, un alcalde muy querido por todos, pero dejó el cargo justo quince días antes de que estallara la guerra —describe Delia, su nieta—. Acudía todos los jueves a Trujillo, donde se reunía con gente de muchos lugares y hacían tertulias y debatían sobre lo que les apasionaba: la política.*

Los hombres del pueblo observaban temerosos a los militares mientras recibían las instrucciones. Ni siquiera habían podido despedirse de sus familias. En eso Cabrera tuvo más suerte. Al tener otro animal en su casa, que podía servir para el transporte, le obligaron a ir allí para recogerlo. Por eso pudo despedirse de su mujer, Ana Victoria, y de sus hijos, bajo la vigilancia de dos militares que esperaban en la puerta.

—¿Cómo que tienes que marchar?

—Había militares esperando en la entrada del pueblo y han reclutado a todo el mundo.

—Pero eso no es posible, ni siquiera tienes edad ya —sollozaba su mujer, sin soltarle de la chaquetilla.

—¡Vamos, señora! —decía el militar desde la puerta.

—Antonio es mayor —decía, ahogando su nombre entre sollozos y tapándose la boca con la mano.

Era cierto. Su edad destacaba sobre la de otros reclutas. Había cumplido cuarenta y un años y eso era mucho para aquella época. Afortunadamente, Cabrera era fuerte y estaba curtido por la labranza. El pueblo lo consideraba un hombre cabal, trabajador y eficiente.

*—Tenía unos ojos verdosos, una mirada dulce y tranquila que inspiraba mucho respeto. Sus manos también transmitían confianza. Era una persona muy habilidosa, que fabricaba él mismo las herramientas de labranza. El reclutamiento forzoso en el bando sublevado debió de ser humillante para él —cuenta Delta, su nieta—, porque era un hombre muy orgulloso de ser republicano. Cuando ejercía en su puesto era muy respetuoso con las otras ideas, pero tenía fuertes convicciones. Eso hacía que la gente lo tratara muy correctamente, así que aquella situación debió de ser durísima.*

Los militares consideraron, por el momento, que era útil aprovechar a aquellas personas en labores de transporte. Era mejor que desperdiciar energías deshaciéndose de ellos y mejor, sin duda, que abandonarlos en la retaguardia, ofreciéndoles las espaldas. Además, si los aviones de la República abrían fuego rasante contra las columnas que avanzaban hacia Madrid, se llevaban por delante a algunos porteadores republicanos. Así, los militares, más ligeros y vigilantes, podían echarse a las cunetas ante cualquier atisbo de peligro.

Pero Cabrera y aquellos hombres no fueron los únicos del pueblo que lucharon en la guerra. La vida también coloca a las personas sobre complejos caminos por cuestiones ideológicas.

Paco, que estaba vinculado a Falange, luchó en el bando de los sublevados. Era un vecino de Ibahernando que pertenecía a una acomodada familia de la localidad. Su nieto lo recuerda como un hombre reservado, cariñoso, que apreciaba los silencios y que buscaba momentos de tranquilidad en los que poder abstraerse.

Era, también, muy habilidoso con las manos. Tenía un pequeño espacio en el cobertizo del jardín, un reducido taller de herramientas, donde se refugiaba y daba espacio a la creatividad. Allí, con sus manos, creaba pequeñas figuritas de madera en miniatura.

*—Físicamente era un hombre enjuto, de estatura media y de voz grave, de manos largas y muy sarmentosas. Siempre llevaba gruesas gafas de pasta. Tenía un carácter reservado, muy reflexivo —recuerda Javier, su nieto.*

Antes de la guerra había coqueteado con la República y con el socialismo, hasta el punto de que tenía fama de buen orador en la Casa del Pueblo. Sin embargo, de todo esto su familia no tuvo noticias hasta muchísimo más tarde.

*—En casa de mi abuelo apenas se hablaba de la guerra y, para que 'ceas cómo son estas cosas, mi padre se enteró hace muy poco de que mi abuelo había sido republicano y que incluso había dado mítines —señala Javier.*

El desencanto le había ido conduciendo hacia el territorio de la Falange, de la que llegó a ser jefe en Ibahernando.

*—Fue una evolución nada infrecuente en aquella época —prosigue Javier—. Algunos socialistas de primera hora se inclinaron luego hacia el falangismo hacia el fascismo.*

Curiosamente, era un hombre de libros: Vicky Baum, Stefan Zweig e incluso algunos de historia. Sin embargo, al igual que el resto de las familias pudientes del pueblo, no había estudiado.

Es fácil suponer que, al apoyar la guerra, perseguía algún tipo de ideal revolucionario. Y el hecho es que iba y venía al pueblo desde el frente. Con todo, nunca habló mucho de ello.

*—Recuerdo un día, al atardecer, casi de noche. Yo debía de ser muy pequeño, igual siete u ocho años, e iba casi dormido con mi*

*abuelo en un taxi. El me despertó y me dijo: «Mira, Javi, aquí estaban las trincheras». Resulta que había estado en la batalla de Brunete.*

Paco fue uno de aquellos españoles que enterró, en las profundidades del alma, los recuerdos de la guerra. Se quedó completamente decepcionado. No porque no hubieran vencido los suyos, que lo hicieron, sino porque aquella revolución que él esperaba se produjo de una forma completamente diferente a lo que había imaginado. Además, para mucha gente, fue más fácil enterrar aquellas terribles experiencias de las que fueron testigos que olvidarlas.

Naturalmente, Paco conocía a Antonio Cabrera, pues en esa época el pueblo debía de tener unos tres mil habitantes. Eran dos hombres diferentes, en orillas ideológicas opuestas, pero, aunque no se vieron en toda la guerra, entrecruzaron sus destinos de forma singular.

Aquel grupo, el de las personas de izquierdas reclutadas en la entrada de Ibahernando, fue sometido a un vilipendio constante. Eran esclavos y se les trataba como a tales. Además, los militares marroquíes, curtidos en otras batallas, estaban acostumbrados, pero para Cabrera y los demás hombres del pueblo debió de ser un verdadero suplicio. Tuvieron que enfrentarse al invierno, al frío, al agua del Tajo por las rodillas, a las botas permanentemente encharcadas, a los lodazales donde se confundían la arena y los excrementos de los animales y a las zarzas que desgarraban la lana y acariciaban la piel como alfileres.

Cabrera había conseguido enviar a Ibahernando, furtivamente, a uno de los animales para ayudar a su familia en las tareas del campo. Sin embargo, aun con uno solo, resultaba un trabajo durísimo.

—¡Aparta de ahí ese animal! —le gritaban, enfurecidos, desde la camioneta, cada vez que se detenía.

Antonio Cabrera se giraba tirando de la cincha y dándole dos buenos palmetazos en el lomo. Pero aquel mulo no quería. Y si no quería, no andaba, punto.

—¿No nos oyes?

El agricultor miraba impotente. Aquellos soldados, sucios por la contienda y con un incierto futuro, no estaban para bromas. El lo sabía. Ya había podido comprobar cómo las gastaban cuando sospechaban que la siguiente sábana limpia que iban a acariciar podía ser la de su mortaja. Apartaba como podía al mulo y hacía un amago de disculpa, que se veía nublado por el polvo de las ruedas.

—Nos van a matar en una cochina cuneta y se van a ir a la mierda tu cincha, tu cebada y tus malditas cabezonerías — resoplaba.

Los soldados los trataban con desprecio. Para ellos, esa gente no eran más que rojos, como aquellos a los que disparaban, pero a los que nadie había matado aún.

Por lo menos, cuando las noches eran especialmente frías, la proximidad con aquel mulo las hacía más confortables y familiares. Cabrera se acercaba a él, se tumbaba junto a su lomo, palmeteaba su cuello y le daba las buenas noches. Cubierto por la pequeña manta, acompasaba sus respiraciones con él y se internaba en un profundo sueño.

A la humillación que suponía esa vida de esclavitud había que añadirle los piojos, la sarna y otras enfermedades que peleaban por allí. La falta de higiene se vivía tanto en la guerra de los sublevados como en la de los leales a la República. Aquellos bichos no eran ni falangistas, ni marxistas, ni trosquistas ni de ningún sitio, aquellos bichos eran felices entre la muerte. «Una experiencia esencial en la guerra es la imposibilidad de librarse en ningún momento de los malos olores de origen humano», dice George Orwell en *Memorias de la guerra civil española*.

Allí pasó Antonio Cabrera los tres años que duró aquello, conviviendo con la muerte y con las humillaciones. Nunca contó a su familia cómo murió el animal, pero tratándose de una época dominada por el hambre y por el sufrimiento no es difícil de imaginar. Si fue ajusticiado, miraría a los ojos de su amo en busca de una razón. Si, por el contrario, murió mayor y a causa del agotamiento, lo más seguro es que sucediera mientras dormía plácidamente junto a Antonio. Quizá su respiración perdió el compás, se fue debilitando, suspiró y decidió alejarse de todo aquello.

El 1 de abril de 1939 se anunció el final de la guerra. «Cautivo y desarmado el ejército rojo, las tropas nacionales alcanzaron sus últimos objetivos militares.» Fue el único día en que recuperó la sonrisa. Por fin podía volver a su casa.

*—Cuando se disponía a regresar a Ibahernando, mi abuelo se encontró a Paco. Aunque durante la guerra no se habían visto, Paco se dirigió a él y se ofreció a llevarle —cuenta Delta.*

—Antonio —le dijo—, esta tarde me voy para el pueblo con un grupo de gente de Ibahernando. Nos vamos en un vehículo y si te quieres venir con nosotros, tenemos sitio.

Fue, sin duda, la propuesta más cariñosa de todas las que había recibido en aquellos tres años. Cabrera respiró familiaridad y, aunque en un principio dudó porque no sabía con quién más viajaría, decidió aceptar. Apenas podía con su alma.

En efecto, eran todos del pueblo. Un grupo de jóvenes del bando sublevado que regresaban victoriosos de la guerra.

—Suba, hombre, que ya no tenemos edad —le gritaron desde la cabina del camión.

Mostraban un aspecto sucio, desaliñado, como él y como toda aquella apestosa guerra, pero en sus rostros se dibujaba la victoria. Antonio Cabrera se sentó en el transportín junto a la puerta trasera.

Aquellos tres años le habían debilitado mucho. Ahora se miraba las manos y apenas podía reconocerlas, se veía incapaz de volver a fabricar herramientas de labranza.

—Tienes pinta de miliciano —ironizó uno, mirándolo de arriba abajo.

Ciertamente, la tenía. Sus ropas estaban hechas jirones y el blanco de la camisa, ahora cubierto por el chaleco, había desaparecido bajo la mugre. Además, todos sabían que Cabrera había sido alcalde durante la República y eso, allí, no inspiraba mucho respeto.

El camino estaba repleto de personas que, como ellos, regresaban caminando sobre las cenizas del país. Algunos sonrían, pero la mayoría tenía la mirada perdida. El camión traqueteaba avanzando por la carretera. Los militares hablaban de mujeres y, a decir verdad, lo que más les preocupaba era recuperar las ausencias.

Un chico con gorra se preguntó si su novia seguiría esperándole.

—¿Le escribiste? A todas las mujeres les encanta y les emociona recibir cartas —dijo el tío Paco, sonriendo, desde el fondo del camión.

El muchacho bajó la mirada pensando que quizá debió hacerlo. Y todo ello a golpe de bota de vino, camisas militares desabrochadas, olor a sudor y latas de sardinas Francisco Otero.

Un militar sentado junto a Cabrera sostenía la bota mientras entonaba, mirándole:

—«Cuando se enteró mi madre de que yo era de las JONS, me dio un abrazo y me dijo, ¡hijo mío de mi alma, así te quería yo!»

Cabrera disimulaba su incomodidad con una suave sonrisa, desviando la mirada y perdiéndola en la distancia. El sudoroso hombre, sin inmutarse, seguía cantando:

—«Falangista valeroso y con este patrimonio, la Justicia, el Pan, la Patria y una España Grande y Libre que soñaba José Antonio.»

Mientras lo hacía, destinaba incómodas miradas a Cabrera, castigando aquel gesto de poca camaradería.

El resto del grupo, jovial, le seguía. Uno ofrecía sardinas a los demás, otro sostenía la bota de vino y el tío Paco reposaba introspectivo, apoyado en aquel fardo de ropa.

—«¡Una bala, compañero! —cantaba el joven—. ¿Para quién de los dos es? Era el diálogo postrero, y bajo el plomo certero cayó tendido a mis pies» —entonaba, seguido por el resto.

Cabrera observaba en silencio aquella situación, deseando llegar de una vez.

—¿Tú no cantas? —le preguntó uno, finalmente.

Él negó con la cabeza, sonriendo para dulcificar el gesto.

—¿No celebras nada?

Pero Cabrera ya había sido suficientemente humillado en aquella guerra. Negó con la cabeza de nuevo.

—¡Gloria! ¡Gloria! ¡La gloria y la victoria! —gritó otro en plena exaltación.

—Coño, ¡viva Franco! ¡Y viva España! —vitoreaban.

—¡Viva! —coreaban los demás.



Cabrera se preguntaba cómo terminaría aquello. Había pasado la guerra junto a hombres similares, igualmente febriles de patria, pero nunca había sentido, como ahora, que la resignación le fuera abandonando, dejándolo solo.

—Cabrera, no me jodas y ponte a cantar —le dijo uno. —Basta, déjalo ya —contestó la voz ronca del tío Paco, desde el fondo del camión.

Aquel trayecto resultaba cada vez más tenso. De pronto, el camión se detuvo, interrumpiendo la celebración. El conductor se giró:

—Abajo a mear. Luego ya no hay paradas —sonrió.

Tres de los militares saltaron fuera, llevándose con ellos la bota de vino, antes de que el conductor terminase la frase. Cabrera se quedó sentado allí dentro, con las manos apoyadas sobre las rodillas, en un gesto de resignación, aunque escuchaba perfectamente sus conversaciones y podía distinguir con claridad las palabras. Paco también seguía sentado en el interior del camión, y lo observaba silencioso desde el fondo del transportín.

—Espérate a ver si se atonta y luego ya veremos qué hacemos con él —escuchó que decían.

Uno de los militares charlaba con su compañero en el exterior. Mientras hablaba, sujetaba con una mano la bota de vino y con la otra dibujaba riachuelos sobre la carretera. Querían emborracharlo para lanzarlo desde lo alto del puente que cruzaba el Tajo.

El tío Paco le miró a los ojos. También estaba escuchándolo. El agricultor acercó ligeramente la cabeza a la loneta para distinguir mejor las voces, pero se sobresaltó: —¡Antonio! —gritaron tras ella y junto a su oído—. ¡Tómese un vino, hombre!

No podían estar pensando en serio en matarle allí; ya no quedaba tanto para llegar. Las palabras del general Emilio Mola

invadieron su cabeza mientras los tres militares volvían a subir al camión. Uno de ellos extendió el brazo y le ofreció la bota.

—¡Bebe! —dijo, observándole.

—No, gracias —respondió contundente.

Antonio Cabrera no bebió. Los militares se acomodaron a su alrededor.

—Yo también vuelvo a casa —afirmó, ingenuo.

Ninguno contestó. El camión se acercaba al Tajo y él trataba de calcular qué posibilidades tendría de salir corriendo de allí. La carretera cruzaba el río sobre un elevado puente desde donde se observaba con claridad el fondo rocoso. Cabrera sabía que no había caída en la que pudiera salvar la vida, y ya no tenía edad para andar saltando en marcha. Además, ¿qué hacía alguien como él echándose al monte?

—Ya está —dijo una voz ronca rompiendo la tensión.

Los militares se giraron. A veces la última esperanza del ser humano se encuentra en la capacidad del hombre para sorprenderse a sí mismo y sorprender a los demás. Al fondo del camión estaba el tío Paco, que se había quitado la gorra.

—He dicho antes que bastaba. A este hombre lo hemos recogido para devolverlo a su casa y eso es lo que vamos a hacer —exclamó tajante.

Nunca sabremos qué es lo que pasó por su mente cuando miró los ojos de Antonio Cabrera. Los militares le observaron extrañados. La guerra envilece a los seres humanos y hace que la vida pierda su valor. La reacción de cualquiera de aquellos hombres era imprevisible del todo. Podían haber ignorado a Paco y haber seguido adelante con sus planes de arrojar al agricultor puente abajo, e incluso también podían haber matado al propio Paco. ¿Por

qué no? Nadie se habría enterado. Allí no había más autoridad que la suya, unos hombres que volvían de luchar en la guerra más cruel y despiadada que ha visto este país. Una guerra que enfrentó a vecinos, a viejos amigos, a conocidos del pueblo y a compañeros de escuela. Esa lucha que enfrentó a ciudades y regiones y originó una tensión que todavía hoy se trata de superar. Podían haberlos matado. De hecho, no habría sido raro, pues historias así las hubo a puñados. Pero, por fortuna, no lo hicieron.

—Tranquilo, Paco —contestó uno—, que nadie ha dicho nada.

—Pues eso —contestó él.

Uno de los militares sonrió y comenzó a cantar mirando a sus compañeros.

—«Cuando estoy en las trincheras, dando la cara a la muerte, si muero sólo lo siento, madrecita de mi vida, porque no volveré a verte.»

Cabrera respiraba angustiado.

—Siéntate aquí —le dijo Paco.

El agricultor cambió de asiento, con las piernas temblorosas, haciéndose un hueco entre los piojosos fardos de ropa.

—Gracias. Eres una buena persona —afirmó Antonio.

—El mundo es bueno siempre que se lo mire en conjunto, sin reparar en detalles —contestó, sonriendo, Paco Cercas.

Poco tiempo después, el camión se detuvo en Ibahernando.

El tío Paco, falangista y combatiente del bando franquista, mostró, en aquel puente sobre el Tajo, el reducto misterioso de la conciencia individual en donde habita la nobleza. Antonio Cabrera sostuvo siempre que aquel gesto le salvó la vida y que sin él lo habrían asesinado impunemente. Pero además, el suceso, en cierta

manera, le devolvía la esperanza en el ser humano, porque en esos últimos tres años Cabrera sólo había convivido con la decepción, la miseria, los insultos y el dolor. Por eso, este episodio tenía un significado muy especial para él.

Por otra parte, como la historia se ha encargado de recordarnos, es cierto que no se trató de un acto pequeño, pues las palabras del general Mola, que describían a los enemigos de la patria, eran contundentes: «Todo aquel que ampare u oculte a un sujeto comunista o del Frente Popular será pasado por las armas». No se podía vacilar. Fue un gesto de valentía que Paco no tenía por qué hacer, pero que hizo.

Con los años, sucedió algo que otorgó a esa acción un carácter muy especial. Paco nunca contó esa historia que, como la de tantos otros, fue poco a poco enterrada en la memoria. Por fortuna, los nietos de Antonio Cabrera rescataron aquel gesto de valentía entre los recuerdos de una guerra que su abuelo rememoraba siendo ellos muy jóvenes. Y Delia, la nieta, se puso en contacto con nosotros para desvelarlo.

*—El hombre que salvó aquel día la vida de mi abuelo era Francisco Cercas, el abuelo paterno de Javier Cercas, el autor de Soldados de Salamina.*

Aquel relato adquiriría un doble valor. Javier Cercas había novelado en su libro, muchos años después, la historia de un hombre que, a punto de ser ajusticiado, fue indultado por un miliciano. «Aprovechó la confusión y corrió a esconderse en el bosque. Desde allí oía las voces de los milicianos, acosándole. Uno de ellos lo descubrió por fin. Le miró a los ojos. Luego gritó a sus compañeros: "¡Por aquí no hay nadie!". Dio media vuelta y se fue [...]. Nunca sabremos qué es lo que pasó por su mente cuando le miró a los ojos», escribió Javier Cercas.<sup>14</sup>

Ahora veía la luz este pasaje igualmente significativo y con su abuelo como protagonista.

*—Desconozco —decía Delia, la nieta de Cabrera— si él sabe esta historia o si le agrada que la haya contado. Pensé que una persona de su sensibilidad gustaría de conocer que más allá de lo narrado en su libro, alguien cercano a él fue protagonista de una historia tan humana y de gran valor como la que él describiría años más tarde en su novela.*

Javier Cercas no la conocía.

*—Joder, qué barbaridad —exclamó al enterarse.*

*Javier Cercas volvía de Rusia cuando la llamada le sorprendió en el automóvil en el que regresaba del aeropuerto. Se detuvo en la cuneta.*

*—¿Estás hablando en serio? No puedo creerlo. Y seguro que tampoco lo sabe mi padre. Supongo que, cuando la gente decide dejar de hablar de la guerra, deja de hablar de todo: de lo malo y también de lo bueno.*

Delia había escuchado muchas veces, desde niña, aquel pasaje. En su memoria quedó fijado el relato de aquel vecino de Ibahernando que salvó la vida de su abuelo en un camión que volvía de la guerra. Al leer la novela de Javier, Delia pensó en desvelar esa pequeña secuencia de la historia familiar. Incluso pretendió acercarse al escritor durante una de sus populares firmas en Barcelona, pero el rubor pudo más y nunca se atrevió.

Antonio Cabrera, el agricultor, murió en 1958. Delia recuerda que tenía unas manos muy habilidosas, con las que fabricaba herramientas de labranza y juguetes.

*—Todos los utensilios que utilizaba en su trabajo los fabricaba él y lo mismo ocurría con otros objetos que había por casa: la cuna, el andador y muchos de los juguetes que teníamos en la infancia — cuenta.*

Es un dato curioso, porque a Francisco Cercas, aquel soldado de Salamina que murió en 1980, Javier también lo recuerda dando largos paseos o encerrado en su cobertizo, al fondo del corral, donde fabricaba con sus manos instrumentos de labranza en miniatura.

## 6

# Julián, el Tarsicio 15



Julián Jiménez Molina, director de la prisión de Linares. *Foto: Archivo familiar.*



Julián Jiménez Serrano, hijo del director, con su mujer, Inés.

El año de la guerra, Julián Jiménez Molina dirigía la cárcel de Linares, en Jaén. Cinco generaciones de esa familia han sido funcionarios de prisiones hasta el día de hoy y, entre esas cinco, estaban él y su hijo. Vivían allí mismo, en una amplia residencia junto a la cárcel. Tenían jardín y una puerta propia de acceso a la calle, aunque a la vivienda también se podía entrar desde los despachos del presidio.

Julián Jiménez Molina, el director, era republicano pero ejercía con cierta manga ancha su autoridad sobre los presos políticos de la derecha. Una actitud propia de alguien cuya concepción sobre la justicia iba más allá de la que se respiraba en gran parte del país en aquel momento.

Don Rafael Álvarez Lara, por ejemplo, era un sacerdote que estaba allí como preso político. Sin embargo, el director le encargó revisar las cuentas de la prisión porque consideraba que no era oportuno que aquel hombre tuviera que vivir entre los presos comunes. Por eso Rafael Álvarez trabajaba en las oficinas llevando la contabilidad, sin tener que pasar el día en su celda, e incluso llegó a entablar una buena relación con el director y con su hijo. Éste, Julián Jiménez Serrano, también trabajaba allí como funcionario. Era un muchacho joven, de trato amable, a quien le costaba mucho decir que no y que rara vez guardaba rencor a los demás. El ejemplo perfecto de una buena persona.

*—Cuando te pidan algo, si es justo, nunca debes mirar quién lo hace —le diría muchos años después a su hija Ana, cuando ésta le reprendía su excesiva bondad.*

Esas cualidades fueron apreciadas por el sacerdote don Rafael, con quien labró una importantísima amistad, en esa oficina, que se mantuvo hasta el final de sus vidas. Bromeaban, reían y mantenían largas charlas. Y su padre observaba todo aquello con benevolencia.

Andaba entonces ennoviado con Inés, la hija mayor de unos vecinos, que tenían la casa un poco más abajo, en la misma calle de la prisión. La chica pertenecía a una pudiente familia de Linares que, entre otros asuntos, se dedicaba a los embutidos y tenía algunos puestos en la plaza donde se vendían chorizos y longanizas. Y con esas longanizas comenzó esta historia.

—¿Quién ha dejado aquí esto? —preguntó el director levantando un paquete de chorizos.

Su hijo Julián miró los embutidos y se percató del error.

—Son míos, papá —se apresuró a decir.

—¿Para qué demonios querrás tú esto?



—Bueno, me los han dado. Son para repartir —concluyó sin más explicaciones.

—Ya. Algo estarás tramando —bromeó.

Julián le miró extrañado, sin comprenderle, con un cierto aire de preocupación.

—Llévatelo de aquí. Anda medio país pasando hambre como para que vayas dejándolas sobre el escritorio de la prisión —sonrió su padre.

No pidió más explicaciones porque pensó que detrás de todo aquello habría algún tipo de negociado del corazón y ya se sabe que, en estas cosas de las parejas, pocas razones deben buscarse. En cierta forma no se equivocaba, era un asunto de enamorados.

El cura observaba sonriente la escena. Ambos, el sacerdote y el muchacho, siguieron con la vista al director que salía de la sala.

—¡Julián! —le llamó.

—Dígame, don Rafael. —No te lo volvería a pedir si no fuera algo tan importante.

—¿Quiere que vaya a recoger más paquetes?

—Créeme, no te lo pediría si no fuera necesario.

—Lo haré esta tarde. Voy un poco atrasado con el asunto de las longanizas, pero me apañaré.

—No sé a quién más puedo pedírselo.

—No se preocupe. Sólo le pido discreción, don Rafael, no me gustaría que se terminara enterando toda la prisión.

El cura tomó un lapicero y una cuartilla y escribió unas notas ilegibles con una apretada letra. Al verlo, su amigo, que tenía una

excelente letra, sonrió.

—Igual no es muy ortodoxo, pero servirá —dijo bromeando al entregarle el papel.

Julián lo plegó y lo guardó cuidadosamente en el bolsillo de la camisa.

—Lo traeré hoy mismo, descuide.

—Dile que eres el Tarsicio.

—¿Cómo?

—Ella lo entenderá —señaló, volviendo al trabajo al ver que el director entraba en la habitación.

En realidad no es que importara mucho su presencia en aquel asunto. De hecho no existieron grandes secretos entre el padre y el hijo y hay suficientes datos para pensar que habría autorizado tanto aquellas gestiones como otras sin pestañear. Sin embargo, en esto que nos ocupa, cualquier discreción parecía poca en un tiempo dominado por el odio.

Las cosas andaban muy crispadas en Linares. A pesar de que el director se sentía próximo a la República y de que su hijo militaba en las Juventudes Socialistas Unificadas, la presencia en la cárcel de jóvenes y dirigentes de Falange y de Acción Católica era un permanente foco de tensión con los milicianos.

—¡Aquí no quiero líos! —decía el director cuando algún miliciano rondaba la oficina.

Estaba muy incómodo por tener detenidos en las celdas que no habían sido procesados por delito alguno.

En la prisión, por entonces, había alrededor de veinte detenidos políticos y el director, según describen sus nietos, aceptaba el asunto de mal grado.

—A ver cuándo resolvemos esto —repetía, caminando por los pasillos.

La solución nunca llegaba, aunque lo cierto es que esas personas vivían más protegidas dentro de la cárcel que fuera, en el pueblo, donde algunos incontrolados se estaban tomando la justicia por su mano.

Aquella tarde, el mismo día de la nota y de las longanizas sobre el escritorio, Inés, la novia de Julián, se acercó por allí.

—¿Entregaste los embutidos? —preguntó discretamente al chico.

—No pude aún. Me los dejé sobre la mesa de la oficina y mi padre no paraba de hacer preguntas.

—¡Pero, Julián! —exclamó.

—Sí, lo sé, lo sé, pero de verdad, empiezo a tener demasiadas cosas en la cabeza.

—¿Vendrás a verme después de cenar? —preguntó ella.

—Quizá, pero acudiré más tarde. Don Rafael me hizo un encargo y tendré que acercarme por la iglesia.

—¿Por la iglesia? ¿Y qué va a ser de tu reputación? —rió.

—Creo que no es lo peor que hemos hecho, ¿verdad? —sonrió a la muchacha.

Julián la acompañó a su casa, unas manzanas más allá, y cuando se despidieron se dirigió a la parroquia como había prometido.

Pasó a hurtadillas por delante de la prisión, temiendo encontrarse a alguien conocido, subió por la calle y al llegar allí se detuvo frente a una vivienda, unos metros antes del portón principal

de la capilla. Llamó y la puerta se abrió discretamente. Una anciana mujer, de rostro lánguido y agotado, se asomó por el hueco.

—¿Sí?

—Soy el Tarsicio —dijo, pensando que se trataba de alguna clase de clave—. Me envía don Rafael. Traigo esto —continuó, y extendió la nota.

—Comprendo —contestó ella abriendo el portón, después de leer con dificultad la nota.

—Creo que yo tengo mejor letra —bromeó él.

Julián accedió a la entrada, cerró tras de sí el portón y la siguió unos metros.

—Espera por aquí. Enseguida lo traigo.

—Claro.

La mujer se internó en una habitación. Por la rendija de la puerta pudo escuchar cómo rebuscaba algo y cuando volvió a aparecer llevaba, en efecto, un paquetito entre las manos.

—Se lo entregaré inmediatamente, no se preocupe.

—Muchas gracias. Estás haciendo mucho bien —respondió ella.

Julián tardó sólo unos minutos en llegar de nuevo a la prisión. Al verle, el sacerdote miró a su alrededor. Nadie los observaba.

—¿Las traes?

—Claro, soy un gran Tarsicio —bromeó.

El sacerdote abrió el paquete y se puso a mirar el interior.

—Rafael, ¿qué significa Tarsicio?

—Tarsicio significa valiente. Fue un joven que ayudó a los sacerdotes en Roma entre los siglos III y IV Participó en una misa en las catacumbas de San Calixto y el obispo le encargó visitar a los cristianos encarcelados que habían sido hechos prisioneros por proclamar su fe. Pero nunca llegó a hacerlo. Por la calle fue atacado. El joven prefirió morir apedreado a que fueran profanadas las Sagradas Formas que le habían encomendado. Dio su vida por ellas, pero antes consiguió entregárselas a un soldado cristiano y los presos pudieron recibir la Eucaristía. ¡Bueno! —concluyó—. Con esto tendremos para un par de misas.

—Sólo espero no tener que morir apedreado la próxima vez —rió.

El sacerdote volvió a introducir las Sagradas Formas en el paquetito que había traído Julián.

—¿Me ayudarás en la misa con los presos? —preguntó el sacerdote.

—No puedo. Tengo que entregar también las morcillas. Pasaré por casa de mi novia. Creo que me tiene reservadas algunas longanizas más. Iré mañana a Baeza.

*—Aunque mi padre era un muchacho agnóstico, militante de la izquierda y con inquietudes políticas, durante semanas se encargó de ir a buscar las hostias para que Rafael Alvarez Lara pudiera celebrar misa y dar la comunión a los católicos detenidos. El sacerdote preparaba notas y él acudía puntualmente a recoger aquellos pequeños paquetes fuera de la prisión —recuerda hoy Ana, su hija.*

No fueron los únicos gestos de solidaridad. Entrada la noche acudió, como había prometido, a casa de Inés. Llevaba una bolsa de tela en la que había guardado las longanizas de la mañana. Ella le esperaba junto al portón.

—Mira —sonrió, extendiéndole una nota.

—«La lana roja nos ha gustado muchísimo y la lana negra no te puedes imaginar cómo nos ha gustado» —leyó ella con los ojos brillantes.

Julián la observó. Perteneecía a una familia mucho más religiosa que la suya y, aunque su carácter era afable, actuaba siempre con una gran determinación. Seguramente gracias a eso conseguía embarcarle en algunos de esos asuntos. Pero era una muchacha preciosa y valiente.

Mientras conversaban en la puerta de la casa, la madre de Inés salió a, hurtadillas, cerrando silenciosamente.

—Las tengo —dijo traviesa.

—¿Las encontraste?

—Sí, las tenía tu padre en el chaleco. Tuve que esperar hasta que se durmió.

*—Los milicianos habían ubicado el depósito de Intendencia dentro de las propiedades de la familia de mi madre. Tenía sentido, porque toda la actividad se centraba en los embutidos y la matanza, así que contaban con algunos espacios que podían ser utilizados como almacén, entre ellos una alacena junto al domicilio, en la misma calle de la cárcel, que era utilizada como depósito de alimentos. Mi abuela Elvira esperaba hasta que Matías, su marido, caía rendido para «hurtar» las llaves en compañía de su hija Inés y, en ocasiones, de mi padre. Después se acercaban por allí a tomar prestadas algunas longanizas para repartirlas —recuerda Ana.*

Curiosamente, a pesar de tratarse de una familia religiosa y con diversas propiedades —entre ellas un imponente cortijo—, los milicianos no repararon negativamente en ellos. Seguramente algo tuvo que ver en eso el noviazgo de la chica con el joven funcionario de prisiones. Pero lo cierto es que, salvo episodios contados, nunca

se vieron en la necesidad de lidiar con descontrolados del Frente Popular.

Esa noche Elvira había aguardado con paciencia y había repetido la rutina. Después de cenar, Matías cayó dormido y ella se aproximó, en silencio, al chaleco que reposaba en la silla, introdujo su mano en el bolsillo y extrajo las llaves, sujetándolas con fuerza para evitar el tintineo.

Una vez que la madre de Inés se reunía con los chicos en la puerta del domicilio, sus caras se transformaban. En realidad era un juego peligroso, aunque sin duda divertido. La mujer introducía la llave, mirando a un lado y otro de la calle, y la giraba con cautela, tratando de desplazar el pestillo con el menor ruido posible. Cuando finalmente accedían al interior, sólo una vela iluminaba la estancia.

—Entorna la puerta, Julián —susurró.

Inés se acercó al muchacho agarrándose a su brazo.

—Cogeremos longanizas y algo más de morcilla, que parece que gustó mucho.

La luz de la vela proyectaba lóbregas siluetas. A su alrededor los chorizos colgaban, por docenas, de los maderos que atravesaban la habitación. Había abundancia de todo en ese almacén. Por los aires colgaban cientos de embutidos, por los suelos, sacos con patatas, alubias, harina. Había botes de aceite y hasta alguna conserva.

La madre descolgó chorizo y se lo entregó al muchacho.

—¿Podrás llevarlo mañana?

—Sí, me acercaré en cuanto vea la oportunidad.

Salieron del almacén, cerraron la puerta y, antes de despedirse, la muchacha besó la mejilla del joven.

—Muchas gracias —le dijo.

La historia se repetía cada cierto tiempo. Tal y como había prometido, cogía el paquete y viajaba hasta Baeza para hacer la entrega. Allí acudía a la dirección que tenía anotada y llamaba a la puerta. Una monja abría y, al verle, decía entusiasmada:

—¡Bendito seas!

Las monjas de Linares habían tenido que abandonar el pueblo y se habían visto en la obligación de trasladarse a Baeza. Allí recibían puntualmente los envíos que la devota novia de Julián y su madre les hacían llegar por medio del funcionario de prisiones. Y los embutidos eran muy bien recibidos por las religiosas.

—*Ellas siempre escribían notas en clave dirigidas a mi madre —cuenta Ana, su hija—: «La lana roja nos ha gustado muchísimo y la lana negra no te puedes imaginar cómo nos ha gustado» —le decían.*

Las semanas se consumían en aquella rutina. Julián intentaba hacer compatible su trabajo con esas otras responsabilidades, ajenas a la prisión. Y, a decir verdad, conseguía pasar desapercibido bastante bien. Vivía con emoción esa clandestinidad parcial que, a la vez, le permitía cautivar la mirada de Inés, quien observaba todo aquello como un gran gesto de heroicidad. Pero no era solamente un encuentro con el enamoramiento. Julián observaba con preocupación cómo el terror de los incontrolados que se tomaban la justicia por su mano contaminaba lentamente el país.

Un día, cuando regresó de aquel pueblo, se encontró con un grupo de personas que se agolpaba en la puerta de la cárcel. Al verlo, accedió al interior de las instalaciones desde la puerta de su casa, calle arriba. Cuando llegó a la oficina su padre salía del despacho con las llaves y se dirigía, nervioso, a la galería de los presos.

—¿Qué ocurre? —preguntó al sacerdote.



—Es tu padre, dice que los milicianos quieren asaltar la prisión.

Julián se acercó al despacho de su padre.

—¿Dónde estabas tú? Llevo toda la mañana buscándote... —le preguntó.

—Tuve que ir a Baeza a hacer unos recados.

—¡Unos recados! Tenemos la prisión a punto de ser asaltada y estabas haciendo unos recados.

—¿Qué ha ocurrido?

—Hablaré con ellos. Perturbados. Quieren llevarse a los presos, ¿puedes creerlo? Saldré a la puerta a impedirlo. De aquí no se mueve nadie sin la orden de un juzgado.

—Los milicianos pretendían tornarse la justicia por su mano y mi abuelo tuvo que salir a impedir que los presos fueran sacados de sus celdas aquella tarde. Lo consiguió. Pero un amigo suyo, conocido como el cojo comunista, o alguno de los compañeros de partido le advirtió de que el asalto no se iba a detener allí.

El director, su hijo y el cojo comunista se reunieron a última hora de la tarde para tomar una decisión.

—Julián, se dicen muchas cosas. Los muchachos pretenden volver mañana.

—Aquí no se toca a nadie.

—¿Crees que podemos detener a tanta gente? Los ánimos están muy caldeados.

—Es igual. Los trasladaremos, los soltaremos si hace falta. —Volverán por la mañana. Asaltarán la prisión —dijo el comunista.

—Padre, tenemos que soltar a esta gente —dijo el muchacho.

No era la primera vez que aquella idea rondaba la cabeza del funcionario y de su padre. Pero en esta ocasión, ambos se miraron fijamente y su padre asintió con la cabeza.

A media noche Linares descansaba en una inquieta calma. No era un problema exclusivo de aquel pueblo, sino de la guerra civil que había desvanecido la palabra sosiego en todo el país.

Siempre había tensión en algún extremo de la localidad. Un disparo que resonaba a lo lejos, el eco de las botas de alguna carrera, el traqueteo de una camioneta o el constante zumbido de los aviones que sobrevolaban a gran altura. No había ni siquiera un solo segundo de respiro. Nunca se podía olvidar que el país estaba matándose.

Cuando las campanas del reloj de la plaza sonaron, en el interior de la prisión el funcionario y su amigo, el cojo comunista, se abrigaban.

—Iréis por las calles más pequeñas. No quiero líos —dijo su padre.

—¿Les acompañamos a sus casas?

—A todos. Pero no quiero que nadie salga ni entre por la puerta principal de la prisión. Venís a la oficina y salís a la calle por la puerta de la casa.

Su hijo y el cojo comunista asintieron. Julián miró a su padre y éste colocó con cariño su mano sobre el hombro del muchacho.

—Anda con cuidado, ¿eh?

—Descuida —asintió el chico.

El director les acompañó por la prisión hasta el pasillo de las celdas. Los zapatos resonaban en el suelo. Dentro sólo se escuchaba alguna tos solitaria y el murmullo de la tristeza que

penetraba los muros desde la calle. En el interior de la cárcel de piedra reinaban la oscuridad y el silencio.

Cuando llegaron a las celdas de los presos, cada uno se situó frente a una de las puertas y, lo más silenciosamente que pudieron, corrieron los pestillos.

—Psss... Escucha, despierta—dijo Julián.

El preso abrió los ojos, desconcertado.

—No te asustes. Te voy a llevar a casa. Levántate rápido. Mañana van a asaltar la prisión.

El hombre miró al muchacho.

—Vamos a sacaros a todos —le dijo.

El detenido, un enfermero de Linares, se incorporó en la cama.

—¿De verdad vamos a casa? —preguntó.

—Claro —le dijo—. Pero tenemos que darnos prisa.

Cuando atravesaron la celda, el cojo comunista salía con otro de los detenidos. Los cinco enfilaron el pasillo, atravesaron el patio, pasaron por delante de la zona de las reclusas y subieron las escaleras hacia la oficina. Una vez allí, el director sacó una llave del chaleco y abrió la portezuela que comunicaba directamente con su residencia. Pasaron uno a uno por delante.

—Gracias —dijo el sanitario al pasar a su lado.

Julián, el padre, sonrió.

—No tenemos mucho tiempo —contestó.

Cuando entraron todos, entornó la puerta y se volvió, sin echar la llave. Aquélla iba a ser una noche muy larga.

—No salgáis los dos a la vez —susurró—. Esperad un par de minutos entre uno y otro. Luego enfiláis la calle. Y tened mucho cuidado —concluyó mirando a su hijo.

Aquella iba a ser, en efecto, una noche muy larga. Su padre volvió a las oficinas, el cojo comunista abrió la puerta principal y salió, discretamente, seguido por el atemorizado preso. Una vez que el sonido de sus zapatos se perdió en la distancia, el otro detenido miró al muchacho y le preguntó:

—¿Por qué hacéis esto?

Julián le observó y con una sonrisa contestó:

—Porque es justo.

Salieron minutos después. El muchacho se asomó, miró a un lado y a otro de la calle, y dijo:

—En marcha.

La calle estaba silenciosa. La oscuridad lo invadía todo. Incluso la escasa luz que se dejaba ver en algunas ventanas tenía dificultades para atravesar la penumbra.

El cojo comunista también se internaba en la ciudad. El preso al que acompañaba caminaba con la cabeza inclinada, tratando de disimular, sin mucho éxito, el miedo. Él, por el contrario, observaba a su alrededor altivo, despierto, con la fuerza que proporciona la conciencia a quienes saben que están haciendo lo correcto. Sus pasos resonaban en los muros de las callejuelas, pero las pisadas se perdían en la noche de Linares junto al ladrido lejano de los perros.

En la parte opuesta de la ciudad, Julián tocó la puerta familiar del hombre que le acompañaba.

—Espera detrás de mí hasta que veamos que no hay nadie más dentro —dijo.

Una mujer abrió asustada. Al ver al joven funcionario, su cara se ensombreció. La mujer dio un instintivo paso hacia el interior de la vivienda, pero al descubrir detrás, oculto por el portón, a su marido, el enfermero, su rostro cobró un espontáneo brillo.

—¡Señor! —exclamó llevándose la mano a la boca.

El marido se abalanzó sobre ella, estrechándola entre sus brazos. El muchacho observaba la escena enternecido, sin poder evitarlo.

Esos hombres habían sido detenidos semanas antes delante de sus mujeres y de sus hijos. Nadie sabía cuál era su destino ni lo que les deparaba el futuro. Durante días las familias vivieron en un océano de angustia. Los más afortunados podían acudir a visitarles y a comprobar su estado de salud, pero muchos otros apenas se atrevían a salir de casa ante la amenaza de las detenciones.

—Debes esconderlo aquí esta noche. Mañana van a asaltar la prisión y no podemos garantizar su seguridad —dijo el chico.

La mujer lo observó. Era un buen muchacho. Un buen republicano.

—Mañana deberíais abandonar el pueblo —dijo él—. Llévalo al campo o a casa de algún familiar. Seguramente lo buscarán, pero no serán muy insistentes.

Mientras esto sucedía en un lado de la localidad, el cojo comunista vivía una experiencia parecida en el otro. En aquella noche de incertidumbre, en diversos lugares del pueblo, pequeños rayos de luz salieron de las ventanas. Era como si las luciérnagas estuvieran jugando a favor de las esperanzas en el ser humano. En cada casa, en cada lugar al que llegaban con los detenidos, se vivía un pequeño seísmo de alegría.

La noche iba a ser verdaderamente larga. Cuando el funcionario y su amigo, el cojo comunista, volvieron a encontrarse en la prisión, sus caras rezumaban orgullo. Y una vez más la historia volvía a comenzar. El interior de la prisión, las celdas, el sonido de los zapatos sobre el suelo de piedra. Alguna tos solitaria, los pestillos que chirriaban y las caras de sorpresa, que daban paso a una cascada incesante de expresiones de esperanza. Y así una y otra vez, hasta que veinte presos fueron liberados.

Cuando todo acabó, Julián, su padre y el cojo comunista se sentaron en la oficina alrededor de una vela y junto a una botella de licor. Se miraban a los ojos y brindaban por el futuro.

A la mañana siguiente llegó el grupo de exaltados, pero no encontró a ninguno de los presos. La vela se había consumido con el licor y los funcionarios sonreían irónicos con bolsas en los ojos.

—Se han marchado —dijo el director.

—Esto te va a salir caro, Julián, te va a salir caro —afirmó uno de ellos.

—Déjame ya —contestó—, y la próxima vez que vengas por aquí tráete una orden del juez o de lo contrario no quiero saber nada de vosotros.

*—Mi abuelo, Julián Jiménez Molina, su hijo y el cojo comunista camuflaron como pudieron a los presos y se los llevaron hasta sus domicilios para que las familias pudieran esconderles. En total, liberaron a más de veinte personas —cuenta hoy Ana, la hija de Julián.*

Y las hazañas no murieron con sus protagonistas. Años después, cuando Ana, la hija de Julián, acudió con su hijo al practicante de Linares, quedó extrañada ante las preguntas del anciano.

—¿Cómo dices que se llamaba? ¿Cómo dices que se llamaba tu abuelo? —repitió al chico desde su silla de ruedas.

—Julián —contestó el pequeño.

—¿Y tu abuela?

— Inés, la de los puestos de embutidos —contestó.

Y un brillo recorrió los ojos del sanitario.

—Julián Jiménez, tu abuelo, me salvó la vida una noche —le dijo.

Y no fue el único legado. Todavía hoy Ana Jiménez, cuando pasea por Linares, se encuentra con alguna de las mujeres de aquellos liberados. Y entonces se abrazan y rompen a llorar.

Son cosas de los seres humanos. Porque quizá entonces esos tres hombres desconocieran la dimensión de su gesto, pero aquellos puntos luminosos que brillaron esa noche en Linares dibujaron un completo mapa con las coordenadas de la esperanza y la concordia que contribuyó, sin duda, a crear una red de solidaridad perpetua.

*—Cuando la guerra terminó, mi padre, Julián Jiménez, se dedicó a llevar medicinas a los guerrilleros heridos que vivían ocultos en el monte. Fue descubierto y condenado a muerte. Sin embargo, en el juicio apareció un prestigioso jurista enviado por alguien muy poderoso —relata Ana.*

—Quiero dirigirme al tribunal para llamar la atención sobre lo siguiente —dijo el hombre—. Si ser socialista es liberar a las personas detenidas porque no han sido juzgadas, ¡bendito sea el socialismo! Si ser socialista —insistió— es llevar medicamentos a la gente herida de la sierra, ¡bendito sea el socialismo! —señaló el abogado ante el tribunal franquista.

Y así fue como Julián, cuya pena quedó conmutada, al preguntar quién enviaba a tan eminente jurista fue informado de que el sacerdote Rafael Álvarez Lara había dado instrucciones de garantizar la mejor defensa para ese detenido. Y la historia no terminó allí. Con el tiempo y la transición, Julián tuvo una brillante carrera política y llegó a ser alcalde socialista de Linares. Su amigo Rafael llegó a obispo. Ninguno lo habría logrado sin el otro.



# 7

## Dos años en la buhardilla del minero

Rafael 16

Luis Carlos Yanguas.  
*Foto: Archivo familiar.*



—Maldita sea —pensaba para sí.

—Maldita sea —se decía mientras subía atropelladamente los escalones.

Después un último escalón, una mano en el hombro, y la cara de Rafael, que, asustado, aún tenía fuerzas para sonreír y decir con una voz tan profunda como amable:

—No te preocupes. Sólo hasta que la cosa se calme. No será mucho tiempo.

—Quizá todo acabe pronto, en unos días —pensó él.

El 26 de septiembre de 1936 Luis Carlos Yanguas comenzó un silencioso refugio en el palomar de su vecino, un minero llamado Rafael. Allí escondido, alimentado y protegido de los exaltados, vivió durante dos largos años condenado a observar su propia casa, al otro lado del patio, desde un minúsculo ventanuco.

*—Se vivieron muchos horrores, en uno y otro bando —dice Pilar, la viuda de Luis Carlos Yanguas—, pero también hubo hombres buenos, gente que daba lo poco que tenía por cuidar de los demás sin pensar en ideologías.*

Es una mujer de fuertes ideales conservadores, como lo fue también la familia de su marido. Su voz es un testimonio formidable de vitalidad, de memoria y de convicciones, a pesar de sus ochenta y tres años. Además, resulta muy llamativo el deseo conciliador de esta mujer. La causa, según ella, fue el dolor de la posguerra y la experiencia de su marido.

*—La familia de Rafael, que era muy humilde, lo cuidó, lo alimentó y lo escondió durante dos largos años. Entre tanta barbarie había gente buena, con mucha humanidad.*

Su marido era hermano de José Yanguas, ministro de Estado de Alfonso XIII y embajador ante la Santa Sede, e hijo de José Yanguas Jiménez, un antiguo alcalde de Linares que «hizo mucho por el pueblo —reivindica ella—. Consiguió la traída de aguas, y por aquello hasta le pusieron una estatua en la plaza, aunque después, en la República, fue destruida». Pilar suspira y evoca aquellas palabras que su esposo pronunciaba tantas veces: «La política es muy desagradecida, Pilar, muy desagradecida».

En aquellos tiempos tan convulsos cualquier vinculación de partido podía tener consecuencias fatales. Sin embargo, a diferencia del padre y del hermano, Pilar aclara que Luis Carlos no quería saber nada de la política.

Su estancia en Linares se produjo de forma casi coyuntural. Se escondió porque lo andaban buscando las milicias, dada su

condición de derechas o lo que en aquel momento era lo mismo: las conexiones políticas de su padre y de su hermano José. Con la carrera de Derecho recién acabada, preparaba los estudios para abogado del Estado. Los milicianos, que peinaban Linares, debieron de pensar que seguía estudiando en Madrid, aunque en realidad se encontraba en la ciudad junto a su madre, que por aquel entonces andaba afectada de una grave dolencia de riñón. Ante las primeras noticias del golpe y la tensión que se palpaba por toda la zona, Luis Carlos tomó la decisión de esconderse con ella. Su madre vivía, entonces, al cuidado de un familiar.

*—Un registro rutinario de los milicianos, que se precipitaron, sin mediar palabra, al interior de la casa, le obligó a esconderse en una buhardilla. Fue la primera en la que estuvo. Allí arriba, escondido, acurrucado, rezó y rezó frente a una estampa del Sagrado Corazón —cuenta Pilar.*

Allí aprendió a convivir con el silencio, durante una larga mañana, en los primeros días de sigilo. Y no le encontraron. Fueron unos días terribles que culminaron, el 26 de septiembre de 1936, con la muerte de su madre y con un entierro al que nunca pudo asistir.

*—Al ver el parte de defunción los milicianos pensaron que acudiría al entierro, pero él ya estaba oculto al otro lado de la ciudad. Sabía que lo esperaban y que lo habrían cogido allí— sostiene Pilar.*

Todo aquello lo vivió con un gran sufrimiento porque siempre estuvo muy unido a su madre, que le mimó muchísimo. Su hermana, sin embargo, tuvo más suerte. Gracias a la intervención de un dirigente de la Cruz Roja, que fingió ser su marido, pudo escapar de Linares. Pero para él no encontraron una solución tan sencilla.

Mientras la guerra se acercaba a Linares y las batidas de los milicianos se volvían más meticulosas, algunos miembros de la Cruz Roja, con la mediación de un sacerdote, un tal Álvarez Lara, trataban de gestionar su salida. Entretanto, necesitaba encontrar

otro sitio seguro en el que los milicianos no le buscaran. Después debía esperar hasta que algún enlace ayudase a su evacuación.

Rafael, un trabajador de la mina de plomo Venus, que era propiedad de los Yanguas, se ofreció para cuidarle y ocultarle. La mina de plomo vivía su plenitud cuando estalló la guerra. De allí se extraía la plata y el alcohol de hoja que luego se procesaba en la fábrica de papel de plata de Linares. El minero, que trabajaba para él, también tenía un pequeño palomar, perfecto para esconder a alguien.

—Nadie va a pensar que está escondido a un tiro de piedra de su propia casa —apuntó Rafael.

La posición de la casa era perfecta para todos, pero Yanguas tenía dudas. Desde allí se vería condenado a observar, a través de un ventanillo, el lento deterioro de su antigua vivienda.

—Allí nunca te buscarán —le dijo, en un acto tan desinteresado, bondadoso y humano, que pareció lo natural. Pero no lo era en aquella España. Así que aceptó.

*—Fue una auténtica heroicidad —reconoce Pilar—, porque Rafael sabía que, si en algún momento las milicias llegaban a sospecharlo, él y su familia habrían corrido la peor de las suenas.*

El traslado por las empinadas escaleras del palomar fue algo agitado.

—Maldita sea —susurró al llegar.

—No te preocupes. No será mucho tiempo —dijo Rafael.

—Quizá todo acabe en unos días —pensó, acurrucándose.

Cuando las pupilas de Luis Carlos Yanguas comenzaron a acostumbrarse a la oscuridad, el reducido espacio de cemento y polvo cobró forma. A través del minúsculo ventanuco se proyectaba

un fuerte chorro de luz sobre el suelo de cemento. Junto a él descubrió un camastro, trasladado con gran esfuerzo por Rafael y su mujer la noche anterior, con un viejo colchón encima. Allí también habían dejado unos libros, un fragmento de espejo y un orinal, que Rafael recogería y su mujer limpiaría cada día, en un hospitalario gesto, cuando las circunstancias impidieran a Yanguas bajar. Aquel acto de las deposiciones se convertía para Luis Carlos Yanguas en el primer ejercicio diario de dignidad arrebatada.

La familia de Rafael aceptó a aquel nuevo miembro con algo de inquietud pero sin una sola voz en contra y las pocas veces que Yanguas deambulaba por la casa era tratado como un familiar más.

—Es un primo de la familia —decía uno de los hijos de Rafael, que andaba viéndose con una chiquilla de la zona.

—¿Y por qué está aquí?

—Sólo está de visita.

Nadie debía intuirlo. Ni la novia del chico ni tan siquiera el menor de los hermanos, también llamado Rafael, que era muy joven y podía terminar *largándolo* en la escuela, sin saber la importancia que guardaba todo aquello.

Lentamente la guerra se fue haciendo más intensa, y cebándose con crueldad en la región. Jaén no apoyó a los sublevados. Fue la única provincia de Andalucía que no lo hizo, y eso pese a la llamada del general Gonzalo Queipo de Llano, desde Sevilla, declarando el estado de guerra en toda la región. Las milicias republicanas contestaron haciéndose rápidamente con las calles de la capital. El gobernador civil Luis Ríos Zuñón había dado la orden de facilitarles armas, tras contactar con Madrid y verse empujado por los sectores que defendían la legalidad republicana. La aviación sublevada reaccionó con fuertes bombardeos. Uno de ellos, el 1 de abril de 1937, causó un gran número de muertos y heridos, lo que provocó las iras del Frente Popular y fusilamientos en represalia. Hoy, a la vista de los hechos, el gesto de Rafael cobra

un especial valor. Con las calles tomadas por la ira, Yanguas permaneció protegido entre los miembros de aquella modesta familia, como uno más.

A medida que pasaban las semanas parecía que los escasos objetos que le rodeaban cobraban vida. Fueron su única compañía durante aquellos dramáticos dos años que duró el encierro en el desván. Rafael el minero, en un nuevo gesto de coraje, había recuperado, con una silenciosa incursión nocturna a la vivienda de Yanguas, un viejo transistor y un buen número de libros para él.

El ventanuco de aquel palomar ofrecía una inmejorable perspectiva de su casa. Bien entrada la noche, casi de madrugada, Yanguas pudo distinguir una sombra que atravesaba el patio y se detenía frente a la vieja puerta del que había sido, hasta hacía no mucho, su hogar.

Desde allí le vio dar dos vueltas a la enorme llave, produciendo un sonido hueco, perdido en la noche, que dejó inmovilizada la silueta por unos instantes. Unos segundos más tarde la sombra de Rafael se introducía sigilosamente en la vivienda para salir, pocos minutos después, con los brazos cargados y un bondadoso gesto de satisfacción.

—¡Sí! —exclamó Yanguas para sus adentros, agitando el puño, victorioso, en lo alto de aquel palomar.

Su vida estaba detenida. Cualquier distracción se convertía para él en una gesta de enorme significado vital. Yanguas pasaba las horas y los días envuelto en la lectura. Si la suerte sonreía, contaba con la compañía de Rafael durante unos minutos. Pero la vida de un minero del plomo en tiempos de guerra era muy atareada: trabajar duro para sacar el jornal, acudir al reparto del racionamiento, alguna que otra gestión con los estraperlistas para conseguir verdura y aceite y un poco de vida social para dar la impresión de que, en aquella casa, todo transcurría con normalidad.

Rafael jamás entró en disquisiciones políticas y ni siquiera dijo una palabra cuando, una noche, sintonizó frente a él a Queipo de Llano, que lanzaba sus consignas contra los «traidores de la patria».

Una sola vez hablaron de aquellos asuntos. Un día Yanguas se interesó por su opinión.

—¿Qué opinas tú de todo esto, Rafael? ¿Sigues la política?

—No mucho —dijo.

Ante la insistente mirada de Luis Carlos, Rafael, con cara amable, prosiguió:

—Francisco Largo Caballero estuvo en Linares el 21 de enero. Dio un mitin.

—¿Acudiste? —preguntó Yanguas intrigado.

—Pasé por allí —respondió Rafael.

Nunca más se volvió a mencionar aquello.

Rafael el minero debía de estar en otra orilla ideológica, aunque hoy quedan pocos rastros para saber con precisión su ideología. Todos los intentos de localizar a uno de los hijos, que según Pilar aún seguía con vida, fueron inútiles.

*—Era un hombre bueno —afirma Pilar—, que apostó por la vida. En aquel entonces todos se conocían en el pueblo. Obviamente la mina no era una gran fuente de riqueza para ellos. Rafael, su mujer y sus hijos vivían humildemente en el último piso de aquel edificio. Todo lo que tenían era algunos camastros, una cocina de carbón y unos muebles desvencijados. Por aquellos años un obrero ganaba cinco pesetas, como mucho, y con eso poco se podía comer y mucho menos alimentar a una familia entera en tiempos de guerra. Un cocido alguna vez y poquita verdura, si la cosa iba bien. Las planchas eran de carbón, aunque pocos*

*afortunados podían tener una. Claro que era lo de menos, porque rara vez había algo con sustancia que llevarse a la boca —dibuja Pilar.*

Luis Carlos Yanguas, el hombre de familia adinerada entre cuyas posesiones se encontraba la próspera mina Venus, descubrió en aquel minero justo y desinteresado la realidad social de la España del 36. El empresario tuvo que convivir con los remiendos, los agujeros en el calzado y la angustia de la mesa vacía. Pero Luis Carlos Yanguas admiraba aquella personalidad. Su fortaleza, sus silencios y esa sonrisa comprensiva tan lejana de su mundo y, a la vez, tan cercana. Ese hombre valiente era también fuerte, trabajador y un experimentado minero.

Ninguno de los compañeros de Rafael sospechó jamás en lo que andaba metido. Al fin y al cabo, ese hombre pertenecía a la mina y aquello era una medalla, si se trataba de defender la República.

A medida que pasaban las semanas el estado de ánimo de Luis Carlos Yanguas se degradaba lenta pero incesantemente, como la fachada de su viejo domicilio.

—Algún día tendré que pintar esas paredes —pensaba Yanguas, antes de volver la mirada a su libro.

Apenas comía. Ya sólo intuía la luz del día a través de aquel minúsculo ventanuco. Desde que su madre murió el 26 de septiembre y él se refugió en casa de Rafael, no había vuelto a pisar la calle. Su rostro, ajeno al sol, se fue demacrando. Había días en que su alimentación consistía en un solo tomate, que Rafael le hacía llegar milagrosamente, sorteando la hambruna de su propia familia. Y las secuelas comenzaron a apoderarse de su estómago.

El encierro se hacía más y más insoportable, pero la huida también parecía una ensoñación cada vez más lejana. Se encontraba solo, sin familia, sin dinero y allí metido, día tras día, entre esas cuatro paredes. Rafael y aquel transistor desde el que



cada noche escuchaba los agitados mensajes de Queipo de Llano constituían su única compañía. Esas consignas, a menudo contradictorias con aquella familia que le protegía, se convertían paralelamente en su esperanza.

Una noche sucedió lo peor. La paz de aquel palomar se intuía falsa y frágil, pero era silenciosa. Por eso el violento chasquido retumbó en las paredes e hizo crujir y retorcerse la espina dorsal de Yanguas. Fueron tres golpes secos, lentos, seguros y una suerte de grito, el de la madera del portón que estaba siendo atravesada por el filo de un hacha.

Yanguas, con la noción del tiempo anestesiada, estaba apoyado junto al ventanuco tratando de enhebrar el deshilachado cordón de sus zapatos en el agujero de la lengüeta. Al escuchar ese primer golpe, sus dedos perdieron el cordón. Con el segundo, su espalda se contrajo contra la pared en un reflejo involuntario de falsa seguridad. Con el tercer golpe su respiración se detuvo y sus manos comenzaron a temblar sin remedio. Le habían descubierto.

A aquellos golpes les siguieron órdenes y gritos. Pero, por alguna extraña razón, no se distinguían bien. Los pasos y los golpes se volvían sordos y lejanos mientras las instrucciones se mitigaban en los muros.

—Quizá haya alguien más oculto en esta casa o quizá se ha equivocado de dirección —pensó, mientras respiraba de forma acelerada y apoyaba su oído contra el muro.

Allí no había nadie que interesase a los militares republicanos. Habían abierto una puerta a hachazos, pero no era la de Rafael el minero, sino la de su propia casa, en el patio de enfrente, que estaba siendo asaltada por las milicias republicanas. Yanguas lloró.

Las pilas de libros y papeles desmembrados se consumían humeantes en el patio. El olor a historia quemada y el humo de su pasado invadían el pequeño mundo del palomar. Las milicias quemaban sus libros, sus cartas, sus fotografías, sus recuerdos.

Movían sus muebles, arrancaban las cortinas y bromeaban con sus ropas por el patio. Yanguas observaba aquella endiablada danza sin que ninguno de esos hombres pudiera sospecharlo. Al principio, la ira se apoderó de él y apretó las manos hasta que sintió dolor. Pero la ira fue dando lugar a la pena, la pena al sufrimiento y, al final, a la desidia. Los milicianos permanecieron allí durante días hasta que no quedó mucho que destruir y llegó el alto mando que venía de otros frentes, seguramente perdidos. La casa se convirtió durante semanas en cuartel general republicano.

Los ojos de Luis Carlos Yanguas nunca terminaban de acostumbrarse a la penumbra. Pero cuando por fin lo hicieron, el tiempo, que acaba con todo, había consumido dos años de su vida y toda su mirada, que se volvió huidiza y distante. Ni siquiera conseguía reconocerse en su languidez en aquel fragmento de espejo que Rafael había dejado sobre el colchón de su camastro. Sus ojos se habían vuelto profundos y lejanos, ausentes de brillo, escondidos en las profundas cavidades del dolor.

Una noche, como tantas, Rafael subió al palomar. Yanguas no se levantó del camastro.

—Álvarez Lara vino esta tarde —dijo.

Luis Carlos comprendió aquellas palabras y se giró con ojos brillantes. Las gestiones para evacuarle de la zona no se habían detenido. Las instrucciones de su hermano, desde el extranjero, desde la Santa Sede, comenzaban a surtir efecto. Era obvio que Luis Carlos Yanguas no podía seguir en aquella casa. Los militares frecuentaban la calle y su salud iba consumiéndose a gran velocidad. Parecía que la guerra estaba dando los últimos coletazos, aunque en aquellos momentos, allí arriba, nadie podía decir muy bien en qué dirección.

*—Rafael Alvarez Lara, el único sacerdote de Linares que salvó la vida —según Pilar—, había estado gestionando un falso salvoconducto, con la mediación de la Cruz Roja, para evacuarle hacia la zona franquista.*

El sacerdote no había tenido mucha suerte al empezar la guerra. Los primeros meses los pasó detenido en una prisión de Linares. Allí el hijo del director le ayudaba a conseguir Sagradas Formas para poder dar la comunión a los presos. Pero una vez que fue puesto en libertad, desarrolló una excelente capacidad para el mimetismo. Las milicias republicanas consentían que paseara por el pueblo pero, a cambio, le habían obligado a abandonar la sotana y a vivir una vida de paisano. Eso le permitía caminar con cierta libertad y relacionarse con toda clase de gente, entre ellos un oficial republicano de Jaén que se comprometió a cuidar de Luis Carlos Yanguas y de un primo suyo, que también se encontraba en la ciudad e, igualmente, trataba de abandonarla.

Luis Carlos Yanguas saldría de allí con un guía que pasaba gente de forma clandestina entre Jaén y Granada. La noche de su despedida fue muy emotiva. Yanguas besó la frente de la mujer del minero, puso la mano con ternura en el cogote del hijo mayor y, al girarse, abrazó con fuerza a Rafael.

—Vuestro primo se marcha —oyó decir.

En un traslado relámpago, fueron conducidos a Jaén, donde el oficial republicano los alojó temporalmente. La mujer de aquel militar les proporcionó algo de comida y ropa de milicianos y se encargó de cuidarles, «mostrando un gran respeto». Por fin, en la Navidad de 1938, emprendieron el camino por la sierra, en compañía de unos expertos contrabandistas.

Aquella ruta fue una odisea tan dura como la estancia en el palomar. Las gélidas temperaturas de la sierra jienense hacían cuestionarse cualquier posibilidad de sobrevivir. La nieve empapaba sus ropas y las sandalias de esparto apenas protegían sus pies. Caminaban desfallecidos. Sus fuerzas estaban vencidas por la falta de comida, por el frío y por la ansiedad.

—Pégame un tiro, Luis Carlos —dijo su primo, en medio de la nieve.

No podía sostenerse.

—Pégame un tiro, porque yo no puedo seguir andando.

Luis Carlos lo cogió a hombros, arrastrándolo como pudo durante kilómetros.

—No he llegado hasta aquí para verte morir en esta sierra —le dijo ante la ausente mirada de uno de los contrabandistas.

Finalmente, luces en la distancia, caldo caliente y mantas. Los contrabandistas los condujeron al hogar de unas monjas que atendían a gente que recogían de la sierra. Después, Granada, y de allí, a un campo de concentración hasta que se comprobó la veracidad de su historia.

Tras contactar con su hermano, que era embajador ante la Santa Sede, las autoridades franquistas le concedieron un permiso especial para que pudiera recuperarse en Roma. Allí conoció a Pilar. Después se incorporó al frente en la 32 división, tercer regimiento. Y una vez que terminó la guerra, se casó y se trasladó de nuevo a Linares.

*—Mi marido era muy inteligente, valía muchísimo y era un hombre muy estudioso, pero aquella experiencia lo volvió reservado. Tras el encierro pasaba las noches en vela, dedicado a sus estudios y a sus preocupaciones. Las noches perdieron valor para él y terminaban confundándose con las primeras horas del día. Aquel hombre aprendió en su encierro a zafarse de las rutinas de los hombres. La gente lo quiso mucho, seguramente porque en Linares nunca se destacó mucho en cuestiones políticas —señala su mujer.*

Pero Yanguas había aprendido a vestirse la piel de los demás.

*—Le gustaba mucho estudiar, enterarse de todo. Aquella capacidad de trabajo, adquirida en buena parte en las noches de infortunio, tuvo su recompensa cuando fue nombrado presidente de la mutualidad de empresas mineras, ya después de la guerra. Una*

*etiqueta de gran valor, por aquel entonces, que le permitía mirar por Linares y ayudar a la familia de Rafael. Además, hizo lo posible por compartir todo aquello con su otra preocupación: mirar por la Virgen —dice Pilar.*

Aquel joven introvertido, creyente, estudioso y trabajador tendría hoy más de noventa años. Falleció en 1999 tras dieciséis inviernos de arteriosclerosis en los que Pilar, su mujer, lo cuidó todos los días. La relación con Rafael y su familia se prolongó por los años.

*—Fueron su preocupación más grande —dice ella—. Mi marido recordó lo que les debía hasta el día en que murió, porque esta gente se volcó de forma admirable.*

Rafael se convirtió en un amigo cercano de la familia, que compartía horas silenciosas con Luis Carlos y Pilar en el jardín.

*—Rafael venía a menudo por casa a charlar con Luis Carlos y ambos veían caer el día en el jardín.*

Pilar los observaba allí sentados, silenciosos, una tarde y otra. Como les ocurre a todos aquellos que tienen muchas cosas que contar, ellos aprendieron a hablar sin las palabras.

Hace unos meses, Pilar recibió una llamada de uno de los hijos de Rafael, para felicitarla por su santo.

*—A ver si nos vemos —dijo ella.*

*—Ahora estoy con algo de lío, pero me pasará pronto, cuando la cosa se calme. No será mucho tiempo —le respondió él.*

Lamentablemente, nunca pudieron volver a reunirse porque el hijo de Rafael falleció en Barcelona recientemente.

## 8

# El sacerdote Virgilio y los expedientes 17

Virgilio Valle Pérez El Cordobés, al que conocí, siendo un muchacho, cuando su padre murió tras ser detenido por los sublevados.



En 1936 Virgilio estudiaba en el seminario de San Pelagio, de Córdoba, donde se preparaba para ser cura. El estallido de la guerra lo sorprendió cuando estaba de vacaciones en su pueblo, Palma del Río. Ese día escuchó la noticia, salió a pasear y se detuvo junto a una encina. Permaneció allí unos minutos, ausente, encerrado en su propia nube.

—¿Virgilio?

—Sí —contestó, despertándose.

—Los chicos y yo vamos a escondernos en una finca.

—Ya.

—¿Vendrás con nosotros?

—Sí, supongo... —respondió al tiempo que se incorporaba.

Y ya no volvió a sentarse bajo el tronco del árbol. La región estaba controlada por el Frente Popular y todos los seminaristas tuvieron que refugiarse en un cortijo. Aquel escondite, sin embargo, tampoco duró mucho porque los milicianos terminaron por descubrirlo y entraron en el lugar con amenazas de muerte.

—¡Tú! ¿Qué es ese crucifijo?

—Es que soy seminarista —contestó Virgilio.

—¿Seminarista? ¡Y una mierda! ¡Quítatelo!

Y se lo tuvo que quitar, pero siempre pensó que aquel crucifijo le había salvado la vida de alguna manera.

Después del Frente Popular, llegaron los franquistas. Más de quinientas personas, que apoyaban a la República, murieron fusiladas. Aquello provocó una gran conmoción en la región. El propio Virgilio, al grito de ¡milagro, milagro!, salvó a un miliciano que corría hacia el campanario, distrayendo la atención de los militares y evitando, así, que el fugitivo fuera apresado.

Pero entonces comenzó el proceso de reclutamiento. La quinta de don Virgilio fue reclamada. Quedó alistado, viajó a Cádiz y fue adscrito a la 102 división, como practicante.

Conviene recordar todo esto porque hoy pensamos que aquellos dos bandos que emergieron en España estaban contruidos sobre sesudas certezas ideológicas. Sin embargo, muchas de las personas que terminaron como soldados rasos no lo vivieron así. La vida, a menudo, tiene muy mala baba a la hora de elegir el camino sobre el que nos coloca. Y por eso Virgilio, que había abandonado su pueblo cordobés, Palma del Río, para ser cura y hablar de amor, de espiritualidad, de ética y de principios, se

encontró batallando en el frente del Ebro, primero, y en el de Córdoba, después.

*—¡Pero no pegué ni un tiro en toda la guerra, porque me horrorizaba matar! ¡La primer a vez que disparé, en las prácticas, se me fue la escopeta hacia arriba!*

*—¡Soldado! ¿ Qué ha hecho usted? ¿No ve que podía haber matado a Dios? —me gritó el sargento.*

Quando terminó la guerra, su división se dirigió a Andújar, donde se hicieron cargo del cuartel general, que había sido abandonado por los republicanos.

*—Yo iba de practicante —recuerda—. Entramos en Andújar, donde estaba el cuartel general de la República. Era un local que acababa de abandonar el mando de la República.*

*—¿Libre? —gritó el militar más experimentado.*

*—¡Libre! —contestó uno que se había introducido en el interior del edificio.*

En las guerras pasan estas cosas. Los más experimentados preguntan si se puede avanzar mientras los recién llegados abren el camino. Seguramente, los más experimentados llegan a serlo porque siempre colocan delante a alguien que se expone al fuego y que, por lo tanto, raras veces llega a ser experimentado, porque el camino no suele estar libre. Bueno, el caso es que Virgilio era practicante y podía observarlos a todos sin estorbar ni exponerse demasiado. Y así, siguió a los soldados que, al grito de libre, entraban desbocados, atrepellándose, en el edificio.

Las botas de los militares resonaban en el piso, las puertas se abrían y cerraban, golpeándose los marcos con fuerza. Los gritos rebotaban por todo alrededor.

*—¡Vamos, vamos, vamos! —exclamaba el experimentado.*



Había que cerciorarse de que estaba completamente despejado. Una vez que fue así, los militares dejaron sus armas y empezaron a corretear por las habitaciones. Fue el pistoletazo de salida. Algunos depositaban sus rifles en el piso y otros los dejaban apoyados junto a los marcos de las puertas. Virgilio observaba la escena, desubicado, sin comprenderlo. Apenas le quedaban unas horas para volver a su casa, de permiso, así que tenía la mirada más enfocada en el día siguiente que en el interior de ese edificio.

—Virgilio, arriba hay un montón de cosas, como no corras se las van a llevar todas los chavales —le dijo el más experimentado.

Allí todo el mundo corría con cosas en las manos. Había comenzado una carrera por el pillaje completamente desmesurada.

—Ya —contestó con cierto reparo entrelazando los dedos de las manos, en un gesto muy propio de los seminaristas.

Cada vez comprendía menos aquella guerra. Uno de los militares pasó a su lado con una máquina de escribir en los brazos y unos tinteros entre los dedos.

—Perdón —le dijo sonriendo al chochar contra su brazo.

—¡Que nadie toque estas cajas! —dijo otro, el menos experimentado, que llevaba su propio premio—. ¡Son mías! Virgilio, si ves que se acerca alguien, dímelo. ¡Son mías!

Él asintió mirando hacia el interior de las mismas, donde había lápices, algo de papel y otro tintero.

—Pues vaya botín —pensó.

Entró lentamente en la habitación. Al fondo había un escritorio, majestuoso, que presidía la estancia. Sobre el mismo había siluetas dibujadas en el polvo, seguramente de una lámpara hurtada, un tintero y, quizá, por el tamaño, una cuartilla de papel. Junto a la mesa descansaban cajas llenas de papeles que todavía no habían

sido revisadas por los militares. Ellos se afanaban buscando objetos más golosos en las habitaciones del fondo. Junto a todo eso había una silla vacía. Se sentó, apoyó la culata del fusil en el suelo y empezó a dibujar con los dedos sobre el polvo de la mesa mientras escuchaba a los muchachos. Un militar se asomó a la puerta.

—Te veo lento —rió.

—Corre tú, que te van a dejar sin nada —contestó.

Virgilio observó las cajas que había junto a la mesa. Algunos papeles sobresalían y otros estaban esparcidos por el suelo. Se inclinó. Levantó sin mucho interés un ala de cartón y sacó una ficha. Era un expediente, una declaración o algo así. Comenzó a leer distraídamente para pasar el rato.

—¡Crash! —un fuerte golpe resonó fuera.

Se sobresaltó y levantó la mirada hacia la calle. Una silla había atravesado la ventana de la habitación contigua y salía despedida llevándose por delante los cristales y provocando un escandaloso griterío.

—¡Animal! —reía uno.

—¡A la mierda! —contestaba otro.

Al volver la mirada hacia el papel distinguió el nombre de su pueblo, «Palma del Río». Le llamó la atención y comenzó a leerlo con más interés.

«Expediente —decía—, declaración por la que jura que doña Fulanita, que reside actualmente en Palma del Río, se ha pasado a las filas republicanas, declarando que, con anterioridad, prestó servicios a los militares sublevados...»

Virgilio notó cómo su respiración se aceleraba. Dejó el papel sobre la mesa y extrajo otro.

«Que don Fulanito jura que su vecino, antes en las filas de los militares sublevados y ahora prestando servicios a la República...»

Al leerlo, lo depositó sobre el anterior, sacó otro y lo leyó. Y así, uno a uno, uno tras otro, fue observando aquellas fichas y dejándolas sobre la mesa.

*—Entramos en el local que había abandonado el mando de la República. Cada uno cogía lo que le daba la gana: muebles, objetos, una máquina de escribir. Yo me fui donde estaban los papeles y allí me encontré las fichas de todos los que en mi pueblo se habían pasado a las filas de los republicanos. Empecé a mirar y vi cantidad de fichas de hijos de mi pueblo que se habían pasado a las filas rojas. Entre ellos, incluso, mujeres, porque apenas quedaban ya hombres en el pueblo.*

Observó la caja y todas aquellas fichas que había colocado sobre la mesa. Miró a su alrededor nervioso sin saber qué hacer. Esas fichas de quienes habían desertado del bando nacional constituían en aquel momento verdaderas sentencias de muerte.

—¿Qué? ¿Interesante? —gritó uno desde la puerta.

—Papeles —contestó Virgilio.

Volvió a meter todas aquellas fichas en la caja y las tapó cuidadosamente.

Aquella tarde volvió a su casa. Conchita, su madre, cogió el uniforme y el resto de las ropas, hirvió agua en un gran caldero y con un palo los introdujo allí para desinfectarlos y eliminar los chinches que se adherían al tejido.

Esa era una liturgia habitual en la guerra civil. Mientras las batallas se libraban en los frentes, los militares volvían esporádicamente a sus casas, donde se hacía una vida relativamente normal. Así podían descansar ajenos a lo que se libraba unos kilómetros más allá. La vida seguía, con una

inexplicable rutina, en una parte amplia del país y el ritual de las ropas desinfectadas se repetía una y otra vez, de permiso en permiso, a lo largo y ancho de nuestras carreteras.

No habló mucho aquella tarde.

—Algo te pasa —dijo su madre.

Era una buena mujer. Valiente, sacrificada y devota. Él la observó junto al fuego de la cocina, preocupada por sus ropas.

—Ocurrió algo en Andújar... —dijo.

—¿Querrás cenar pronto? —contestó su madre

—...algo importante, madre.

—Sí, te escucho, te escucho, pero dime cuánta hambre traes.

Virgilio cambió de tema y su madre, aunque se dio cuenta — porque las madres siempre se dan cuenta de eso—, sirvió la cena, ya que lo primero era alimentarse. Estaban sentados en la cocina, junto a la estufa de carbón, de donde emergían suaves llamaradas. Así podían cocinar y calentarse al tiempo. Fuera oscurecía. La habitación se iluminaba levemente con las luces de las llamas. Sobre la mesa había unos platos con caldo y junto a ellos unos curruscos de pan de trigo. Virgilio tenía veinticuatro años.

—Pasábamos hambre en el Ebro —dijo, apurando la cuchara.

—Toma, toma pan, hijo.

—Lo echaba de menos. Madre, ¿sabes que allí no hay ni pan de trigo? Teníamos que comer pan de maíz.

—Es fuerte para el estómago.

—Sí. A todos los andaluces que estábamos allí nos sentó mal —sonrió.

—Ahora, con la cartilla de racionamiento, tampoco llega casi comida aquí.

Mientras sorbía educadamente la cuchara observó la mesa y la cocina. Miró a su madre y, de pronto, sintió una inmensa ternura. Se la imaginó acudiendo a comprar con la cartilla entre las manos y tratando de obtener algo más de los estraperlistas. La supuso esperando con el capazo durante horas en aquella fila para poder conseguir dos miserables curruscos de pan para sus hijos. Entonces se pasaba mucha, muchísima hambre. Seguramente su madre ni siquiera comía así todos los días. Pero su hijo, que estudiaba para cura y ahora luchaba en la guerra, volvía a casa.

La imagen del hambre marcó a Virgilio, que siguió en el seminario al terminar la guerra. Estudió en la Universidad Pontificia de Comillas, en Santander. Cuando salió de cura, en el año 44, se encontró con una España sembrada de cenizas.

*—Había mucha necesidad y aun en el mismo seminario pasábamos hambre. Me mandaron a Guadalcazar, a unos veintidós kilómetros de Córdoba, y cuando llegué allí la hambruna era grandísima.*

No había pan, no había aceite ni ninguna otra cosa que llevarse a la boca. Todo se gestionaba a través de la cartilla de racionamiento.

Guadalcazar tenía unos cinco o seis mil habitantes. Era un pueblo completamente campesino. Él había pasado previamente por Palma del Río y conocía ya las secuelas del hambre. Así que la situación de la localidad no le sorprendió demasiado. Pero hubo algo que arañó el carácter de aquel hombre más que la propia imagen de la hambruna y la desesperación. El cura observó cómo algunos de los vecinos se enriquecían con la venta de la comida y el trigo de estraperlo.

Virgilio sonrió desde el pulpito el día de la misa mayor. Fue durante su primera misa. Observó en silencio a la congregación.

Hombres y mujeres del campo le vigilaban atentamente. Labradores agotados, mujeres delgadas, chiquillos de pantalones roídos y bracitos consumidos por la hambruna. La iglesia estaba especialmente abarrotada. Todos esperaban con interés la llegada del nuevo cura. Silencio. Virgilio los miró. Alguna tos.

—Que la maldición de Dios caiga sobre nuestro pueblo si consentimos que una sola persona se muera de hambre —dijo.

Y dirigió su mirada a los bancos que ocupaban los hombres más ricos de la localidad. Uno de ellos, orondo, lo miró incómodo, subió la barbilla desafiante sin retirar los ojos del cura y carraspeó. Pero Virgilio mantuvo la mirada, con humildad, hasta que el hombre retiró los ojos y se acomodó en su asiento respirando profundamente. Y aquel gesto se entendió. El pueblo entero observó a un lado y al otro y las caras de los labradores cobraron un rayo de esperanza.

No fueron unas palabras vacías. Desde el momento en que las pronunció, asumió el compromiso de hacer suya esa responsabilidad. Virgilio navegó con habilidad en esa España descompuesta y consiguió llevar alimentos a la comunidad. Lo hizo gracias a los vales que le entregaba de tapadillo José María Revuelta Prieto, el gobernador civil, por aquello de que era un cura. El acudía con cierta asiduidad a Córdoba a por ellos y así podía llevar harina al pueblo. Además desarrolló una maña especial para tratar con los estraperlistas de Castro del Río, de los que obtenía camiones y camiones de aceite, porque entonces no había de eso en las cartillas de racionamiento.

*—Y aquí me tiene a mí, un simple cura, entregado por completo a ir a Córdoba, a abastos, a pedir vales de harina para que al pueblo no le faltara pan. Y llegó el momento en que se enteraron los de la fiscalía. Me llamaron allí porque se habían enterado de que traía camiones y las repartía entre la gente del pueblo.*

Virgilio fue retenido en el ayuntamiento, acusado de realizar transacciones con alimentos requisados. El fiscal pretendía

levantarle acta y conseguir su firma.

*—Levánteme usted acta —le dije—, que no la voy afirmar con tinta sino con sangre, porque es lo mejor que he hecho en mi vida: dar de comer a la gente.*

Y cuenta Virgilio, riéndose, que los habitantes de Guadalcázar, al saber que se hallaba detenido en la fiscalía, irrumpieron en el salón de plenos, en el que se encontraba retenido, y gritaron:

—¡Viva nuestro cura que nos da de comer!

Pero todo aquello sucedería muchos años después de aquel día en que cenaba en casa de su madre, preocupado por las fichas, que es el caso que nos ocupa.

—¿Viste muchos horrores? —preguntó ella.

—En uno y otro lado, madre.

Su madre se extrañó por aquella respuesta. Pensará el lector, con cierta razón, que al fin y al cabo Virgilio se alistó en el bando de los sublevados porque pertenecía a ese colectivo, el de los religiosos, que tuvo un triste protagonismo en esa etapa tan oscura que fue la guerra civil. Y es cierto. Sin embargo, aunque él mismo afirmaba que «antes de la guerra no había quien viviera», se verá que, el día en que la vida lo colocó frente al cruce de caminos que dirige hacia la concordia, Virgilio se armó de valor y mandó al garete todo lo que se esperaba de él —o quizá lo que hizo fue todo lo contrario—. Seguramente porque Virgilio era un hombre de paz.

—Mira esto —dijo, y sacó de su bolsillo un papel doblado en cuatro secciones.

Su madre lo observó. Apenas sabía leer, así que lo desplegó y lo fue interpretando con cierta lentitud. Virgilio observaba su cara. De la curiosidad pasó a la seriedad y de allí al terreno de la preocupación. Su rostro se nubló. Enmudeció.

—Sí, es ella. Dice que se pasó a la República —interrumpió Virgilio.

—Pero ¿dónde lo encontraste?

—Una sentencia de muerte, madre. Si alguien descubriera este papel se convertiría en una sentencia de muerte.

—¿Te vieron cogerlo?

—No, estaban todos pendientes de otras cosas.

La madre cubrió su boca con una mano mientras leía detenidamente el expediente. Allí había datos, nombres, declaraciones de vecinos. Estaba todo, todo lo que podía conducirte al paredón si caía en manos del bando contrario.

—No es el único.

—¿Encontraste más?

—Cientos de ellos. Mucha gente del pueblo, la mayor parte mujeres.

—¿Qué hiciste con ellos?

—Están allí, madre.

Virgilio dirigió su mirada hacia la puerta. Allí estaban su abrigo, una mochila vacía y una caja de cartón cerrada, sin etiquetas ni anotaciones.

La noche se había apoderado de la localidad. La habitación olía a caldo. Fuera sólo se escuchaba algún ladrido, y de vez en cuando, a lo lejos, los cascos de un caballo que atravesaba el pueblo. Su madre le miró.

—No sabía qué hacer, por eso lo traje —dijo con voz sufrida.



—Hiciste bien —le tranquilizó ella.

—No quería meterla en esto, pero no sabía qué podía hacer.

Su madre se levantó silenciosamente, recogió los platos de la mesa, cerró las cortinas de la ventana, cerró la puerta de la cocina para evitar que los hermanos de Virgilio se despertasen y se dirigió hacia la caja de cartón. Al abrirla miró al interior y colocó todo aquello sobre la mesa de la habitación.

—Están todos. Todos los que cambiaron de bando.

—¿No lo sabrá nadie más? —preguntó ella.

—Nadie, solamente usted y yo.

Su madre se sentó frente a él. Era sólo un chico.

—No sé qué debo hacer. Si alguien se enterara alguna vez de que cogí estos papeles...

—Nadie debe saberlo, ¿me oyes, Virgilio? Nadie.

—Por nada lo matan a uno... Imagínese por uno que se haya pasado y que haya desertado del ejército —contestó el seminarista—. Si los hubiera entregado, los habrían matado a todos.

Su madre observó algunas fichas más. Allí estaban también las declaraciones de hombres y mujeres de izquierdas de su ciudad documentando los desmanes de algunos fascistas. Los relatores de aquellos informes eran personas que habían logrado sobrevivir.

Conchita, de vez en cuando, levantaba la mirada y dirigía una sonrisa preocupada, pero cargada de orgullo, a su hijo. Finalmente, cogió los papeles, los sacó de la caja y los colocó encima de la mesa.

—Madre, yo... —dijo Virgilio.

—No te preocupes, cariño.

Y entonces su mano tomó una de las fichas y dibujó un veloz camino en el aire. Y sonrió a su hijo. Y comenzó la danza nocturna.

La llama de los héroes jugó a bailar entre los vivos. El papel cayó sobre las ascuas de la cocina de carbón y avivó el fuego. Se avivó tanto que se dibujaron sombras en las paredes, devolviendo por un momento la luz a su cara.

Aquel fuego desdibujaba el miedo. Aquellas llamas purificaban la conciencia de este país y proyectaban sombras en las paredes, esbozando iconos de reconciliación.

Virgilio lo observaba hipnotizado. Miró a su madre y, extendiendo su mano, cogió una ficha, se desplazó hacia el hueco del carbón y la dejó volar. El papel cayó planeando, moviéndose graciosamente, hacia el interior. Las ascuas vieron cómo llegaba hacia ellas otro testimonio y se aferraron a él, destruyéndolo. El fuego se alimentó de la celulosa, la superficie se ennegreció y las fotografías empezaron a perder su definición. En unos segundos las llamas devoraban todas aquellas semillas y las transformaban en esperanzas. Los expedientes desaparecían rápidamente, uno tras otro, entre las brasas, que pedían más y más para alimentarse.

Madre e hijo seguían aquel ritual, primero absortos, después hipnotizados y luego divertidos. Fuera todo era oscuridad. En aquella habitación todo era luz. La preocupación se fue transformando en alegría. Comenzaron a reír en ese concierto de esperanzas, mientras los papeles ardían en la vieja cocina de carbón de la vivienda. Los textos chisporroteaban en su transformación. Se volvían humo y atravesaban, ascendiendo, la chimenea. Surcaban el aire retozando, juguetones, y se perdían en la lejanía, disipándose con los temores y convirtiéndose en futuro.

*—Me las traje a casa y no se las enseñé a nadie porque se habrían convertido en sentencias de muerte. Entre mi madre y yo quemamos todos los expedientes en la cocina y nos quedamos*

*tranquilísimos. Una de las cosas más buenas que he hecho en mi vida fue quemar todo aquello. Si lo hubieran cogido las autoridades de aquellos tiempos, imagínate. Sí, yo robé esas fichas. Y me quedé tan tranquilo...*

Aquella noche Virgilio durmió envuelto en una nube de paz y quizá fue la primera vez que pudo conciliar el sueño plácidamente en todos esos meses.

Ese gesto, esas llamas, representaban el futuro para decenas de hombres y mujeres de este país cuyos descendientes, aún hoy, continúan sin saberlo. Algunos de esos nombres pasaron fugazmente frente a los ojos de Virgilio y de su madre durante la lectura y es muy probable que llegaran a cruzarse con él por la calle o años más tarde en la parroquia.

—Buenos días, don Virgilio.

—Hola, pequeña, ¿cómo se encuentra tu abuela?

—Ha tenido algunos achaques, pero está mejor. Son cosas de la edad.

—No me hables de edad a mí, ja, ja, ja. Dile que espero que se mejore.

—Descuide, lo haré.

Y Virgilio sonreiría.

*—Yo, predicador, he sido muy poco, porque he sido muy torpe, pero lo que me ha dominado, más que nada, ha sido amar al prójimo.*

Así lo cuenta todavía hoy Virgilio, pues debe saber el lector que, si visita Palma del Río y tiene suerte, aún podrá toparse con Virgilio Valle Pérez. A su edad, más de noventa años, goza de una admirable vitalidad que proyecta, a menudo, caminando por sus

calles o sentado en su zahurdilla, una parcela rehabilitada en la que el sacerdote observa la vida junto a la encina de su propiedad.

## 9

### El oasis de los dos bandos 18



Familia de Pascuala y Alejandro Mena. De izquierda a derecha. Arriba: Paco y Felipe.  
Abajo: Máximo, Pascuala, Víctor, Alejandro y Luis.  
*Foto: Archivo familiar.*

Cuando abrió las contraventanas la luz entró con fuerza, iluminando el dormitorio, y Pascuala se despertó. Estiró los brazos para desperezarse. Alejandro estaba de pie junto a la ventana, observando el monte con fijeza mientras se abotonaba la camisa.

—¡Qué tarde parece! —dijo ella.

Él asintió despacio. Parecía cansado. También ella lo estaba. El camino al caserío el día anterior, con los chicos, los perros y el carro cargado hasta los topes, había sido agotador. No se explica de otra forma que amanecieran tan tarde aquel día. Los gallos habían

cantado y la vida del campo no permitía esas licencias, más propias de la vida moderna que de aquella época.

—Nos hacemos mayores, Alejandro —dijo ella, mirándole desde la cama.

—Es extraño lo de este árbol —contestó él.

—Parecemos ancianos, ¿te das cuenta?

—Somos ancianos, Pascuala.

Pascuala le observó. Estaban mayores, más de lo que correspondía. En su rostro, pese a tener la piel curtida por el sol, se dibujaban caballones impropios de su edad.

—No hay un solo árbol a la redonda y éste tiene el tronco más ancho que he visto —insistió él, absorto.

—Resiste con fuerza —contestó Pascuala—. Igual si viene frío que si cae la solana —añadió, incorporándose con esfuerzo. Los muchachos ya se habían despertado. Víctor, el pequeño, esperaba pacientemente sentado en una sillita de madera, junto a las brasas del día anterior, mientras uno de sus hermanos encendía la hoguera. Otros dos habían salido a orinar en el arbusto. El resto revoloteaban nerviosos por la estancia inferior.

—Luis, ¡tira a la fuente a lavarte, que te veo! —se oyó a su madre desde el piso de arriba.

Era uno de los pequeños. El chico hizo una mueca para librarse, pero al verla aparecer por la escalera no le quedó más remedio que correr a echarse agua. Máximo, que era el más dandi, se retocaba con cuidado el pelo y se colocaba la camisa.

—Vamos, vamos, id con los animales. ¡Qué tarde se ha hecho hoy! —murmuró su madre al aparecer.

Era la primera tarea de la jornada. Antes de desayunar los chicos arreglaban las cuadras, daban de comer y preparaban el día de aquellos animales con los que no pastoreaban. Después ella preparaba las gachas, una pasta cocida hecha con diferentes harinas, que se servía en cuencos de barro.

—¡Madre! —gritó una de las hermanas, que bajaba precipitadamente por las escaleras—, los chicos han metido a los perros en nuestra habitación.

Los cinco muchachos rompieron a reír.



El caserío, hoy, ubicado en el monte entre Ores y Farasdues (*Zaragoza*).

—No sé dónde encontráis la energía —dijo—. En esta casa no hay un minuto de descanso.

Cuando el padre asomó por la escalera, se acabaron las risas. El pequeño se levantó de su asiento y agarró la pernera de su padre. Éste contestó al gesto acariciando su cabeza con la mano.

—¡Buenos días! —dijo en voz alta.

Marcelina, Paco, Ignacia, Felipe, Máximo, Luis —el más gamberrillo— y Víctor —el pequeño que se había sujetado a la pernera— contestaron al unísono con cierto desorden.

—¡Buenos días! —dijeron.

*—Estaban acostumbrados a vivir en el monte. Alejandro y Pascuala pasaban largas temporadas en el caserío, entre Ores y Farasdues, en la provincia de Zaragoza. Tenían ocho hijos, dos de los cuales eran niñas. A las muchachas les gustaba más estar en Ores pero a los chicos, más asilvestrados, la escuela les resultaba un incordio. Julio, el mayor de ellos, estaba en la guerra. Ni siquiera había tenido tiempo de posar en la fotografía familiar que se habían hecho unas semanas antes —cuenta Isabel, la hija de Paco.*

Por la mañana dos de ellos se echaban al monte con las escopetas en busca de alguna liebre o una paloma para complementar la comida. Ellas bajaban con uno de los muchachos o con el padre a las faenas del campo, que consistían, básicamente, en trillar y recoger la oliva o las almendras. La madre, más cansada por la edad, permanecía en la casa dando de comer a las gallinas y a los conejos, limpiando la cuadra y ordenando el trigo. Mientras, los dos más pequeños marchaban con los perros y las ovejas a pastorear. Víctor, el menor de todos, era el único que se quedaba por allí, rondando, y ayudaba de vez en cuando con la comida de las gallinas o revoloteaba de aquí para allá sin una tarea encomendada.

A media mañana su madre salió de la cuadra con un cesto bajo el brazo y se lo encontró sentado jugando bajo el árbol. Verlo allí, solo, le produjo una inmensa ternura y se acercó.

—¿No vienes a las gallinas?

—Estoy jugando —afirmó el pequeño sin levantar la mirada.

—Bueno —dijo ella, girándose.



—Mamá, ¿por qué es tan grande el árbol? ¿Por qué no hay ninguno más?

Se parecía a su padre.

—Es que un día fue un gigante —contestó.

—Los gigantes no existen.

—¡Que no existen! —exclamó.

—No.

—Tendrías que haber visto a Fermín Arrudi. Le llamaban el Gigante Aragonés. Medía dos metros y medio y tenía una fuerza descomunal.

El chico miró a su madre con los ojos como platos. Ésta se dirigió al corral. El se levantó y la siguió.

—¿Tú lo viste?

—No, me lo contó la abuela.

—¿Y el árbol es un gigante?

—Igual lo fue, sí.

En verdad había un árbol enorme que todavía hoy se encuentra frente a la casa. Tiene el tronco tan grande que los muchachos de la familia no eran capaces de abarcarlo con sus brazos. No sabemos si algún día fue un gigante, pero si lo fue, debió de ser titánico. Además la soledad en que se encuentra hace más evidente la anomalía. Con él no hay otros gigantes, no hay ni siquiera otros más enanos. La vegetación del lugar se compone exclusivamente de matojo, así que cuando el calor pegaba en aquel solanar sus ramas se convertían en el único espacio donde cobijarse.

Tanto durante el almuerzo como por la noche, el alboroto regresaba a la casa. Dado que las tierras estaban cerca, era raro el día en que los muchachos no comían juntos. Esos eran los momentos en los que se aprovechaba para hablar de la jornada, bromear y compartir el rato.

No había muchos entretenimientos por allí y apenas pasaba gente. Algún vendedor que se echaba las fajas a la espalda y recorría el camino, masía por masía, vendiendo el género, o algún ganadero que llegaba a caballo con los animales. Y como las visitas eran tan escasas se convertían en todo un acontecimiento. No era extraño, incluso, que el ganadero o el vendedor se quedara a comer y, a menudo, a pasar la noche. Eran tiempos en los que la hospitalidad tenía un sentido mucho más amplio.

Por lo demás las únicas reuniones sociales que se repetían con cierta asiduidad consistían en acudir de tarde en tarde a la iglesia del pueblo, único lugar donde podían verse todos los vecinos para organizar la matanza del cerdo en alguno de los caseríos. Este era un acontecimiento que se repetía a menudo y en el que toda la familia se empleaba a fondo. En realidad se trataba de una buena excusa para intercambiarse cosas, desde ropas hasta rumores, aunque finalmente la mitad de la matanza —cuyo sentido principal era fabricar los embutidos— se consumiera ese mismo día.

Corría el año 1936 la primera vez que aquellos hombres llegaron por allí. Alejandro estaba en la casa arreglando las cuadras y atendiendo a los burros. Su mujer preparaba la comida y el pequeño Víctor jugaba en los alrededores, correteando y lanzando piedras al aire, cuando los vio aparecer. Eran cuatro e iban armados.

—¡Eh, psst, zagal!

—¿Qué? —contestó altivo.

—¿Están tus padres ahí?

—Sí.

—¿Hay militares?

—No.

—¿Puedes decirle a tu padre que salga?

—Tenemos un gigante —contestó desafiante—. Está junto a la casa —y se marchó veloz.

Los hombres se miraron sin comprender, aunque, por si acaso, se movieron cautelosos en la dirección del chico. Quizá hablaba de uno de los hermanos o a lo mejor se refería a un perro, o lo mismo se trataba de alguna bestia, quién sabe. De cualquier forma, y por si acaso —que no eran tiempos de andar confiando en nadie—, los hombres miraban a su alrededor, con precaución, mientras caminaban.

El muchacho salió como un relámpago, atravesó el camino, pasó junto al carro, se acercó a la casa y entró raudo en la habitación, en busca de su padre.

—¡Papá, papá! Hay unos hombres en el camino —dijo fatigado.

—¿Cómo unos hombres?

—Llevan escopeta —continuó el niño—. Y les he dicho lo del gigante —concluyó.

Alejandro se acercó al marco de la puerta y los vio. Efectivamente, el grupo de hombres iba armado y se acercaba a la casa. No vestían de uniforme. Alejandro volvió la vista hacia el fondo de la cocina, donde guardaba la carabina. Quedaba lejos.

—Niñas, id arriba —dijo.

Pascuala las cogió y las condujo al dormitorio del piso superior.

Él salió de la casa.

—¡Buenos días! —dijeron.

El labrador contestó con un gesto de cabeza y muestras de desconfianza.

—¿Puedo ayudarles?

—Sólo buscamos algo de comida —afirmó uno de los hombres.

—Ya —contestó él.

—Si pudieran darnos un poco de agua y algo de pan, nos marcharemos en cuanto hayamos descansado un poco.

Alejandro los observó. No tenían cara de malas personas. Bueno, no es que eso sea una garantía siempre, pero tampoco es un mal comienzo. Aun con todo, hay que pensar que aquellos tiempos eran diferentes a los de ahora. Para empezar, una familia que vivía gran parte del año en la soledad de la montaña sabía cuidarse bien. Por otra parte, ocho hijos componen un pequeño escuadrón y si a eso le añadimos que gozaban del coraje que regala la montaña y que no les faltaban las armas en casa, el miedo se reducía considerablemente. Por si fuera poco, y esto es mucho más importante, los milicianos habían dado con un hogar de buenas personas.

En todo caso, venían exhaustos y, a pesar de su aspecto desaliñado, presentaban más bien una estampa patética que inspiraba más pena que miedo.

—¡Pascuala! —gritó.

La mujer bajó las escaleras y se acercó intrigada.

—A ver si puedes prepararles algo de comer a esta gente —dijo sin retirarles la vista.

—No les molestaremos mucho —afirmó uno de ellos.

—Esperen por ahí —contestó Alejandro señalando hacia el gigante.

Los hombres se dirigieron al árbol y se apostaron debajo. Pascuala fue generosa en su hospitalidad. Sacó un caldo, pan y un poco de vino. Los milicianos miraban la comida con auténtica devoción. Parecía que llevasen semanas sin probar bocado.

—¡Víctor! —exclamó el padre—. Echa un vistazo al camino, no vayan a llegar los militares.

La zona estaba controlada por los militares franquistas. Si se hubieran encontrado allí con los milicianos, el resultado habría sido desastroso.

El pequeño cogió al perro pastor y corrió hacia el camino. Al verle, uno de los milicianos se dirigió hacia él y le preguntó:

—¿Qué? ¿Te llevas al gigante?

—Éste no es el gigante —contestó el chico—. El gigante te está vigilando.

Era una época dominada por el miedo, por el temor a las indiscreciones, por los peligros que acarrearaba un descuido y por la permanente sensación de que alguien te estaba espiando.

Después de comer, tal y como habían prometido, dieron las gracias educadamente, una y otra vez, y se marcharon con el mismo sigilo con el que habían llegado.

A la hora de la cena, cuando Paco y Felipe llegaron de cazar, no podían creer la historia. No pasaban muchas cosas por allí y perderse el acontecimiento del mes no era plato de buen gusto en una familia de ocho hermanos.

—Y les dije que teníamos un gigante y se pensaron que era el perro —decía el pequeño, protagonista absoluto de la jornada, pues,

al fin y al cabo, él había sido el primero de todos en avistar a los forasteros.

— Nos quedamos en la habitación sin hacer ruido —añadían las muchachas.

—¡Cómo comían! —decía Pascuala—. ¡Como si no hubieran comido en meses!

Alejandro, el padre, observaba la conversación junto a la lumbre, con los brazos cruzados, preguntándose qué pasaría a continuación.

Lo que sucedió no fue, en absoluto, previsible. Pocos días después los hombres volvieron por allí y la historia se repitió. Víctor, el pequeño, los vio en el camino, salió como un relámpago, pasó junto al carro, se acercó a la casa y entró raudo en la habitación buscando a su padre. Él se asomó a la puerta e hizo un gesto con la cabeza a modo de saludo. No es que le molestara en exceso aquella visita pero, en su fuero interno, todavía tenía dudas de las consecuencias de la misma.

—Traemos dinero —le dijeron esta vez—. Podemos comprar unos huevos y algo de pan.

Pascuala les volvió a dar de comer. Ellos engulleron mientras el pequeño paseaba con el perro por los alrededores, por si a los militares se les ocurría pasar por allí.

Aquel día sí que estaban en casa Paco y Felipe. Al verlos bajo el árbol, los muchachos se acercaron a charlar. Eran algo mayores que ellos, que rondaban ya los quince años, pero no mucho más. Su padre los observaba en la distancia, temeroso de que los chicos pudieran sentirse atraídos por los milicianos. Pero a los muchachos la aventura de los guerrilleros les producía más curiosidad que envidia.

—Venimos huyendo desde el otro lado de las montañas —contaban.

—¿Y si os cogen?

—Imagínalo. Dormimos por ahí, en los pajares, en donde nos quieren dar refugio. Y si pintan malas, pues en pleno campo.

—Por aquí vemos algún militar de vez en cuando —le contó Paco.

—Más vale que estéis vigilantes —dijo uno de los milicianos—. Si nos ven aquí se puede montar un cristo del demonio. —El Víctor está por el camino con el perro.

—Está toda la zona repletita —contó otro de los guerrilleros.

Después de devorar la comida y saciar la charla, descansaron un poco bajo el árbol y se marcharon por donde habían venido, no sin haber dado las gracias con insistencia. Al pasar junto al crío y su perro, uno de ellos le puso la mano sobre la cabeza y le sonrió, despidiéndose.

Aquellas visitas comenzaron a convertirse en una suerte de rutina. La voz se había corrido entre aquella gente, de alguna forma que nadie alcanzaba a comprender, y muy de vez en cuando se presentaban por allí pequeños grupos de guerrilleros buscando algo de sosiego.

Los muchachos entablaban animosa charla con ellos, mientras los milicianos descansaban o saciaban el estómago tranquilamente. Víctor, el pequeño, correteaba por los montes, vigilante, jugando a ser guerrillero o militar.

Un día, sin embargo, en uno de sus paseos, regresó corriendo, exhausto.

—¡Los militares, vienen los militares! —gritaba.

Los milicianos se pusieron de pie, tan rápido como pudieron. Presos del pánico, agarraron sus cosas, se despidieron a toda

velocidad y desaparecieron montaña abajo. Alejandro envió a las muchachas arriba y se dirigió hacia el camino.

Cuando llegaron ya no quedaba rastro alguno de los guerrilleros.

—¡Buenos días! ¿Está tu padre? —oyó que preguntaban a Paco.

—Ahora le digo que venga —dijo el chico.

Su padre asomó por la linde del camino.

—Buenos días.

—¿Qué, mucho trabajo? —preguntó el militar.

—Algo tenemos, sí —contestó el agricultor.

—¿Nos darían un poco de agua? Venimos cansados y cae una auténtica solana.

—Claro, vengan —dijo, volviéndose hacia la casa—. ¡Pascuala! Sácate un poco de agua.

—¡Menudo árbol tienen! —saludó otro militar.

—Es un gigante —contestó el chico.

—¿Quieren comer algo? Podemos darles un poco de pan y algo de queso.

—Pues sería agradecido, sí, señor.

Pascuala sacó unas viandas de la casa, que fueron muy bien recibidas. Mientras comían, los muchachos charlaban con ellos.

—Tenemos un hermano que está en el ejército. Se llama Julio.

—¿Con los nuestros, claro?



—Claro —respondían, sin saber muy bien quiénes eran los nuestros.

Mientras los militares descansaban bajo el árbol gigante, los chicos organizaban en el corral las guardias en el entorno de la finca. De esa forma podían avisar a cualquier miliciano despistado que se acercara por allí y evitar la confrontación.

—¿Y no verán por aquí a mucha gente, verdad? —preguntó el militar.

—Poca, imagínese, por aquí viene poca gente.

—Pues dicen en el pueblo que por aquí sube mucho miliciano.

—Bueno, ya saben cómo son en el pueblo —contestó Alejandro.

—En realidad, qué quiere que le diga, por mí como si se desayunan todos los días en la taberna de Ores. No se piense que me apetece lo más mínimo andar a tiros por las lindes.

—Ya —respondió el agricultor, más sorprendido de lo que trataba de mostrar.

—Porque yo tengo una teoría, ¿sabe? Aquí todos peleamos por la misma cosa, pero unos están equivocados, ¿me sigue?

—Bueno...

—Si su zagal, el pequeño, se equivoca de vaso y se bebe un trago de licor, ¿se andaría usted a tiros con él?

—No, creo que no.

—Pues esto es lo que yo les digo a los muchachos. Que tengamos una panda de borrachos enfrente no hace que dejen de ser nuestros hermanos, ¿me sigue? —rió.

El agricultor hizo una mueca mientras reflexionaba sobre aquellas palabras. En cierta forma parecía estar diciéndole que, mientras nadie se bebiera su coñac, a él le importaba un carajo que dieran refugio a los milicianos.

Las visitas de unos y otros se volvieron más rutinarias y, poco a poco, se fue haciendo necesario organizar formas de vigilancia más perfeccionadas.

*—Los republicanos sabían que ver el perro servía de clave secreta y que si andaba suelto significaba que los militares estaban en «la barrera de Teresica». Cuando eran los de izquierda los que se reponían en la casa, los hijos de Alejandro y Pascuala vigilaban la zona y, mediante silbidos, avisaban desde los altos si descubrían a las tropas cerca. Así los cobijados podían esconderse o huir.*

Alejandro no sabía que, ya entonces, la comarca había bautizado su caserío. Aquel lugar era conocido como «la barrera de Teresica» y suponía, en efecto, un auténtico reducto de paz en medio de una cruenta guerra. Allí, guerrilleros o militares, sin distinción, podían descansar a sabiendas de que la familia rondaba las propiedades para evitar malos encuentros. Los días de lluvia, incluso, algún miliciano dormía al final de la linde, en los pajares, o en la casa si el tiempo era realmente malo, y lejos de utilizar esa información para darles caza, los militares preferían sostener que quizá, a lo sumo, se trataba de una pandilla de borrachos que rondaban a la familia.

El porqué de aquellas atenciones de la familia Mena hacia gente que ni siquiera conocía es un misterio más del comportamiento humano y de los espacios donde habita la hospitalidad. En un país dominado por la ira y el odio no fueron pocos los casos en que se denunció a vecinos y se dio la espalda a los perseguidos. Sin embargo, en aquel caserío, entre Ores y Farasdues, existió un pequeño recoveco en el que la dignidad y la honestidad protegían el destino de los forasteros.

No sabemos cómo había llegado allí aquel árbol solitario, pero es fácil deducir que la familia Mena vivía imbuida por el espíritu de aquel titánico protector.

*—Ellos nunca lo supieron, pero me dieron una lección de generosidad por encima de los ideales políticos, que espero poder transmitir a mis hijos yo también —cuenta, con orgullo, su nieta Isabel Mena.*

10

## El soldado desorientado [19](#)

Carlos Honrubia, practicante y comadrón de Calaceite (Teruel).



—Perdona, Carlos —escuchó entre sueños.

La dueña de la fonda golpeaba la puerta del dormitorio.

—Carlos, ¿estás en la habitación?

—Sí, sí, voy enseguida —dijo desperezándose.

—Se ha hecho un poco tarde, ¿desayunarás?

El día anterior había sido duro. El verano estaba dando sus últimos coletazos. Al llegar a la habitación se había sentado en la

cama, dejándose caer. Sin quererlo perdió la consciencia y se quedó dormido.

—Sí, lo sé, lo sé. Un segundo, que enseguida salgo.

Se levantó, se puso la camisa y se hizo el nudo de la corbata. Siempre la llevaba correctamente anudada e impoluta. Se acercó a la puerta y la abrió.

—Tienes que ir a poner las inyecciones. —Ya, me quedé dormido sobre la cama. Tuve que ir a una masía con la bicicleta y fue un trayecto agotador.

—El médico pregunta si vais a comer juntos cuando vuelvas.

—¿Eh? Sí, muchas gracias —dijo, antes de volver a cerrar.

Carlos Honrubia vivía en Calaceite, un pueblo señorial de Teruel donde era practicante y comadrón. Era el colegiado número 1.436 del Colegio Oficial de Practicantes de Medicina y Cirugía de Barcelona y su provincia. Aún no se había casado y de momento vivía en la fonda de la carretera, en la entrada del pueblo.

Habitualmente no tenía mucho trabajo, aunque, a decir verdad, le gustaba tanto lo que hacía que no ponía muchos inconvenientes si tenía que dedicarle toda la jornada. Siempre estaba disponible porque, en esencia, era una buena persona. A cualquier hora del día o de la noche, a pie o en bicicleta, siempre accedía a realizar las visitas a los pacientes.

Ese día bajó las escaleras, atravesó el patio que hacía de cochera y salió de la fonda. La guerra había comenzado, pero Carlos no se había visto todavía en el brete de tener que alistarse en el ejército. Calaceite rué uno de los muchos pueblos del Bajo Aragón en los que se instauraron las comunas libertarias.

Cuando llegó a casa de su paciente, tocó la puerta fuertemente con los nudillos, la entreabrió y gritó hacia el interior:

—¿Se puede? Soy Carlos, el practicante.

Una mujer asomó por allí.

—Don Carlos, pase, que mi madre está esperando.

Tenía que poner una inyección en casa de una familia considerada en el pueblo como libertaria radical.

—¿Qué, cómo va la fiebre? —preguntó a la mujer.

—Bueno —dijo ella—. Ha bajado algo desde que me puso la inyección ayer.

—Y más que bajará, descuide.

Carlos depositó la bolsita de piel sobre la mesilla del dormitorio. La desplegó y dejó a la vista los instrumentos médicos.

—¿Un poquito de alcohol tendrá?

—Dijo el doctor que tendría que ponerme algunas más.

—Bueno, no se preocupe, pondremos las que necesite.

—Ojalá hubiera más personas como usted en este mundo —suspiró la mujer en alto.

—Lo que debería hacer usted es bajar la actividad, como le ha dicho el médico. Así no hay quien cure una enfermedad —afirmó, acariciando suavemente el brazo de la mujer mientras lo desinfectaba con un poco de alcohol.

—Sí —suspiró mientras la aguja atravesaba la piel—, pero ya sabe que corren tiempos complicados.

—Lo primero es la salud, créame.

—Ya, ya sé que a usted la política no... —dijo ella.

Sin terminar la frase dirigió una mirada a su hija, acompañándola de un gesto leve con la cabeza. La muchacha comprendió, giró sobre sí misma y salió dejando solos en la habitación al practicante y a la mujer.

—Listo —contestó él sacando la jeringuilla y desmontándola para guardarla en el estuche.

La mujer se incorporó levemente en la cama, y se dirigió a su oído.

La muchacha observaba desde la habitación contigua, sin alcanzar a escuchar lo que conversaban. Curiosamente, el practicante no se inmutaba. La muchacha se acercó un poco más a la puerta, para tratar de enterarse, pero sólo pudo llegar a la última parte de la conversación.

—Hágalo antes de que nadie tenga que lamentarlo —oyó.

Lejos de mostrar inquietud, el practicante acarició la muñeca de aquella mujer y sonrió terminando de cerrar el estuche de los utensilios. Sonrió por fuera, porque en realidad nadie recibe una noticia así desde la tranquilidad.

—Ahora no se preocupe. Debe cuidar su fiebre.

Cuando Carlos salió a la calle notó cómo el sudor le empapaba la camiseta. Hacía calor. Los zapatos resonaban por las calles empedradas. Se detuvo, introdujo la mano en su chaqueta y sacó un cigarrillo de los conocidos como caldo, porque sentaban tan bien como un caldo de ave. Abrió el mechero de gasolina y lo encendió. Miró hacia arriba, respiró hondo y decidió marcharse.

Antes de acudir a ver al alcalde pasó por las habitaciones del veterinario y del médico. También vivían en la fonda. En las dos, la misma historia. Tocó la puerta.

—Hombre, don Carlos, ¿quiere pasar?

—No, no, debo marcharme, necesito hablar un segundo contigo.

Dos hombres bajo el marco con semblante de preocupación y una breve conversación seguida por muchos agradecimientos.

—Gracias por avisarme, Carlos.

—Adiós, mucha suerte.

Después de hablar con ellos se dirigió a casa del alcalde.

—Esto sí que es una sorpresa —dijo al verle—, ¿quieres comer con nosotros?

—No, muchas gracias, alcalde. Necesito hablar contigo.

Eran buenos amigos. Sin embargo, precisamente porque se conocían bien, cuando le planteó el asunto, el hombre se sorprendió.

—Bueno, muy urgente debe de ser. Vienes con el rostro muy serio. No me asustes —rió.

—Busco tu ayuda —dijo él—. Necesito un pase para ir a Barcelona. Voy a alistarme en el ejército republicano.

—Hombre, Carlos, ¿te vas a alistar tú? Si tú nunca has creído en la guerra.

*—El —explica su hija María Luisa— se cuestionaba la barbarie reinante. Los acontecimientos lo empujaron a alistarse, pero no creía en aquello. Ideológicamente era moderado. Lo fue siempre desde que tengo conciencia de ello. Por tanto antes, en aquella época, también debía de ser así. Sin embargo, tenía amigos en todo el espectro político.*

—Me tengo que marchar. Iré a Barcelona. Después me alistaré —dijo.



Y consiguió el pase. Por alguna razón aquella mujer había decidido alertar al practicante de que su vida corría peligro. Aquel gesto fue una pequeña heroicidad que salvó no solamente su vida, sino que alertó a otras personas. Es difícil saber qué la movió a hacerlo.

En efecto, esa familia era tenida por libertaria, así que es muy probable que la mujer no albergara ningún tipo de duda ideológica sobre la defensa de la República y, sin embargo, algo en su cabeza le dijo que debía salvar a aquel hombre, que aquello no estaba bien. La de aquella mujer fue una actitud de gran humanidad, porque ni siquiera habría sido la responsable directa de su muerte. Eran tiempos difíciles y, aunque sus palabras alertaban a esos hombres, sin duda ponían en grave peligro a su propia familia. ¿Cómo se habrían tomado los de Durruti el que les hubieran traicionado así? ¿Qué habría pasado si alguien llega a contarlo? Y por otra parte, ¿no traicionaba a los suyos avisando al practicante? Ésa es la incoherencia de un acto heroico. Pero las personas se componen de una compleja amalgama de certezas y de interrogantes que, a veces, se convierten en heroicidades. La mujer pudo callar, pero decidió no hacerlo.

Y de esta manera, gracias al aviso de una paciente, Carlos Honrubia huyó de una muerte más que probable.

Ese mismo día, con la ayuda del alcalde, salió precipitadamente hacia Barcelona y se incorporó a las filas republicanas. Allí tuvo que ejercer como médico, a pesar de que, en realidad, era sólo practicante.

Participó en diversos frentes. El del Pirineo de Lérida, el del Segre y otros. Siempre en primera línea. Vio mil batallas y atravesó cientos de pueblos. Observó el miedo y conoció el coraje. De aquella época guardó mil historias de camaradería y también le quedó algún que otro recuerdo agradable. El hambre, por ejemplo, que sacudió al país entero, no supuso un problema para el sanitario. Su hermana Luisa, que vivía en Sabadell, recibía a menudo su visita, y siempre llegaba cargado de viandas. Honrubia luchaba junto

a sus compañeros en frentes donde había un gran contacto con la población y en aquellas granjas y fincas de la montaña les surtían generosamente de alimentos. Por eso, cuando visitaba a su hermana, gracias a algún permiso de los que les daban en contadas ocasiones, portaba dos enormes sacos de comida.

De hecho, llegar hasta su casa suponía todo un reto. Era tal el temor que tenía a que se los robasen, que transportaba los dos sacos casi metro a metro, dejando uno y cargando con el otro unos metros más allá.

El tiempo que estaba en el frente se afanaba por cumplir su trabajo con honestidad. En el puesto tenía un amplio espacio destinado a su trabajo, donde atendía heridas de todo tipo. Esto le permitía no sólo mantener ciertas ventajas administrativas, sino también gozar del agradecimiento de sus compañeros y de quienes en algún momento fueron sus pacientes. Allí hacía las primeras curas y después los pacientes eran derivados hacia los hospitales, si procedía.

De esa etapa, su hija afirma haberle escuchado narrar una historia completamente insólita pero a la vez maravillosa.

Sucedió en el Segre, donde el bando republicano perdió a miles de personas. Fue un frente verdaderamente cruento y largo. Los sublevados ocupaban la orilla derecha del río y los republicanos la izquierda. Las tropas franquistas controlaban los embalses pirenaicos ocasionando, a voluntad, crecidas en los ríos que arrasaban puentes y enemigos. Desde abril de 1938 hasta enero de 1939, en toda aquella línea de fuego, su padre debió de ser testigo de durísimos combates.

Una noche en la que el sanitario se encontraba en su puesto, un soldado se acercó hasta allí. Tenía una fiebre muy alta. Carlos estaba de rodillas, ordenando el material médico de la caja, colocando las gasas, limpiando los instrumentos y preparándolo todo para el día siguiente.

—Perdone, ¿es usted el sanitario? —escuchó a su espalda.

—Sí, el mismo —contestó con ironía, sin volverse.

—Necesito ayuda, tengo una fiebre del demonio.

El practicante se dio la vuelta y observó al paciente de arriba abajo. En un primer momento dudó. Miro hacia la entrada, donde reposaba su fusil, y volvió a dirigir la vista hacia el militar.

—¿Qué dices que te ocurre? —dijo, encaminándose hacia la puerta.

El militar apenas se sostenía de pie. Debía de tener una fiebre altísima.

—Creo que cogí algo. Tengo la vista nublada y me encuentro fatal.

Era un chiquillo. El practicante cerró la puerta.

—¿Tú sabes dónde estás? —le preguntó.

—He tenido que atravesar todo el bosque.

—¿No te has cruzado con nadie?

—No.

—¿Nadie te ha visto entrar aquí?

-No.

—¿Y tus compañeros?

—Están todos más allá, pedí autorización para acercarme hasta la enfermería.

—Ya, lo malo es que te has equivocado de ejército. Estás en el lado republicano.

El soldado levantó como pudo la cabeza y miró asustado a un lado y al otro.

*—El militar no se había dado cuenta, en su estado, de que había cruzado las líneas y se había acercado a una posición de los republicanos —cuenta María Luisa.*

Este descontrol en los frentes fue algo relativamente común durante la guerra. Las líneas no estaban completamente definidas, así que no fueron pocos los soldados que, en medio de una incursión, se encontraban de pronto en territorio enemigo y tenían que regresar a hurtadillas, poco después, mirando a ambos lados. —Yo, yo... —tartamudeó.

—Tranquilo, esto es una enfermería. Aquí salvamos a la gente, no la matamos.

—Pero, pero... yo... tengo que volver de inmediato —dijo girándose.

—Ven acá, hombre. Con la fiebre que llevas encima y el lugar donde estás, no aguantarías ni doscientos metros.

—Tengo que volver, si me descubren aquí me van a fusilar —dijo el muchacho.

—Estate quieto, hombre, si sales de este lugar, sí que te van a matar.

—¿Pero y qué es lo que quiere que haga? —dijo el muchacho, nervioso.

—Lo primero que necesitas es quitarte de encima ese uniforme. Ponte esto. Yo me encargaré de deshacerme de lo demás. —No puedo. Tengo que marcharme —dijo el muchacho.

—No seas estúpido. Yo puedo normalizar tu situación. Ni siquiera tienes fuerza para andar, ¿cuánto crees que tardarían en darse cuenta y cogerte?

—¿Normalizar?

—Te daré de alta en el registro de pacientes y te enviarán al hospital. No abras la boca y no digas nada, ¿me entiendes? Yo me encargaré del resto.

El chico lo observó. Honrubia era un hombre delgado, no muy alto, pero con unas manos que infundían tranquilidad. Aquella sensación le invadió y se dejó proteger.

*—Mi padre le informó de su situación. Se deshizo rápidamente del uniforme del «infiltrado» y habló con él: estaba empeinado en volver a atravesar las líneas. Ante eso, le dijo que fuera prudente y que si podía volviera con los suyos, pero que no se arriesgara a atravesar de nuevo las líneas hasta no estar completamente recuperado.*

El apaño que gestionó pasó desapercibido y fue ingresado en la enfermería como un herido más. Para eso no tuvo que hacer grandes gestiones, un documento de alta en blanco, una firma aquí y el muchacho pasó a convertirse en un herido republicano más.

Durante el tiempo que duró la recuperación del chico, se preocupó de atenderle personalmente. Después, unos agradecimientos como fugaz despedida, antes de ser derivado a un hospital.

—Me ha salvado la vida —le dijo el muchacho.

—Ten cuidado ahora.

—Señor Honrubia, yo no sé cómo podré agradecerérselo. —La próxima vez, cuando sientas la fiebre no tardes tanto en acudir a una enfermería —rió.

—¿Y a usted? ¿Descubrirán que dio de alta a un enfermo del otro bando?

—No te preocupes, aquí hay demasiado lío como para que alguien repare en eso.

—Le deseo mucha suerte.

—Yo a ti también —le contestó con una sonrisa.

Tras ver cómo lo llevaban al hospital, el practicante se sentó en la silla, abrió el paquete de cigarrillos y encendió un pitillo, saboreándolo con la mirada perdida. El solo acto de la solidaridad puede dejar una sensación muy gratificante. Su gesto había sido generoso y absolutamente desinteresado. Ante la posibilidad de que el muchacho fuera hecho preso, o algo mucho peor, no había dudado en atenderle y protegerlo.

En realidad, Carlos Honrubia tenía la sospecha de que aquel muchacho no conseguiría volver a su batallón. Sin embargo, no dudó en ocultarlo y regalarle futuro. Antes no se conocían de nada, no tenía relación alguna con él. Por qué tomó la decisión de cuidarlo es algo que pertenece al complejo terreno del alma, pero esa acción se sumó a la semilla de generosidad que había plantado la mujer de Calaceite cuando le advirtió a él del peligro que corría, aquel día que tuvo que huir de la localidad. Y la lista de buenas acciones seguía creciendo de forma imparable.

Seguramente él nunca hizo esta asociación, porque es muy probable que en su interior tuviera generosidad suficiente como para acometer un acto así, y no como respuesta al comportamiento de la mujer, sino por iniciativa propia. Sin embargo, los hechos se fueron encadenando uno tras otro.

Tras aquella anécdota del muchacho, el practicante pasó el resto de la guerra en la zona. Es fácil de imaginar que nunca contó su heroicidad porque quizá no consideró que había sido tal. Además, de haberlo hecho habría pasado de inmediato a la lista de

los traidores. Así son estas cosas de la guerra. La línea que separa el terreno de la traición del de la proeza es delgada y absolutamente cruenta. Si Carlos Honrubia hubiera denunciado al muchacho, se habría convertido en un héroe para sus compañeros.

—¡Fíjate! —dirían—, se coló un nacional en el puesto y Carlos lo hizo prisionero.

—Cuentan que fue una lucha sin cuartel —diría otro—, que las hostias llovían por toda la enfermería.

Pero él no pasó a figurar entre los héroes del batallón, pues prefirió dar una oportunidad al futuro de aquel ser humano. Y por eso figura en este libro.

Tras el frente del Segre, a Barcelona. La Ciudad Condal cayó el 26 de enero de 1939. Carlos Honrubia se encontraba allí cuando fue tomada por los militares franquistas. La noche anterior, la artillería había irrumpido con estruendo en los alrededores de la ciudad. El practicante sabía que tenía pocas posibilidades de abandonarla sin ser apresado, y decidió esperar.

Finalmente, a las siete de la tarde del día siguiente, el general franquista Juan Bautista Sánchez se dirigió a los barceloneses.

—¡Catalanes! Hace pocos momentos —dijo 'en un mensaje radiado— que el glorioso ejército español comenzó a entrar en la ciudad de Barcelona. Tomada ya totalmente la población, las fuerzas desfilan tranquilamente por las calles levantando indescriptible entusiasmo. La muchedumbre vitorea a los soldados. Ciudadanos, ¡engalanad vuestros balcones!

Naturalmente, Carlos Honrubia no era de los que vitoreaban la entrada de los militares. El practicante hizo caso de las proclamas que prometían el perdón.

—*Como tantos otros creyó realmente que los que no tenían delitos de sangre, y él no los tenía, no tenían nada que temer —*

*cuenta su hija—. El y un amigo suyo médico, compañero del puesto sanitario, se presentaron ante las nuevas autoridades, tal y como aconsejaba la propaganda. Fue detenido allí.*

Aquel 26 de enero, cuando entraron las tropas franquistas, la prisión de Barcelona estaba ya vacía. Unos días antes los presos que quedaban habían sido desalojados con destino a Francia. Sin embargo, tras la llegada de los militares, la cárcel, convertida en una herramienta de represión política, empezó a llenarse a marchas forzadas hasta un punto de aglomeración tal, que se alcanzó la cifra de quince mil reclusos. Cada celda llegó a albergar hasta quince personas. La masificación era absoluta y, como no había espacio en el que colocar a los detenidos, hubo que habilitar el abandonado correccional, adosado al edificio, además de otros nuevos locales como la prisión del convento de San Elías, el Palacio de Misiones y las naves de una amplia fábrica de Pueblo Nuevo, en los suburbios de la ciudad. El caos en el que vivían los detenidos era total.

Sin embargo, paradójicamente, en aquella prisión era fácil pasar desapercibido. Es curioso cómo el ser humano puede sentirse solo en medio de tanta gente. Honrubia estaba completamente agotado, totalmente perdido. El desgaste de los últimos días de la guerra había sido demoledor. La espera de la llegada de los militares sublevados había acabado con su resistencia y lo único que quería era que aquello terminara de una vez para poder volver a su casa. En realidad, pensaba que sucedería así. Creía que le tomarían declaración y que podría volver con tranquilidad a su vida, como prometían. Pero había llegado la victoria, no la paz, y eso terminó con la vida de muchos republicanos.

De hecho él tuvo muchísima suerte, porque, al otro lado de la galería, un soldado franquista lo miraba de arriba abajo, sin quitarle la vista de encima. Carlos Honrubia no reparó en ello, pero aquel soldado no hacía más que observarlo y lo había reconocido. En medio de aquel follón las posibilidades de ser ajusticiado se multiplicaban por mil.



—¡Señor Honrubia, señor Honrubia! —escuchó entre la multitud.

Carlos Honrubia se giró.

—¿No me has reconocido, verdad? —le preguntó el soldado que antes le observaba.

—No —contestó.

—Seguramente porque aquel día yo tenía una cara de enfermo terrible por la fiebre —sonrió el militar.

—Pero ¿cómo es posible? ¿Conseguiste volver? ¿Cuánto tiempo estuviste en el hospital? ¿Qué fue lo que contaste? ¿Encontraste tu unidad? —preguntó, atropelladamente.

Honrubia no podía creer aquello; era, en efecto, el soldado de la fiebre, el soldado que se había equivocado de bando. Había logrado escapar.

—Déjalo —contestó—, ahora me toca a mí devolverte el favor.

—No me debes nada.

—Ya lo sé. Excepto la vida. Te voy a sacar de aquí.

—Pero tú... ¿Cómo? ¿Cómo puedes hacerlo? ¿Y si te descubren?

—No te preocupes, hay demasiado lío como para que alguien repare en eso —dijo sonriendo—. Les he dicho que aquí hay un error, que yo te conozco.

*—Después de aquel feliz encuentro en la cárcel, el militar le devolvió el favor. Mi padre estaba en la calle a las pocas horas con un expediente «limpísimo» —afirma María Luisa.*

Tan limpio que volvió como practicante al mismo pueblo y, al cabo de un tiempo, fue nombrado jefe de Falange, un cargo que, por cierto, nunca le gustó.

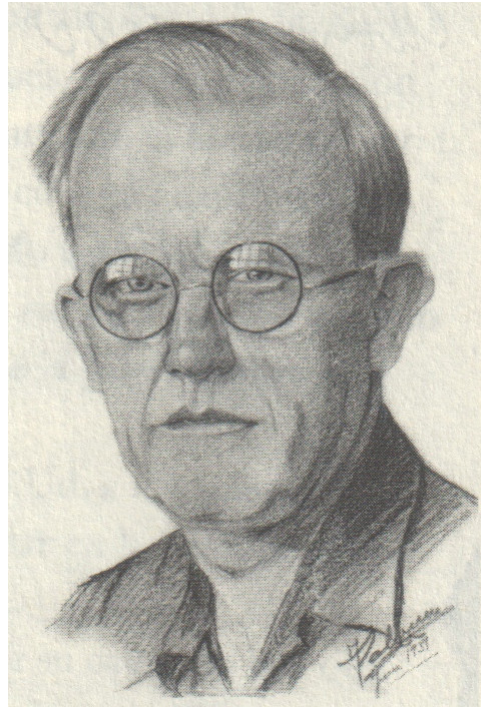
*—Ni el cargo ni la Falange le gustaban, eso sí lo sé con certeza, porque no paraba de decirlo. Lo dejó tan pronto como pudo, pero mientras estuvo en él, hizo informes positivos de muchas personas republicanas, que pudieron volver al pueblo relativamente pronto.*

Como una planta junto a la ventana, la cadena de favores había ido creciendo y echando hojas sin detenerse. Resulta sorprendente que el ser humano no se haya dado cuenta, todavía, de que la solidaridad es tan productiva.

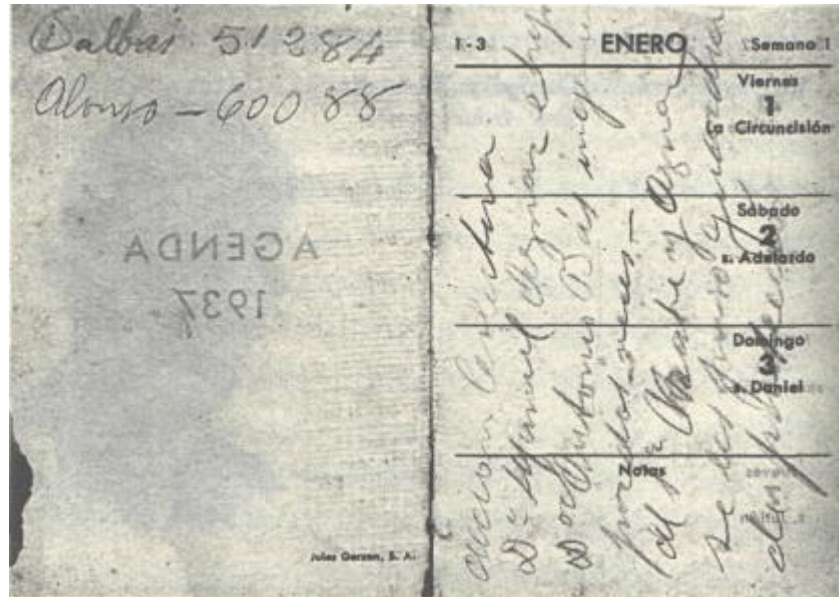
# 11

## La agenda 20

Retrato de Francisco Garrigós en la cárcel.  
*Foto: Archivo familiar.*



Rosa Garrigós tiene setenta y tres años, es madrileña y propietaria de un quiosco. Es hija de Francisco Garrigós, que estuvo preso tras la guerra civil por ser republicano. El día que Rosa leyó el borrador de este capítulo descubrió, con emoción, una parte de la vida de su padre que desconocía por completo. Rosa tenía algunos papeles que le habían pertenecido: dibujos, cartas, algunas notas y una pequeña agenda de cuero oscuro, de su propiedad, que llevaba la inscripción «1937» en letras doradas. En la primera página, escritas a lápiz desde la cárcel, se apreciaban unas confusas líneas. Tras un lavado informático de la imagen las letras cobraron vida y dejaron a la vista un texto similar a éste: «Acción colectiva. D. Manuel Aznar e hijo [...] Se les puso guardia de protección».



Cuando limpiamos la imagen de la agenda que trajo Rosa, hija de Francisco Garrigós, aparecieron el nombre de Aznar y las palabras «Acción colectiva. D. Manuel Aznar e hijo [...] Se les puso guardia de protección».

No todas las letras, como podrá comprobar el lector en la foto, se distinguen correctamente, pero las palabras que sí se leían componían un auténtico jeroglífico. ¿Conoció su padre a Manuel Aznar? Rosa Garrigós traía también algunas cartas originales, que se reproducen a continuación. Estaban firmadas por un teniente coronel auditor que le agradecía una supuesta ayuda.

Burgos 5 de Junio 1939. Año de la Victoria

Sr. Don Francisco Garrigós:

Muy Sr. Mío. No sería bien nacido si olvidara que Ud, cuando estuve preso en octubre de 1936, como militar retirado —sin otro motivo de gratitud que conocer mi situación imparcial y honrada—, en el comité penitenciario de Tranvías y en el Senado Mixto como presidente, no vaciló en gestionar mi libertad hasta obtenerla librándome quizá de las horribles matanzas del 7 de noviembre, realizadas por una horda de salvajes sin formación ni causa.

Por ello, era para mí de conciencia declararme así, como lo he hecho en el certificado que le envié primero y después, en otra declaración que presenté para que el Amor de Su Excelentísimo el Generalísimo la hiciera conocer a éste, a fin de aliviar su situación en cuanto me sea legal, y humanamente posible. Sin embargo no le oculto que aquella es grave, por ser usted persona significada en su organización y no un simple afiliado, sin relieve alguno, con los que la benevolencia será mayor.

Sin embargo, como en cambio me ha salvado Ud. a mí, y tengo

entendido que a otras personas, hay que confiar en la benignidad del Caudillo.

En cuanto a la forma de obtener la revisión de su causa no hay otra pues la que indican los artículos del código de Justicia Militar, cuya copia le incluyo, como verá por su lectura es difícilísimo obtenerla, pues las causas de revisión son pocas y taxativas y de no ser la 3.ª del art. 678, las demás no le son de aplicación, y aun ésta, Ud. verá si cuenta con medios de prueba para poderla invocar.

Confíe Ud. en la justicia de Dios y de Franco y sabe que no olvido su comportamiento.

Con mi afecto.

Teniente Coronel Auditor ... (La firma resulta ilegible)

El 7 de noviembre de 1936, al que se alude en la carta, fue uno de los días en que se produjeron los terribles fusilamientos de Paracuellos del Jarama. Ante el temor de que Madrid cayera en manos de Franco, se decidió ejecutar a los presos que los sublevados podrían liberar. En una matanza cuyas responsabilidades últimas entre los dirigentes del bando republicano aún son objeto de debate e implican al propio Santiago Carrillo, fueron ejecutados unos dos mil cuatrocientos reos o más. [21](#)

Por lo que se deduce de las notas, Francisco Garrigós consiguió, con sus gestiones, que el teniente coronel auditor que la firmó fuera liberado de la cárcel en la que se encontraba, librándole, por tanto, de las matanzas del 7 de noviembre. Y había una segunda carta:

Amigo Garrigós:

Recibí sus cuartillas y creo firmemente que cuanto en ellas decía era verdad. Yo, efectivamente, he hecho por Ud, y estoy haciendo cuanto me es humanamente posible, pues he presentado tres certificados análogos al que le envié y están unidos a las instancias de indulto. Tengo la impresión de que, con el escrito del Sr. Aznar y los míos, no será difícil conseguir su indulto, y por lo tanto, no se inquiete Ud. demasiado por estar en el mismo local de los condenados a igual pena. pero esto es inevitable.

Claro que en este régimen lo que yo puedo hacer no es más que lo que he hecho y no puedo llegar personalmente al Jefe del Estado. Pero confíe Ud. en su magnanimidad para los que no han cometido crímenes y en su justicia.

Si su familia algo necesita, aunque estoy cargado de hijos y necesidades en lo poco que yo pueda con toda mi alma les ayudaré, pues no puedo olvidar que Ud. me salvó de la cárcel y quizá de la muerte.

Periódicamente pregunto por su asunto y me dicen que todavía no lo

ha visto el Generalísimo.

Reciba un saludo muy afectuoso de su amigo.

PD. No voy a verle porque nada más podría decirle y porque realmente no tengo tiempo, aparte del mal rato que pasaría. Soy amigo del Director General de Prisiones, de modo que si algo quiere Ud, en cuanto al trato, dígamelo

Teniente Coronel Auditor ... (La firma resulta ilegible)

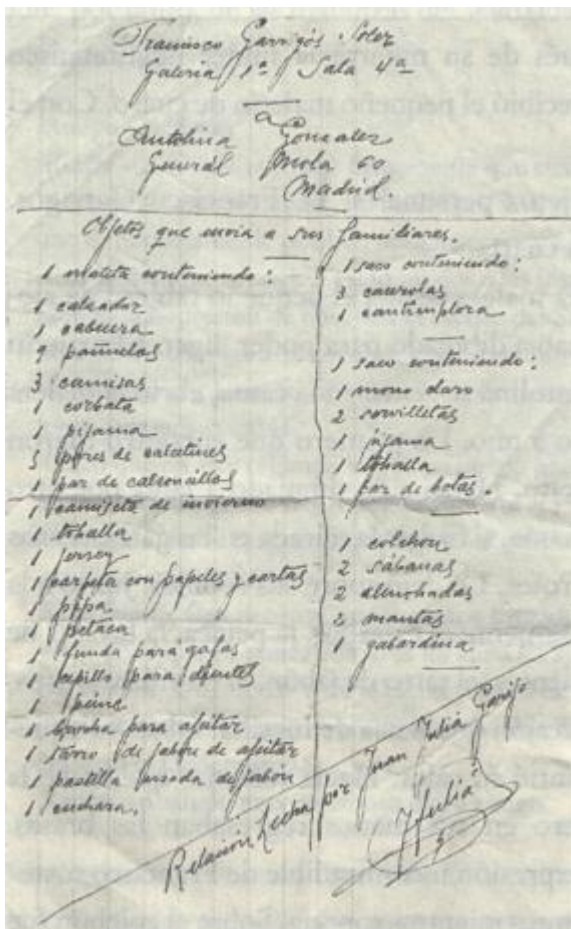
Rosa Garrigós tenía ocho años cuando su padre, Francisco, el destinatario de esas cartas, murió fusilado. El delito por el cual fue entregado al piquete de ejecución «no consta», según Instituciones Penitenciarias.

Pocos días después de su muerte la mujer de Francisco Garrigós, Antolina, recibió el pequeño maletín de cuero. Con él había una nota.

«Relación de objetos personales. D. Francisco Garrigós. Galería primera, sala cuarta.»

Sobre la tapa de la maleta seguía el pequeño tablero de ajedrez que Francisco había dibujado para poder jugar. El maletín era suyo, sin duda. Antolina se sentó en la cama, abrió la maleta y los fue sacando uno a uno. Lo primero que encontró fueron estas cartas y un retrato. Había sido dibujado a lápiz por otro preso. Era tan realista que, si fijabas la mirada en las gafas, podías ver reflejados los barrotes. Lo dejó sobre sus rodillas. Junto a la cama colocó cuidadosamente el calzador, la petaca, la brocha de afeitar, el cepillo de dientes, el tarro de jabón, la pastilla y la pipa, poniéndolos sobre el cajón que hacía de mesilla. Observó aquella pipa; la cogió y sintió su calor. Hacía semanas que nadie la había encendido, pero en sus manos regresaban las brasas. Antolina recordó la expresión inconfundible de Francisco sosteniéndola entre sus dientes mientras sonreía. Sobre el colchón fue doblando con mimo el pijama, los cinco pares de calcetines, un par de calzoncillos, la camiseta de invierno y las tres camisas. Al sacar la última se la colocó con las dos manos sobre la cara y respiró profundamente. La olió con todas sus fuerzas, apretándola con intensidad mientras dejaba un rastro efímero de lágrimas sobre la tela. Después la dobló cuidadosamente

y la colocó sobre las otras. Por último sacó las babuchas del maletín y las dejó bajo la cama, con las puntas sobresaliendo.



Listado de los objetos enviados a la familia tras el fusilamiento.

Listado de los objetos enviados a la familia tras el fusilamiento.

—Para que las veas con facilidad —pensó.

Luego cerró la maleta, la colocó, de pie, bajo la ventana y miró toda aquella escena.

—Tendré que despejar la cama antes de que vuelvan los niños —meditó.

Francisco Garrigós había pasado dieciocho meses en la cárcel. Dieciocho angustiosos meses de gestiones, de misivas y de ruegos

que no fructificaron. Pero aun con todo, Antolina González consideró que había tenido suerte porque pudo enterrar a su marido. El día 23 de octubre del año 1940 en que fue fusilado, otro preso que se encargaba de la recogida y entrega de paquetes dentro de la prisión la puso sobre aviso.

—Será en el cementerio del Este —le dijo de forma escueta.

Y así fue. Por eso Antolina, con su hija mayor y con el novio de ésta, pudo acercarse al anochecer hasta allí para retirar el cuerpo y darle sepultura. Otros diecisiete presos fueron fusilados contra la tapia aquel día. Nadie fue a recogerlos.

*—Cuando muere una persona como murió mi padre, se deja de hablar de ello. Mi madre tenía un pánico mortal al tema. Cuando iba al colegio y me preguntaban: «¿Y tu padre de qué ha muerto?», yo contestaba: «Del corazón», porque no podía decir que lo habían fusilado. Tú pensabas: «Si ese Franco que es Dios aquí, si ese Franco va bajo palio, y si a mi padre lo ha matado ese Franco, ¿qué es lo que habría hecho? ¡Habrá hecho algo muy malo!».*

Solamente el tiempo y la edad hicieron que Rosa empezara a comprender aquellas cosas. Por desgracia, el silencio se ocupó de que la historia que se va a relatar a continuación permaneciese oculta y sus detalles aún pertenezcan al territorio de la elucubración.

*—Cuando a mi madre le devolvieron la maleta, con sus efectos personales, aparecieron estas cartas —explica Rosa—. Mi padre era jefe de material móvil de la Sociedad Madrileña de Tranvías. Era un socialista algo destacado, por lo que se ve. Según las cartas, ayudó a ese teniente coronel, que le daba las gracias insistentemente por haberlo sacado de una checa.*

Las actividades de Francisco desde el año 36 al 39 son difíciles de reconstruir aunque, a juzgar por el tono, el hombre de la carta tenía motivos serios para estar agradecido.



Lamentablemente, aquella época permanece en la neblina de los recuerdos de Rosa. Su familia ni siquiera estaba en Madrid, porque al comenzar la guerra su madre, con los siete hijos, se encontraba en Alicante. Francisco los envió allí como «evacuados» republicanos para protegerlos, mientras que él se quedó en Madrid.

*—Luego nos volvimos todos a Madrid. Recuerdo cuando nos tiraban panecillos los aviones de los nacionales. Mi padre no nos dejaba cogerlos porque todos decían allí que estaban envenenados —sonríe Rosa.*

La guerra terminó y llegaron las represalias. Pero éstas no irrumpieron en la vida de los españoles de golpe, sino que el terreno fue preparado concienzudamente. Francisco había preparado su marcha al exilio. Sin embargo, cuando oyó al general Franco decir que quien no tuviera delitos de sangre no tenía por qué preocuparse, decidió permanecer en España para poder estar con sus hijos y con su mujer. Se quedó y fue encarcelado y después fusilado.

*—Tengo cartas hasta del secretario de Franco, de Felipe Polo, que era el hermano de su mujer. Tengo cartas en las que nos dicen que habían mandado todas las recomendaciones al Generalísimo. Pero a pesar de todas estas cartas y todas estas cosas que había hecho bien, no pudieron salvarle.*

Las secuelas de su muerte también fueron duras. No solamente para Rosa, que tuvo que convivir con aquello, tan joven, en el colegio y en su propia mente. Su madre, Antolina, fue privada de todo tipo de derechos, incluido el de la propiedad. Estaba sola en el mundo, con siete criaturas a las que sacar adelante.

*—Nos querían quitar hasta los muebles de la casa. Teníamos sólo un cajón sobre el que comíamos. Imagínate. Siete hijos y una casa completamente vacía. Estas cosas las cuentas ahora y la gente dice: ¡si eso es imposible!*

Pero Francisco Garrigós no sólo cometió algún tipo de acto heroico indescifrable, sino que también fue un hombre muy apreciado en su trabajo. En el año 1951, a los once años de su muerte, Antolina recibió una carta donde se le informaba de que, concluido el tiempo reglamentario, iban a sacar de la sepultura a su marido. Cuando la mujer llegó al lugar con una de sus hijas, había una pequeña comitiva esperándola.

—Perdone —se acercó un hombre—. ¿Es usted la viuda de Garrigós? —preguntó.

—Sí.

—Mire, venimos a estar con usted en estos momentos.

—Pero ¿ustedes quiénes son? —preguntó ella.

—Eramos compañeros de tranvías. También fuimos expulsados de la compañía.

Uno de ellos trabajaba en el registro del cementerio. Al ver que su tumba iba a ser exhumada, decidieron acompañar a la viuda. Amigos, según parece, no le faltaron en los talleres.

Pero en todo este relato había una gran incógnita. Además del teniente coronel que envió las dos cartas tratando de excarcelarle, ¿quiénes fueron aquellas otras personas del bando franquista a las que ayudó Francisco Garrigós durante su estancia en Madrid? ¿Qué tipo de ayuda les brindó para que estuvieran tan agradecidos e iniciaran gestiones en su defensa?

*—Mi madre contó una vez, en casa, que papá había sacado del país al conocido periodista Manuel Aznar, pero aquellas nueve palabras de mi madre son todo lo que sabemos de esta historia, que nunca pudimos documentar.*

Ni la Fundación Sabino Arana, que aportó alguna leve luz, ni los documentos sobre su padre en el archivo de Salamanca habían

desvelado las actividades de los protagonistas en aquella época, y por lo tanto el misterio permanecía oculto. Rosa desconocía estos detalles. Hasta el día que leyó este capítulo.

El pasaje más escondido de la biografía de Francisco Garrigós se produce durante el año 1936, mientras su mujer y sus hijos se encontraban evacuados en Alicante, lugar en el que había nacido él. Quizá las líneas que en 1955 dedicó el ex ministro de la República, Indalecio Prieto,<sup>22</sup> a Manuel Aznar, uno de los periodistas más significados del régimen franquista y abuelo del ex presidente del gobierno español, puedan arrojar algo de luz sobre la biografía de nuestro protagonista. Prieto describía, con estas palabras, el viaje — ideológico y personal— de Manuel Aznar:



El periodista Manuel Aznar, abuelo del ex presidente del gobierno, pudo ser auxiliado por el padre de Rosa.

Una mañana de julio de 1936, varios días después del 18, en que, según dice, «juró servicio completo a Franco», presentóse [Manuel] Aznar en mi domicilio madrileño de la calle de Carranza número 20, pidiendo que le recibiera. Extrañóme su visita, porque no nos relacionábamos. Le recibí y acongojadamente me expuso sus cuitas: temía que los anarquistas le asesinaran, pese a haber facilitado —¡otra prueba de su indomable lealtad!— la colectivización de la compañía tranviaria. Los socialistas dependientes de ésta le amparaban y varios de ellos habíanle escoltado hasta mi casa. Bajo su protección, sentíase segurísimo durante el día, pero resultábanle terribles las noches en que los Genetistas iban en su busca por todas partes, viéndose obligado a mudar de refugio diariamente. Le aconsejé que no saliera de día ni de

noche de la oficina, instalando allí mismo su dormitorio, pues los obreros socialistas de cocheras y talleres le defenderían. Pareció admirable la idea —algo digno de admiración he de producir yo— y recordó que podía montar un holgado aposento entre su despacho y el inmediato cuarto de baño. Al cabo de cuarenta y ocho horas vino de nuevo, acompañado por su escolta de tranviarios socialistas. La tranquilidad había vuelto a su espíritu y quería darme las gracias porque la solución que yo discurrí para su seguridad era perfecta. Pasaba las noches confortablemente y sin sobresaltos. El Frégoli navarro apresuróse a vestir uniforme de miliciano —un mono u overol de dril—, igual que los demás miembros del comité obrero colectivizador. Con ellos se presentaba en el ayuntamiento, y al entrar en el despacho del alcalde era el primero en saludar milicianamente, brazo en alto y con el puño cerrado. Persuadió a sus «cantaradas» del comité de la necesidad de trasladarse a Bruselas para tratar asuntos con el consejo de la compañía y, llegados a París, les dio esquinazo. En la frontera francesa, que repasó camino de Echalar para internarse en territorio faccioso, aún echó pestes contra Franco. Dos días más tarde aparecía en Zaragoza ostentando camisa azul y mezclándose con jerarcas de Falange. Sin embargo, hubo falangistas que desconfiando de su juramento de servir a Franco, prestado in mente, le metieron en prisión. Pasó mucho miedo, sobre todo en Burgos, al ser sacado de su misma celda don José Elorza, ex director de la cárcel de Madrid, para fusilarlo por el horrendo delito de haber asistido al entierro de la esposa de Largo Caballero.

Aznar se vinculó en el verano de 1933 a la Sociedad General de Tranvías de Madrid<sup>23</sup> y en 1934 se convirtió en «jefe de relaciones laborales» para abordar «las tensiones entre el personal y la dirección, que empezaban a preocupar en la empresa». Fue detenido en una checa llamada «Las Cuarenta Fanegas» y le liberó de la misma «el anarquista y colaborador de Aznar en sus funciones de la Compañía de Tranvías, Francisco Beiro». Beiro era el jefe efectivo del comité anarquista de la compañía, y se entendió en las negociaciones laborales con Manuel Aznar, a quien se le habían encomendado, entre otras cosas, las relaciones con grupos sindicales. Parece que Beiro tuvo que emplearse a fondo en su delicada misión y exhibir su pistola al llevarse a la calle a su liberado.

Si a las descripciones de Indalecio Prieto les sumamos las afirmaciones del teniente coronel auditor: «Tengo la impresión de que, con el escrito del Sr. Aznar y los míos, no será difícil conseguir su indulto» y las misteriosas palabras de la agenda de Garrigós:

«Acción colectiva. D. Manuel Aznar e hijo [...] Se les puso guardia de protección», no es difícil deducir que, efectivamente, el padre de Rosa le conocía y jugó algún tipo de papel entre los hombres que protegieron o ayudaron a salir del país al abuelo del ex presidente del gobierno, como sostenía su viuda. Es posible, incluso, que Garrigós y Beiro tuvieran algún vínculo cuando este último sacó a Aznar de la Compañía de Tranvías, pistola en mano.

No sabemos cuáles fueron las gestiones, sugeridas en la nota, que Manuel Aznar inició para tratar de devolverle el favor a Francisco Garrigós, aunque sí sabemos que, desgraciadamente, no fructificaron. Sin embargo, no es menos cierto que, cuando la hermana de Rosa trató de acercarse a ese hombre, tras la guerra, para preguntarle por la relación con su padre, él ni siquiera quiso recibirla.

Quizá sea la historia más triste de este libro. De alguna forma desentierra las esperanzas frustradas de aquella familia que esperó recibir la absolución y a quien no le faltaban los motivos para hacerlo. Sin embargo, parecía sensato incluirla, no solamente por la belleza de sus cartas o por la trascendencia del personaje que aparece tangencialmente retratado, sino porque en la lista de los gestos heroicos que se dieron en ambos bandos, también se produjeron algunos intentos que fracasaron por el desarrollo de los acontecimientos. Sobre si existió relación entre Francisco Garrigós y Manuel Aznar no hay datos concluyentes: ¿llegó realmente Garrigós a conocerle? ¿Le ayudó? Seguramente nunca lo sabremos, pero ¿de verdad es importante?

Amada Antola:

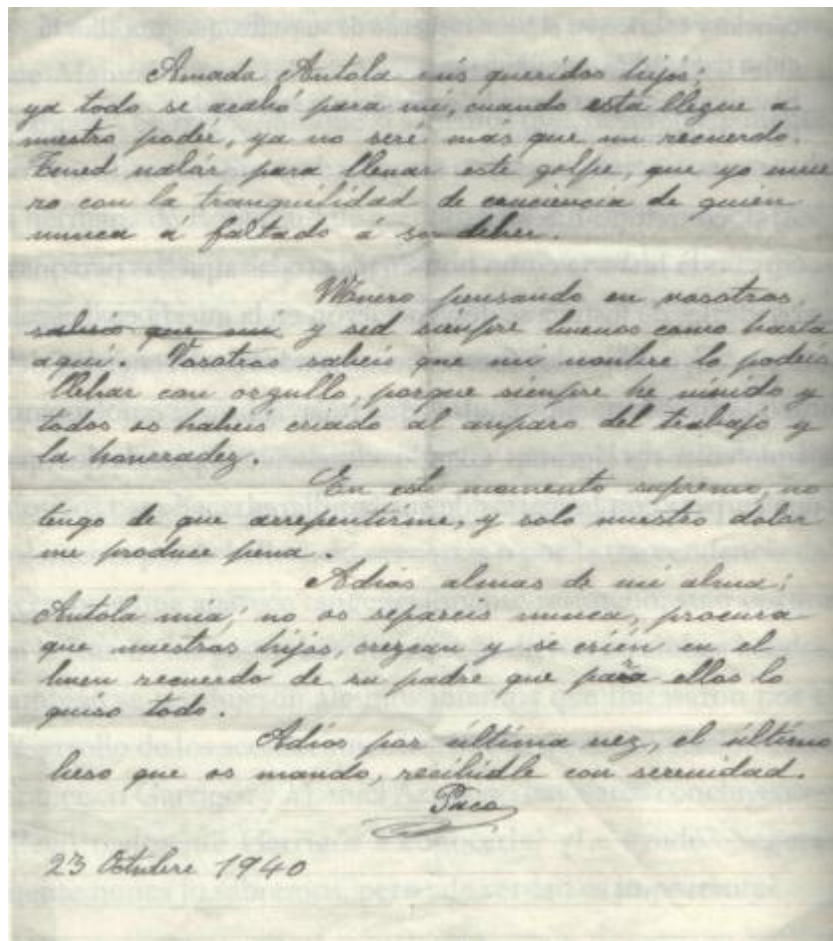
Ya todo se acabó para mí. Cuando ésta llegue a vuestro poder, ya no seré más que un recuerdo. Tened valor para llenar este golpe, que yo lo acojo con la tranquilidad de la conciencia de quien nunca ha faltado a su deber.

Muero pensando en vosotros y sed siempre buenos, como hasta hoy. Vosotros sabéis que mi nombre lo podéis llevar con orgullo porque siempre he cumplido y todos os habéis criado al amparo del trabajo y la honradez. En este momento supremo no tengo de qué arrepentirme. Y sólo vuestro dolor me produce pena. Adiós, almas de mi alma, Antola mía. No os separéis nunca. Procura que nuestros hijos crezcan y se críen en el buen recuerdo de su padre, que para ellos lo

quiso todo. Adiós, por última vez.  
El último beso que os mando, recibidlo con serenidad.  
Paco. 23 Octubre de 1940.

Al poco tiempo fue fusilado.

Sirva esta historia como homenaje a todas aquellas personas cuyos ideales de justicia se desvanecieron en la guerra civil española y a cuyos hijos les fueron secuestrados los recuerdos del futuro. A todos aquellos adultos que todavía hoy se emocionan, dejando volar sus lágrimas, cuando sostienen una prenda de ropa o una carpeta con las cartas de sus familiares.



Amada Antola mis queridos hijos;  
ya todo se acaba para mí, cuando esta llegue a  
nuestro poder, ya no seré más que un recuerdo.  
Tened valor para llevar este golpe, que yo muer-  
ro con la tranquilidad de conciencia de quien  
nunca se faltado a su deber.

Miembro pensando en vosotras,  
sabéis que mi y sed siempre bueno como hasta  
aquí. Vosotras sabéis que mi nombre lo podéis  
llevar con orgullo, porque siempre he vivido y  
todo se habéis criado al amparo del trabajo y  
la honradez.

En este momento supremo, no  
tengo de que arrepentirme, y solo nuestro dolor  
me produce pena.

Adiós almas de mi alma;  
Antola mía; no os reparéis nunca, procura  
que nuestras hijos, crezcan y se crien en el  
buen recuerdo de su padre que para ellos lo  
quiso todo.

Adiós por última vez, el último  
beso que os mando, recibidlo con serenidad.

Paco

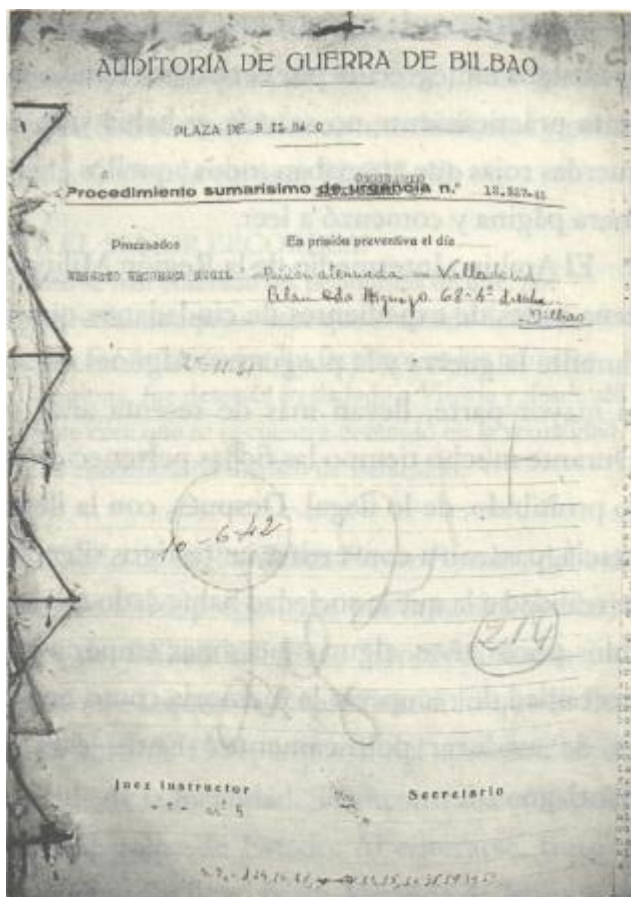
23 Octubre 1940

Carta de despedida que Francisco Garrigós envió a su familia antes de ser fusilado.

# 12

## Todos los nombres. El último alcalde republicano de Bilbao [24](#)

Expediente 12.527-40 con el que se juzgó a Ernesto Ercoreca.



En la Navidad del 2005, el investigador Santiago Macías, que dirige junto a Emilio Silva la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, se topó con la carpeta número 12.527-40 cuando buceaba en los archivos militares de Ferrol. Aquel expediente correspondía al procedimiento sumarísimo de Ernesto Ercoreca Régil, el último alcalde republicano de Bilbao. Macías observó la cubierta.

—«AUDITORÍA DE GUERRA DE BILBAO» —leyó.

Estaba ennegrecida por el tiempo, tenía algunos sellos cuya tinta prácticamente no se veía, y había sido cosido con unas cuerdas rojas que atrapaban todos aquellos legajos. Abrió la primera página y comenzó a leer.

El Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste almacena miles de expedientes de ciudadanos que fueron juzgados durante la guerra y la posguerra. Algunas de aquellas carpetas, la mayor parte, llevan más de sesenta años sin ser abiertas. Durante mucho tiempo las fichas pertenecieron al territorio de lo prohibido, de lo ilegal. Después, con la llegada de la democracia, pasaron a convertirse en testigos silenciosos de una triste realidad a la que la sociedad había dado carpetazo. Y sólo hace unos pocos años, algunas personas empezaron a considerar la necesidad de recuperar la memoria como una forma inequívoca de madurar políticamente. <sup>25</sup> Entre esas personas estaba Santiago.

En el archivo hay miles de carpetas y algunas de ellas incluyen objetos que, en su día, fueron considerados como pruebas.

*—A menudo abres una y aparecen casquillos de bala, monederos con dinero, una cartuchera y todo tipo de objetos — cuenta el investigador.*

Algunas de las historias que aparecen allí son terribles y narran, entre líneas, los odios intestinos que condujeron a este país hacia la guerra. Otras, por el contrario, son historias maravillosas que guardan memorables acontecimientos y protagonistas de película. Como la carpeta 12.527-40.

¿DÓNDE ESTÁ EL SEÑOR ERCORECA?

En el ayuntamiento se han enterado los periodistas de que, por noticias fidedignas recibidas aquí, se sabe que el alcalde de Bilbao, señor Ercoreca, que fue detenido por los facciosos en los primeros momentos en Pamplona, fue después trasladado a Vitoria y desde allí a Burgos, en donde se cree que se encuentra detenido en la actualidad. Detenido con él se encuentra un médico de Baracaldo.

La portada del diario de la República Frente Popular, del martes 1 de septiembre de 1936, preguntaba por la suerte que había



corrido el alcalde de Bilbao. Ernesto Ercoreca había sido miembro del partido de Izquierda Republicana, lo que lo llevo a ser nombrado, en abril de 1931, concejal del ayuntamiento y, poco después, alcalde de la localidad. Se encontraba en Madrid cuando se produjo el golpe de Estado. Al enterarse, trató de regresar a Bilbao, pero sólo llegó hasta Miranda de Ebro.

«En la iniciación del Glorioso Movimiento Nacional se encontraba de viaje, cuando fue detenido en Miranda, y después de recorrer algunas cárceles de la zona nacional, fue canjeado por el Excmo. Sr. Don Esteban Bilbao, actual ministro de Justicia», reza el expediente con el que fue juzgado.

Sus nombres pasaron a la historia de la guerra civil por ser las primeras personas canjeadas tras el golpe de Estado de 1936. [26](#)

Pero los testimonios, los manuscritos y las solicitudes que esconde esa carpeta del archivo militar de Ferrol tienen una vertiente muy particular. Son declaraciones y certificados de algunas personalidades, a las que Ercoreca había ayudado durante la guerra, y que entonces se dirigieron al tribunal franquista, con la pretensión de devolver la ayuda que un día él les prestó. Aquellas cartas componen un auténtico retrato sobre la personalidad de ese hombre, a la vez que conforman una declaración de humanidad y de reconocimiento tan transparente que merece ser recogida aquí.

En el expediente había sido incluida también una entrevista en la que dos reporteros narraban su encuentro con el alcalde, todavía exiliado en Bayona, tras su liberación y con la guerra recién iniciada. Era del diario Euzkadi, del 6 de octubre de 1936.

«Al habla con el alcalde popular de Bilbao, señor Ercoreca. Unas horas de permanencia en Bayona bastaron para informarnos de la presencia del alcalde de Bilbao,. Don Ernesto de Ercoreca, en aquella capital. Era la noticia cumbre del día, que circulaba jubilosamente de boca en boca entre todos los refugiados allí. Fuimos a verle. Le hallamos en un hotel modesto de una de las partes más típicas de la vieja ciudad. Su presencia nos conmueve:

surge ante nuestros ojos la silueta enjuta, un poco abrumada por las angustias de más de dos meses en la cárcel de Iruña del alcalde de Bilbao.»

Macías levantó la cabeza del expediente e imaginó a esos dos periodistas de los años treinta. Los supuso caminando por Bayona. Uno, el que jamás se separaba del cuadernito y el lápiz, repeinado, con una impoluta raya en la cabeza y un traje claro. El otro, con una cámara fotográfica del tamaño de una maleta y con una actitud chulesca, siempre apoyado sobre el trípode, intentando que otro cargara con él, y siempre protestando, para volver lo antes posible a la habitación y echarse un cigarro tirado en la cama.

—¿Telefonista? ¿Telefonista? *S'il vous plaît!*

—Nada. Siguen con las líneas igual.

—Es igual, volvemos a la habitación y probamos más tarde.

—Necesito que me pongan con España, es urgente. Tenemos que hablar con la redacción.

Macías sonrió para sus adentros. Cuando volvió la vista a los papeles, pasó algunas páginas para comprobar la extensión de la entrevista y al hacerlo encontró una nota manuscrita. Era de las pocas que había entre esos legajos, pues la mayor parte parecían hechas en despachos profesionales y estaban escritas a golpe de máquina. Por eso sostuvo durante unos segundos aquel papel y lo observó detenidamente.

La superiora —decía— del asilo de ancianos de las hermandades de los pobres de esta ciudad certifica que D. Ernesto Ercoreca, que fue alcalde de Bilbao durante el periodo rojo, fue siempre muy bueno para nosotras, facilitándonos los alimentos necesarios y ayudándonos en todo lo que era posible. Muy agradecidas por los servicios que nos prestó, expido el presente certificado en Bilbao, a 14 de junio de 1941.

Alguien había anotado en aquella hoja un 26, con un lápiz azul de punta gruesa. Era un documento bello. La claridad de la letra, la rectitud de sus líneas y el sello azul con la inscripción «Hermanitas

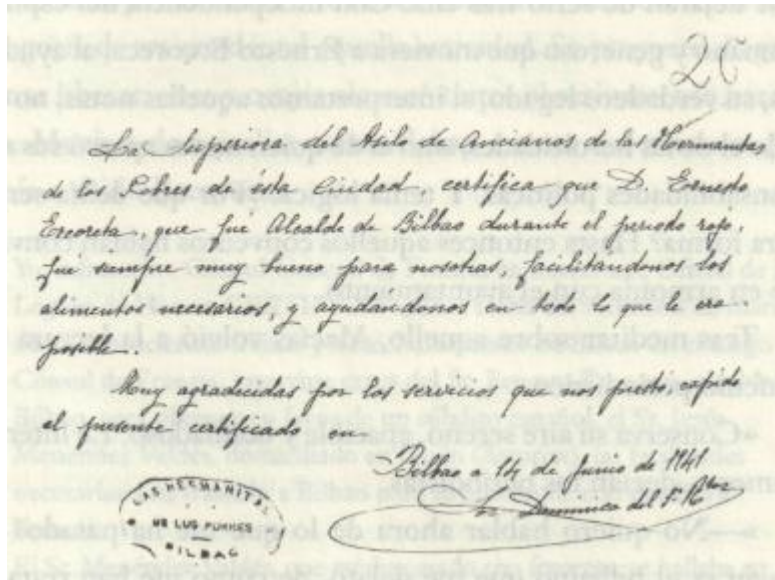
de los pobres» con el que aquella mujer había coronado, cuidadosamente, el documento. No era la única nota procedente de una religiosa. Macías pasó algunas páginas y comenzó a leer otro encabezamiento:

«SOR MANUELA ESPAÑOL CEREZUELA, SUPERIORA DE LA COMUNIDAD DE HIJAS DE LA CARIDAD SAN VICENTE DE PAÚL, DEL ASILO DE HUÉRFANOS DE BILBAO.»

El investigador abrió los ojos, interesado. Las Hijas de la Caridad de San Vicente de Paúl habían tenido un papel muy destacado en la posguerra. A ellas se les encomendó la delicada tarea de atender algunas de las prisiones de mujeres en España. Sus actividades por todo el mundo fueron argumento para que, recientemente, les fuera otorgado el Premio Príncipe de Asturias de la Concordia. Sin embargo, a raíz de aquel galardón habían surgido numerosos testimonios en la prensa que criticaban el trato inhumano que infligieron a miles de españolas que estaban recluidas en prisión durante la posguerra. [27](#)

CERTIFICO —decía la nota—: Que conozco hace muchos años a DON ERNESTO ERCORECA RÉGIL, muy especialmente durante el tiempo que ejerció el cargo de Alcalde de esta capital. En los once meses que duró el dominio rojo-separatista en Bilbao, tuve en el SR. ERCORECA un inmejorable defensor y valedor, tanto de este Asilo como de la Comunidad, hallándome tan satisfecha de su comportamiento que no es posible expresar con palabras la gratitud que siento hacia él por las extremadas delicadezas y atenciones que con nosotros tuvo.

Y para que conste donde convenga, expido la presente en Bilbao a quince de junio de mil novecientos cuarenta y uno. Sor Manuela Español.



Nota manuscrita por las Hermanitas de los Pobres de Bilbao avalando a Ercoreca.

Macías observó con curiosidad aquellos documentos. Imaginó al señor Ercoreca, en sus reuniones con las religiosas, tratando de garantizar la seguridad de esas mujeres y gestionando contactos para que pudieran seguir disponiendo de alimentos y recursos durante el asedio de la ciudad.

Esos textos tenían un gran valor. No solamente porque representaban una generosa declaración de socorro, del alcalde y hacia el alcalde, sino porque también venían a constatar un aspecto que tristemente parece quedar relegado al olvido. Aquellas comunidades religiosas habían sido atendidas por el ayuntamiento antes de la sublevación porque ésa era una de las obligaciones de los dirigentes de entonces. No había razón para que dejaran de serlo tras ella. Con independencia del espíritu humano y generoso que moviera a Ernesto Ercoreca, al ayudarlas, su verdadero legado, si interpretamos aquellas notas, no fue sólo el de las heroicidades, sino el de quien nunca aparcó sus responsabilidades políticas. Y tenía lógica. ¿Por qué debía ser de otra forma? Hasta entonces aquellos conventos habían convivido en armonía con el ayuntamiento.

Tras meditar sobre aquello, Macías volvió a la lectura del artículo periodístico.

«Conserva su aire sereno, apacible y bondadoso. Le interrogamos—decían los periodistas.

»—No quiero hablar ahora de lo que me ha pasado. De quién es el bilbaíno que me delató, de cómo me han tratado. Dejo eso para otro momento, que tiempo habrá para todo.

»La palabra del alcalde de Bilbao es sobria, reflexiva. Habla pensando mucho lo que va a decir.

»—Permanezco en Bayona porque entiendo que tengo aquí una misión trascendental que cumplir, una labor sagrada que realizar. [...] Y estoy aquí porque tengo interés en formar una comisión que se ocupe especialmente de velar por la vida de los presos y, si es posible, hacer algunos canjes de prisioneros que no estén sujetos a proceso alguno.

»En las últimas palabras ponía un acento de firmeza impresionante. Hablan por su boca todos los prisioneros encerrados en la cárcel de Iruña, que sufren día a día, hora por hora, el sobresalto, la zozobra tremenda de sus vidas en peligro.»

Tras aquella experiencia de la detención y su posterior canje, el político parecía decidido a dedicar todos sus esfuerzos a ayudar a otras personas en situación similar. El alcalde elevó a la categoría de trascendental aquella actividad. Su proyecto de gestionar liberaciones y canjes alcanzó tintes obsesivamente heroicos. Muchas de aquellas cartas daban cuenta del proceso que había sufrido Ercoreca.

Yo, infrascrito, Cónsul General de Francia en Barcelona, Oficial de la Legión de Honor, CERTIFICO: Que la fecha del veintiséis de marzo de mil novecientos treinta y siete, hallándome en Bilbao en el cargo de Cónsul de Francia, intervine cerca del Sr. Ernesto Ercoreca, alcalde de Bilbao, para obtener en favor de un subdito español, el Sr. Jesús Menéndez Valdés, domiciliado en Gijón (Asturias), las facilidades necesarias a su traslado a Bilbao para su embarque con destino a Francia.  
El Sr. Menéndez Valdés, que estaba casado con francesa, se hallaba en peligro en Gijón.

El Sr. Ercoreca usó inmediatamente de toda su influencia para obtener el favor solicitado por mí, hizo extender un pasaporte al Sr. Menéndez, que pude hacer salir de Bilbao el 7 de abril de 1937, con destino a Bayona, a bordo del navío de guerra francés Aisne. Declaro, además, que el Sr Ercoreca contestó siempre favorablemente a las solicitudes que le dirigí para obtener permisos de salida en favor de las familias de los presos políticos. Y para que conste, expido el presente certificado en Barcelona, a cuatro de julio de mil novecientos cuarenta y uno.

«Los presos que he dejado en Iruña —proseguía en su entrevista en Euzkadi— tienen verdadero deseo de que estas gestiones se lleven con la mayor rapidez posible. A este fin he citado al alcalde de Bayona para ver si estaría dispuesto a ayudarme en esta labor humanitaria, y me ha contestado que se hallaba a mi lado y se ponía a mi disposición de una manera incondicional. Se ha pensado que esta comisión pro prisioneros puede constituirse, por ejemplo, del siguiente modo: el alcalde de Bayona, dos embajadores, que pudieran ser los de Francia e Inglaterra; Mr. Junod, delegado de la Cruz Roja Internacional, don Esteban Bilbao y yo. [...] Quienesquiera que sean, es indispensable, es apremiante, actuar con rapidez pues así se lo prometí a los prisioneros que han quedado en Iruña y que me hicieron este encargo con el afán angustioso que usted puede imaginar. Sé lo que he pasado en dos meses y cinco días de prisión y estoy dispuesto a hacer todo lo que pueda para llevarles un poco de tranquilidad...»

Esas promesas a los reclusos con los que había convivido se fueron cumpliendo hasta que el bando sublevado decidió interrumpir los canjes de prisioneros. Sin embargo su actividad no se detuvo ahí. Ercoreca no se comprometió únicamente con aquellos intercambios. El alcalde había ido poco a poco organizando una red de solidaridad que gestionaba todo tipo de acciones humanitarias, sin cuestionar etiquetas de ninguna clase.

DON LUIS POMBO POLANCO, INGENIERO INDUSTRIAL, CONSEJERO INSPECTOR-GENERAL DE INDUSTRIA, JEFE SUPERIOR DE ADMINISTRACIÓN, CON DOMICILIO EN MADRID, CALLE FERNÁNDEZ DE LA HOZ, 60 CERTIFICA: Que conoce a Don Ernesto Ercoreca desde el año 1920, en que dicho Sr. era delineante de la Junta de Obras del Puerto de Bilbao y su hijo Víctor trabajaba a mis órdenes en la Empresa Sdad. Española de Evaporación y siempre he considerado a dicho Sr. como persona seria, de orden, bondadoso, honorable y enemigo de toda violencia. Que antes de la liberación de Bilbao y en ocasión de ser el Sr. Ercoreca Alcalde de Bilbao, acudí a él en varias ocasiones encontrándole siempre propicio a prestarme ayuda y a

atenderme a pesar de contarle mi ideología derechista y católica, hasta el punto de que gracias a él y debido únicamente a su intervención conseguí que pusieran en libertad a una hermana mía que estaba presa en Santander. Y para que conste a los efectos que puedan interesar al Sr. Ercoreca, firmo el presente en Madrid a 10 de Julio de 1941.

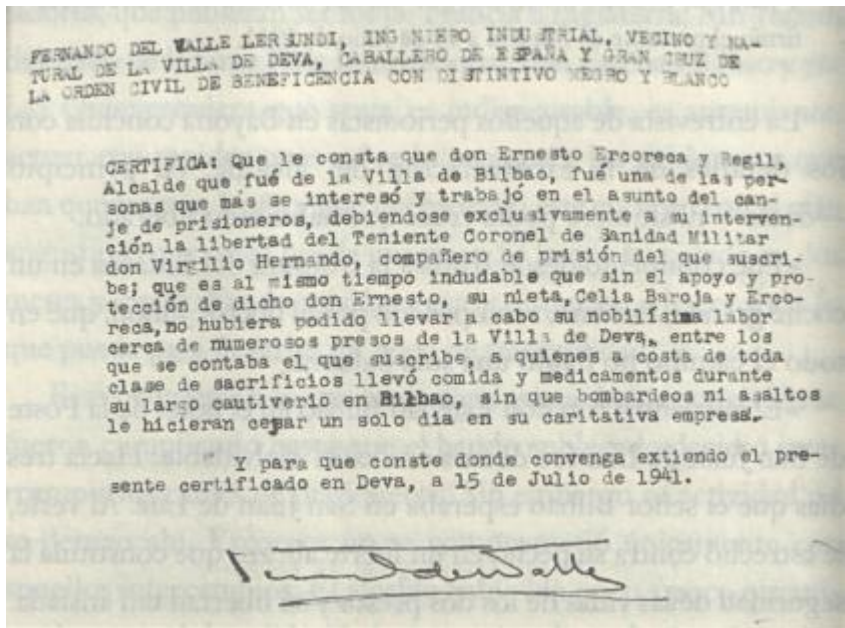
La entrevista de aquellos periodistas en Bayona concluía con los detalles de la excarcelación del alcalde. Al principio —decía— ni siquiera podía creer que había sido liberado.

«Fue conducido desde Iruña a la frontera del Bidasoa en un coche grande, turismo, acompañado por el doctor Junod, que en todo el camino no habló una sola palabra.

»El encuentro con don Esteban Bilbao en el hotel de la Poste de San Juan de Luz fue de una emoción inolvidable. Hacía tres días que el señor Bilbao esperaba en San Juan de Luz. Al verle, le estrechó contra su pecho en un fuerte abrazo que constituía la seguridad de las vidas de los dos presos y su libertad tan ansiada.

»Las últimas palabras que escuchamos de la boca del señor Ercoreca fueron las siguientes: hay que guardar el máximo respeto a la vida de los presos; proceder al cambio de los que no estén sometidos a proceso, pero, sobre todo, que no se toque a un preso. Sus vidas son sagradas.»

Aquel compromiso con la vida, al que se refiere al final de la entrevista, no sólo fue adquirido por el político. Según se desprende de algunas de las notas, su nieta Celia participaba en la actividad llevando comida y medicamentos a los presos, incluso en los días en que la ciudad se veía asediada por los bombarderos. Así lo expresaba Fernando del Valle Lersundi en su carta dirigida al tribunal militar que le juzgaba.



Fernando del Valle Lersundi, familiar de Hermann Tertsch y de Loyola y Ana de Palacio, intercedió también por Ercoreca.

Valle Lersundi es el segundo apellido del escritor Hermann Tertsch y también de sus primas, las populares Loyola y Ana de Palacio. Efectivamente, al contactar con él, corroboró que se trataba de su abuelo. Sabía que tenía cierta amistad con Ernesto Ercoreca, pero desconocía que hubiera tratado de ayudarlo.

El abuelo de Tertsch había estado recluido en el Cabo Quilates, un barco prisión que se hallaba fondeado en El Abra y en el que fueron asesinados muchísimos prisioneros de guerra a manos de exaltados de izquierdas. Después, fue conducido a la cárcel de El Carmelo. De hecho, algunos de esos amigos le habían enviado a esa última prisión un médico para tratar de fingir un achaque y trasladarlo a Los Angeles Custodios, con fama de ser un lugar más cómodo. Por fortuna para él, se negó.

*—Dijo que él no tenía ningún tipo de achaque y se quedó en aquella prisión. Eso le salvó de las represalias, a manos de los republicanos, que sufrió la cárcel en respuesta a los bombardeos franquistas.*



FERNANDO DEL VALLE LERSUNDI, INGENIERO INDUSTRIAL, VECINO Y NATURAL DE LA VILLA DE DEVA, CABALLERO DE ESPAÑA Y GRAN CRUZ DE LA ORDEN OVIL DE BENEFICENCIA CON DISTINTIVO NEGRO Y BLANCO

CERTIFICA: Que le consta que don Ernesto Ercoreca y Régil, Alcalde que fue de la Villa de Bilbao, fue una de las personas que más se interesó y trabajó en el asunto del canje de prisioneros, debiéndose exclusivamente a su intervención la libertad del Teniente Coronel de Sanidad Militar Don Virgilio Hernando, compañero de prisión del que suscribe; que es al mismo tiempo indudable que sin el apoyo y protección de dicho don Ernesto, su nieta, Celia Baroja y Ercoreca, no hubiera podido llevar a cabo su nobilísima labor cerca de numerosos presos de la Villa de Deva, entre los que se contaba el que suscribe, a quienes a costa de toda clase de sacrificios llevó comida y medicamentos durante su largo cautiverio en Bilbao, sin que bombardeos ni asaltos le hicieran cejar un solo día en su caritativa empresa.

Y para que así conste donde convenga extendiendo el presente certificado en Deva, a 15 de Julio de 1941.

*—No conocía este caso —dijo Tertsch leyendo la nota—, aunque sí sé que aquélla no debió de ser la única carta que escribió. Tuvo muchos amigos dentro del nacionalismo vasco y algunos de ellos trataron de ayudarle durante la guerra. Luego intentó devolver la ayuda a quien pudo.*

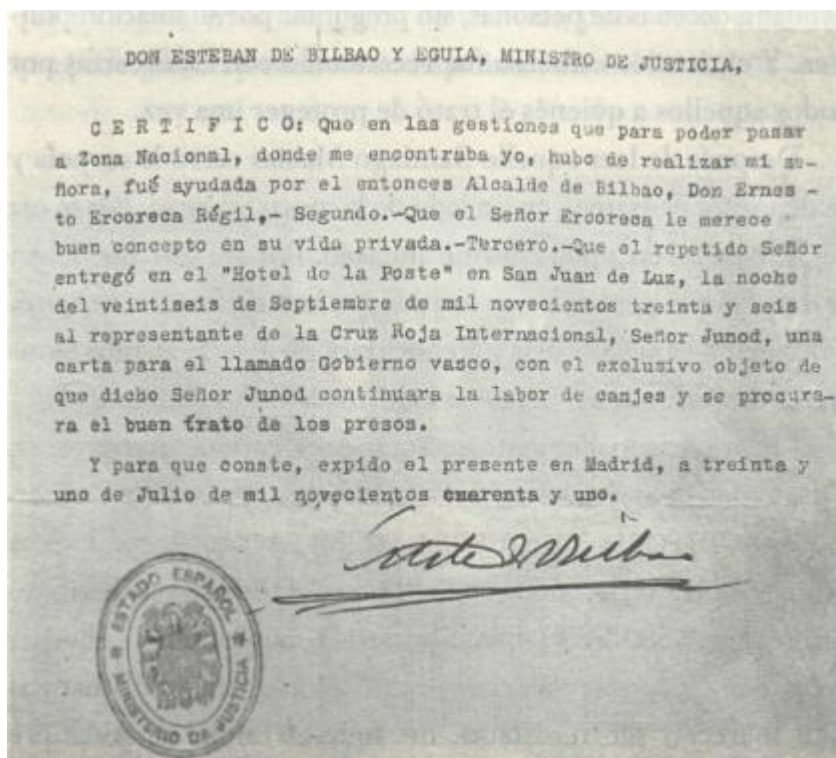
En el expediente militar reconocían que Ercoreca había seguido adelante con el proyecto al que se refería el artículo:

Después de haber pasado por Francia regresó a Bilbao a posesionarse nuevamente a su puesto de Alcalde, ocupándose únicamente en su misión administrativa como tal Alcalde y a la vez se preocupó de gestionar y llevar a cabo canjes entre presos de Zona Nacional con la Zona roja [...] ante la entrada en Bilbao de las Tropas evacuó a Santander y al ser también ocupada esta Plaza por nuestras Tropas huyó a Francia pasando a Barcelona, donde continuó ostentando la supuesta representación del Municipio de Bilbao, liberada Barcelona evacuó a Francia, de donde regresó a España en agosto de 1940. El procesado de buena conducta y como se dice anteriormente su única misión se reducía al aspecto administrativo y favorecer cuanto pudo el canje de prisioneros.

Pero aquel periplo de cartas y ruegos quedaba coronado con la nota de Esteban Bilbao, la persona por la que había sido canjeado Ercoreca al inicio de la guerra. El aval de Bilbao al ex alcalde era una baza muy, pero que muy poderosa.

Don Esteban de Bilbao y Eguía, Ministro de Justicia CERTIFICO: Que en las gestiones que para poder pasar a Zona Nacional, donde me encontraba yo, hubo de realizar mi señora, fue ayudada por el entonces Alcalde de Bilbao, Don Ernesto Ercoreca Régil. Segundo.— Que el Señor Ercoreca le merece buen concepto en su vida privada.— Tercero.— Que el repetido Señor entregó en el "Hotel de la Poste" en San Juan de Luz, la noche del veintiséis de Septiembre de mil novecientos treinta y seis al representante de la Cruz Roja

Internacional, Señor Junod, una carta para el llamado Gobierno Vasco, con el exclusivo objeto de que dicho señor Junod continuara la labor de canjes y se procurara el buen trato de los presos. Y para que conste, expido el presente en Madrid, a treinta y uno de Julio de mil novecientos cuarenta y uno.»



El entonces ministro de Justicia, Esteban Bilbao, que había sido canjeado por el propio Ercoreca, también intercedió por él.

Tras una serie de procesos judiciales, penas y recursos, el entonces ex alcalde de Bilbao fue condenado a catorce años de prisión menor, de los que sólo tuvo que cumplir un año en la cárcel.

La carpeta del Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste, la número 12.527-40, compone un auténtico jardín de los justos español.

Naturalmente, el procedimiento recoge solamente el discurso elaborado por el tribunal franquista sobre la vida de Ercoreca. Sin embargo los legajos transmiten la realidad de un hombre de izquierdas que dedicó todo su esfuerzo personal a proteger y ayudar a decenas de personas, sin preguntar por su filiación política. Y el

titánico esfuerzo fue reconocido con estas cartas por todos aquellos a quienes él trató de proteger una vez.

Después de leer aquello Santiago Macías cerró la carpeta y la depositó, pensativo, en un lado de la mesa. Silencio. No se oía un solo ruido en aquel enorme almacén. Por allí sólo quedaban dos de las tres personas que lo atienden habitualmente. Suspiró. Poca gente para custodiar y atender tantas vidas. ¿Cuántos familiares desearían tener acceso a la historia de sus padres?

Luego, ordenadamente, colocó otra carpeta frente a él. Observó la cubierta.

—«AUDITORÍA DE GUERRA DE BILBAO» —leyó. Estaba ennegrecida, tenía algunos sellos cuya tinta prácticamente había desaparecido. Había sido cosida, también con cuerdas rojas. Abrió la primera página y comenzó a leer. Hay tantas vidas que merecen ser rescatadas de aquellos archivos. Siempre hablamos de la «memoria colectiva de la guerra», quizá sea hora de hablar de la «memoria colectiva de la paz».

nota del AUTOR: al terminar el borrador de este capítulo, contactamos con Josu Erkoreka, el portavoz del PNV en el Congreso de los Diputados. Quería averiguar si tenía algún tipo de relación familiar con el ex alcalde de Bilbao. Josu Erkoreka, que es un apasionado de la historia de la guerra civil, resultó que no era familiar suyo. Sin embargo, durante la conversación telefónica sucedió algo sorprendente.

—Es interesante el proyecto. ¿Y habéis encontrado muchos casos? —preguntó.

—Los hay fabulosos. Tenemos uno de una mujer cuyo padre, que trabajaba en la compañía de tranvías, pudo estar entre los que protegieron y sacaron de España a Manuel Aznar.



Manuel Aznar flanqueado por dos trabajadores de la Sociedad Madrileña de Tranvías. En cuanto Rosa Garrigós vio esta fotografía identificó a su padre. Sostenía una pipa entre los dientes de forma inconfundible.

—¡Qué casualidad! —contestó—. Yo escribí un libro con Iñaki Anasagasti sobre Manuel Aznar, hace unos años.

Efectivamente, había visto algunas notas sobre el libro, durante el trabajo en el caso Garrigós, pero no habíamos reparado en que su autor era Josu Erkoreka. Entonces caí.

—¿Y sabes qué tengo? —dijo.

-No.

—Tengo una fotografía de Manuel Aznar en el despacho de los talleres de Tranvías, acompañado por dos ferroviarios —contestó.

Quedamos a los pocos días para comprobar quiénes eran los protagonistas de la fotografía. Podía ser la pieza que faltaba.

# Bibliografía

- Armengol, Montse y Ricardo Belis, *El convoy de los 927*, Plaza y Janés, Barcelona, 2005.
- Blanco Escolà, Carlos, *Falacias de la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2005.
- Carcedo, Diego, *El Schindler de la Guerra Civil*, Ediciones B, Barcelona, 2003.
- Casanova, Julián, *La Iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*, Tusquets, Barcelona, 2001.
- De Pablos, Mercedes, *La hoz y las flechas*, Oberón, Madrid, 2005.
- Elordi, Carlos, *Los años difíciles*, Santillana (Punto de lectura), Madrid, 2004.
- Equipo Mundo, «Biografía de Esteban Bilbao y Eguía (1879-1970)», *Los 90 ministros de Franco*, Dopesa, Barcelona, 1970.
- Erkoreka, Josu e Iñaki Anasagasti, *Dos familias vascas, Areilza-Aznar*, Foca, 2003.
- Fonseca, Carlos, *Trece rosas rojas*, Temas de Hoy, Madrid, 2004.
- Gibson, Ian, *Paracuellos: cómo fue*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- Guerra de la Vega, Ramón, *Madrid 1931-1939. II República y Guerra Civil*, Ramón Guerra de la Vega, Madrid, 2005.
- Macías, Santiago, *El monte o la muerte*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- Méndez, Alberto, *Los girasoles ciegos*, Anagrama, Barcelona, 2004.
- Moral Roncal, Antonio Manuel, *Cuba ante la Guerra Civil Española: la acción diplomática de Ramón Estalella*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2003.
- Orwell, George, *Memorias de la guerra civil española*, Destino, Barcelona, 1985.
- Preston, Paul, *Palomas de guerra*, Plaza y Janés, Barcelona, 2001.
- Presión, Paul y Sandra Souto, *La Guerra Civil. Las fotos que hicieron historia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- Prieto, Indalecio, *Convulsiones de España*, tomo I, Oasis, México, 1967.
- Sánchez, Antonio y Jesús de Miguel, *Batallas de la Guerra Civil. De Madrid al Ebro*, Libsa, Madrid, 2005.
- Silva, Emilio y Santiago Macías, *Las fosas de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2003.
- Soler, Jordi, *Los Rojos de ultramar*, Alfaguara, Barcelona, 2004.
- Tango Lerga, Jesús, *Biografía de Manuel Aznar*, Planeta, Barcelona, 2004.
- Torbado, Jesús y Manuel Leguineche, *Los topes*, El País-Aguilar, Madrid, 1999.

# OTRAS FUENTES

AIRMN. Archivo Intermedio de la Región Militar Noroeste (Ferrol).

Procedimiento Sumarísimo de Urgencia n.º 12.527-40.

Archivo General de la Guerra Civil Española (Salamanca).

Diario *Euzkadi*. «Noticiero Bilbaíno» 7 de octubre de 1936, «Al habla con el alcalde popular de Bilbao, Sr. Ercoreca».

Fundación Pablo Iglesias, *Carteles de la Guerra 1936-1939*, Círculo de Bellas Artes, Madrid, 2004.

Fundación Sabino Arana, *Archivo del Nacionalismo*, Fondo PNV, K238-C3.

Juárez, Soledad, «Carceleras del franquismo», *Interviú*, 17 de octubre de 2005.

«Memorias de Ernesto Ercoreca», Bidebarrieta, XI, 2002. [www.gipuzkoa1936.com](http://www.gipuzkoa1936.com). ¿Dónde está el señor Erkoreka?

Éste es un proyecto que continúa abierto en [www.radiocable.com](http://www.radiocable.com). Si sabe de episodios similares que merezcan ser reconocidos aquí, por favor, diríjalos por correo electrónico a [heroes@radiocable.com](mailto:heroes@radiocable.com). Asimismo, las precisiones que pudieran recibirse sobre los mismos se darán a conocer también a través de la web.

- [1.](#) Cercas, Javier, «Cómo acabar de una vez por todas con el franquismo», *El País*, 29 de noviembre de 2005.
- [2.](#) Relato basado en el testimonio oral de Xandra Troyano, bisnieta de Luis Troyano. (*N. del A.*)
- [3.](#) Casanova, Julián, *La Iglesia de Franco*, Temas de Hoy, Madrid, 2001.
- [4.](#) Preston, Paul, *La Guerra Civil. Las fotos que hicieron historia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- [5.](#) Jiménez Villarejo, Carlos, «Anular los consejos de guerra», *El Periódico de Cataluña*, 21 de abril de 2005.
- [6.](#) Relato basado en el testimonio oral de Teresa Sánchez, hija de Quico Solano. (*N. del A.*) Las fotografías han sido facilitadas por Teresa Sánchez. Los documentos del tribunal militar que le juzgó han sido hallados gracias a la colaboración de Santiago Macías, que investiga en el archivo del Tribunal Militar Territorial IV de La Coruña. Las letras de las canciones pertenecen a Carlos Gardel y a Quico Solano, que las hizo suyas.
- [7.](#) Relato basado en los testimonios de Hilario —hijo de Juan Marrero—, Carlos y Fernando Trigo —hijos del deportista Paco Trigo—. Con las aportaciones de Antonio García Ferreras, Luis Miguel González, José Martí Gómez, Josep Ramoneda y Bernardo Salazar. (*N. del A.*)
- [8.](#) Esta anécdota se la contó el propio Tarradellas a José Martí Gómez y a Josep Ramoneda.
- [9.](#) Relato basado en el testimonio oral de Raquel, la nieta del matrimonio. Los nombres de los protagonistas han sido modificados por petición expresa de la familia. (*N. del A.*)
- [10.](#) Relato basado en el testimonio oral de Delia y Javier, nietos de los protagonistas. (*N. del A.*)
- [11.](#) Nueve Savoia S-81 los italianos, y veinte Junkers Ju-52 y seis Heinkel He-51 los alemanes.
- [12.](#) Blanco Escolà, Carlos, *Falacias de la Guerra Civil*, Planeta, Barcelona, 2005, pp. 184-185.
- [13.](#) Preston, Paul, *La Guerra Civil. Las fotos que hicieron historia*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2005.
- [14.](#) Cercas, Javier, *Soldados de Salamina*, Tusquets, Barcelona, 2001.
- [15.](#) Relato basado en los testimonios orales de Ana Jiménez Moreno y su marido Arturo Azorit. Sugerido por Manuel Muñoz Rojo. (*N. del A.*)
- [16.](#) Relato basado en el testimonio oral de Pilar de la Cierva. Con la colaboración de Antonio Marín Muñoz. Relato sugerido por Manuel Muñoz Rojo. (*N. del A.*)



- [17.](#) Relato basado en el testimonio oral de don Virgilio Valle Pérez. Con la colaboración de Manuel Muñoz Rojo. (N. del A.)
- [18.](#) Relato basado en el testimonio oral de Isabel Mena, nieta de Pascuala y Alejandro. Isabel tiene cuarenta años y vive en Zaragoza. Está casada con Juan Carlos y tiene dos hijos, Jorge y Pablo. (N. del A.)
- [19.](#) Relato basado en el testimonio oral transmitido a los hijos del protagonista: María Luisa, Carlos y María Jesús. (N. del A.)
- [20.](#) Relato basado en el testimonio oral de Rosa Garrigós, hija del protagonista. (N. del A.)
- [21.](#) Gibson, Ian, *Paracuellos: cómo fue*, Temas de Hoy, Madrid, 2005.
- [22.](#) Prieto, Indalecio, *Convulsiones de España*, tomo I, pp. 327-332.
- [23.](#) Tango Lerga, Jesús, *Biografía de Manuel Aznar*, pp. 181-184, 201-202.
- [24.](#) Con la colaboración de Santiago Macías, Emilio Silva (ARMH), Eduardo Jáuregui (Fundación Sabino Arana) e Iñaki Egaña. (N. del A.)
- [25.](#) El archivo de Ferrol se puede consultar desde finales de los noventa, pero los de otras regiones militares, como Madrid, son aún inaccesibles.
- [26.](#) Esteban Bilbao fue una importante figura del franquismo que procedía de las filas del carlismo, del que fue uno de sus dirigentes. Fue ministro de Franco en el llamado gobierno de la Victoria y presidente de las Cortes (1943-1965) y del Consejo del Reino (cargo que simultaneó con el anterior desde 1948 y mantuvo hasta el mismo año, 1965). Durante su mandato como presidente de las Cortes franquistas se promulgaron más de cuatro mil leyes. En la «Biografía de Esteban Bilbao y Eguía (1879-1970)» incluida en la obra *Los 90 ministros de Franco*, Equipo Mundo, Dopesa, Barcelona, 1970, se afirma textualmente que habría sido el propio Franco el que se habría involucrado en su liberación: «Estalla la guerra civil y don Esteban cae prisionero. Franco gestiona que su futuro colaborador sea canjeado por el alcalde de Bilbao, preso de las fuerzas nacionales. Se efectúa el canje y presta muy pronto servicios a las órdenes directas de Franco».
- [27.](#) Juárez, Soledad, «Carceleras del franquismo», *Interviú*, 17 de octubre de 2005.

## **Héroes de los dos bandos**

Gestos anónimos de solidaridad en la guerra civil

Fernando Berlín